This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

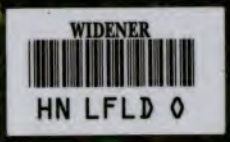
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL
996
1.3



SAL996.1.3

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

SAL996. 1. 3

EMPRESA EDITORIAL LATINO-AMERICANA
LA NUEVA IDEA

GALEDUÑA

Primera obra publicada
para los abonados de
la Empresa Editorial

MANUEL ZENO GANDIA

PONCE, PUERTO-RICO
TIP. "EL TELEGRAFO"
1896.

CARDUÑA

M. ZENO GANDIA

GARDUÑA

[CRONICAS DE UN MUNDO ENFERMO]

PONCE, PUERTO-RICO
TIP. "EL TELEGRAFO"
1896.

SAL 996.1.3

HARVARD COLLEGE LIBRARY

SEP 11 1916
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

2.000 ejemplares. Propiedad de la casa editorial.

¡Sacra fames!

.....

Terminada en Noviembre de 1890.

I

En lo alto de la montaña, se escalonaba el camino. Un camino difícil, abrupto, abierto por la costumbre de los caminantes más que por el pico penetrante del obrero. Después de esconderse en la estrecha garganta circunscrita por dos montañas, ensanchábase un tanto formando una pequeña planicie á expensas de una roca situada al borde del abismo. Era como un remanso.... Una meseta á donde se llegaba después de la fatigosa ascención de una escarpa y de donde se salía descendiendo por otra aún más empinada.

Desde allí, á vista de pájaro, se contemplaba la llanura: una llanura risueña, tendida entre la cadena de los montes y la ribera del mar.

Tres ginetes llegaron á la planicie guiando sus jadeantes cabalgaduras. La tarde era calurosa y aquel lugar convidaba al descanso. Allí podrían sacudir los miembros entumecidos, respirar la brisa errante y dilatar la mirada por apacibles horizontes.

De los viajeros, el que caminaba delante, echó pié á tierra, colgó la brida de la rama rota de un árbol y sentose sobre la menuda hierba que alfombraba el lugar. Era un hombre de mediana estatura, tronco largo, cargado de espaldas, alto de hombros, semblante duro, color mate, cejas pobladas, pelo escaso

y enormes bigotes que podían anudarse por detrás del occipúcio.

El segundo ginete imitó al primero. Sentose también en la grama, doblando para conseguirlo su cuerpo de gansarón como se dobla sobre sus goznes un sillón de viaje, y dejando adivinar á través de la ropa la flaquencia de sus rodillas puntiagudas, de sus codos huesosos, en perfecta armonía con su nariz ganchuda, afilada y estrecha.

A poco, el tercero, que iba por la inclinación del repecho casi acostado sobre el cuello del caballo, llegó al remanso, desmontose, respiró con fuerza, y fué bajándose lentamente hasta dejar casi tendido en la hierba su cuerpecillo pletórico y rechoncho.

—¡ Diantres !—dijo el primer viajero—¡ Al diablo con las cuestas ! Tamañas aventuras podrán abrir el apetito, pero á mi me lo cierran y me entumecen las coyunturas...

—Falta de costumbre, licenciado—añadió el segundo.

—No tanto.... Vengan leguas en el llano, pero aqui.... esto es para cabras y saltamontes. Tú tienes, por tu estatura de estandarte, la ventaja de sacar á tu gusto los piés del estribo quedándote parado en el camino. Para mí, esto es sofocante...

—¿ Y yo ?—dijo el tercer viajero riendo con toda la boca y mostrando una de sus piernas cortas y gordiflonas—¿ y yo, que necesito descolgarme por el estribo para llegar al suelo ?

—Como quiera que sea, gracias que no hemos perdido el día. A tí, Gil Pan, tus honorarios te pagan las molestias ; y tú, Casapica, con las dietas tendrías holgadamente para curarte la apoplegía si te diera. Cuanto á mì...

—Cuanto á usted ya el cafetal de ese zoquete le pertenece y tampoco ha perdido el tiempo.

—Sí, aunque algún trabajo ha costado. Conmigo no hay cuartel: el que me la hace...

—Claro está, hombre... Es preciso ser tonto de capirote para hacer lo que ese imbécil. ¡Resistir al licenciado Garduña poniéndosele en frente!

—¡Bah!.. es un tramposo. Me encarga la defensa de un pleito, lo transo, y después no quiere pagarme. ¡Habráse visto el muy...! Dice que la transacción le cuesta más de lo que hubiera perdido en el pleito, caso de perderle. ¡Como si yo tuviera la culpa de que se fuera á las greñas con su vecino! Pero no contó con que Hermógenes Garduña no ha nacido para dejarse zapatear por ningún mándria.

—Pecó de torpe.

—O de muy listo. Por eso, con la sentencia de deshaucio, quise venir yo mismo. Temí que cambiára los *puntos* ¿eh? De esa manera, como ustedes han visto, he podido precisar personalmente los límites de la finca de ese, que ahora es mia.

—Sí—añadió Gil Pan desperezándose—ya ese agua pasó el molino. Por mi parte celebraría tener á diario una excursión como la de hoy. Estamos mal...no hay trabajo.

—Y lo poco que se hace, no produce. A la boca de mi tintero se le están formando telarañas. Necesitamos, ¡ah! necesitamos algunos asuntos de mayor cuantía...

Y así diciendo, dejó caer Garduña la mirada sobre el hermoso valle de Paraiso. El panorama era espléndido, digno del pincel. Veíase allá abajo, la vega; allá lejos, el mar, y allá, más remoto, un horizonte coloreado por tintas indecisas. La vega, dividida en dos por un río; las márgenes de este, cuajadas de favoritas cañas, y cerca de la desembocadura, sobre un ligero montículo, la población de Paraiso, llena de casitas blancas, con simetría de

colmena y abarcando en su centro la ancha plaza donde, por encima de los edificios, se destacaba el techo pizarroso de la iglesia y la torre vetusta del campanario. A un lado del río, veíanse las líneas regulares que marcaban los sembrados y las colindancias, y también serpear alguna que otra vereda que aparecía ó desaparecía á la mirada, según el crecimiento de los pegujales que adornaban sus márgenes. A trechos, el color amarillo verdoso de la llanura interrumpíase, descubriéndose, entonces, grupos de viviendas, y en el centro de ellas, erguidas y elevadas chimeneas, algunas humeantes, otras frías, pero todas levantando al espacio el atrevido vértice. En otros lugares de aquel poetico campo, los cañaverales no existían y allí se contemplaban sólo hectáreas de color verde obscuro dedicadas á la producción de variadas hierbas y, en ellas, pastando mansamente el ganado, á veces á la descubierta, á veces bajo el fresco sombrío de bosquecillos de árboles frutales.

Había en todo aquel ámbito un aire de patriarcado encantador: parecía que la naturaleza había sonreido al posar en aquella comarca su planta de diosa. El mar, escalando las orillas, casi lamía los muros de Paraiso. El horizonte marino era ancho, y limitaba su amplia curva entres dos cabos que avanzaban en el mar formando una ensenada. En cierto lugar de ella, el azul marino se interrumpía surgiendo del agua la punta gris de una peña, por momentos desnuda y por momentos vestida de blanco por la espuma abandonada en el reflujo de las olas. Y allí, junto á la meseta donde hicieron alto los ginetes, una sierra vírgen, un monte bravío, una maraña de árboles y lianas que iban escalonándose y sucediéndose hasta llegar al llano.

Garduña y sus compañeros contemplaron silenciosos el paisaje.

—Sí— exclamó Garduña como continuando en voz alta un pensamiento—el trabajo se paraliza, nadie riñe y nosotros acabaremos por morirnos de tedio. Y no será, ciertamente, porque en todo eso de ahí abajo no haya material bastante...

—¡Oh, ya lo creo!—contestó Gil Pan—Si se desnudase á la mayor parte de los negocios de Paraiso, ya nos habría caido qué hacer.

—¡Hay tanto cabo suelto!...Es una hoguera que no necesita más que el roce de dos leños para encenderse. ¡Dímelo á mí que conozco el fondo de las cosas, que tengo la madeja en la mano!

—La gente resbala....pero evita caer. Si le tendemos la mano, no la toma. Nos teme...cree que nosotros en vez de sostener, empujamos.

—Eso lo piensan cuando el negocio prospera. Cuando sopla el mal viento, apelan á nosotros y entonces...

—Yo me rio de lo que digan y de lo que piensen.

—Miren ustedes—continuó Garduña—allá en la ribera de Gran Rio, están los Lerdo. Famoso ingenio y dinero en caja....¡No importa! Si diesen un traspiés, uno solo, yo conozco el medio de hundirlos por medio siglo en un pleito ruidoso.

—¡Bah!....están ricos..viven como príncipes.. pasean por París su hartura y ni el diablo lograría romper la unión que los liga.

—Si no fuera por esa unión ¿nó serían ya polvo? Su porvenir, sin embargo, es obscuro. Allá más al Norte, están los Gándara....Esos han sido más aprovechables. ¡Como cambian los tiempos! ¿Quién hubiera dicho al octogenario Gándara que creyó al morir dejar la mansa prole unida por el cariño y el negocio, que á poco se habrían de desgarrar entre sí las ovejas! ¡Cariño....unión....fraternidad! Bonitas mentiras. El peso duro es egoista, quiere ser

solo, le molestan las componendas de familia....Lo dicho: si se remueve ahí abajo ¡cuánto *asunto!* Allí está San Telmo....ruinas....

—Otro tonto....Se le escapó la fortuna de las manos cuando más segura la creía.

—Mucho le serví, hice por él cuanto pude. Sus acreedores salieron como pudieron. El, como una planta parásita, vive todavía, de favor, en la vieja casa del Ingenio. ¿Véis? Allí....en la dirección de mi dedo....

—Justamente, y al lado las vegas de usted. Apesar de la distancia se descubre la *maya* divisoria de sus terrenos, licenciado.

—Pues....Algunas *cuerdas* que tomé en pago de mi defensa y mis trabajos. Y de la orilla izquierda de Gran-Rio, no se hable....Si golpeamos, nos sale como á Moisés, agua de la roca. Miren ustedes qué bien se divisa la propiedad de los Gamboa....¡Hermoso predio! Y al lado, ese egoistón de Bermeo, que cosecha por igual la caña y su raza. ¡Qué hombre! Ha dado cuenta él solo de toda una familia de cuarteronas....Más allá, Rosa de Mayo, que ha enriquecido al viejo Andrea desolando al vecindario. Todo caerá, no hay cuidado. Es cuestión de paciencia....¿Y qué me dicen ustedes de Mina de oro?

—¡Oh!....Ahí sí que se viene pronto el mundo abajo....¡Medio millón y sin heredero forzozo!

—Según parece, el bueno de don Tirso vá por la posta. Ayer me decía el doctor Troncoso: *no doy una pepitaña por lo que le resta de vida.* Cuando muera, el asunto puede ser productivo.

—Tal vez lo sea mucho para usted, licenciado: como son ustedes colindantes....

—El tiempo dirá lo que pueda dar de sí ese asunto. Por lo pronto, Leonarda hace cuentas galanas.

No hace mucho, hablando del percance de la chica de Prisca.... ya sabéis, aquella cuyo agresor nos dejó burlados....

—¡ Mala centella extermine á ese mulato canalla ! Después de hacerle tan bonita defensa en que resultó inocente del rapto de Ursula, alzó el vuelo sin pagarnos ni un céntimo. ¡ Ni siquiera el papel sellado !

—Pues bien, hablando de ese asunto con Leonarda, me dijo: *haga usted las cosas de modo que la chica gane la cuestión...que el otro se case con ella... por consideraciones á Prisca le recomiendo mucho el caso....mire usted que pronto va á estar en mi mano cierto ab-intestato....*

—Se comprende: la buena señora hace ya sus cálculos, mientras al otro se lo come la úlcera. Y no está la cosa tan clara, porque si reconocen á la chiquilla y aparece el padre de la criatura....

Al oir aquellas palabras, Garduña sonrió. Sonrisa de autómata que nada expresaba como no fuera el disimulo en que la hipocresía escondo sus impresiones.

Despues los viajeros guardaron silencio. Garduña con la mirada fija en el lugar de la vega donde se descubría la silueta indecisa de Mina de oro; Gil Pan con la barba apoyada en los puños y los puños en las rodillas, contemplando el panorama de Paraiso; Casapica, medio tendido en la grama, apoyado en un codo y bostezando de tiempo en tiempo como rico que se aburre.

El sol trasponía ya las vecinas cumbres y el frescor del ambiente denunciaba la vecindad del crepúsculo.

A poco, volvieron los viajeros á las cabalgaduras, montaron y emprendieron la marcha á Paraiso. Comenzaron á bajar el violento repecho que tras innumerables revueltas, terminaba en el llano, dispuestos,

una vez en él á ganar á buen paso el poblado distante de aquel lugar como una legua.

Al ponerse en camino, Garduña ocupó el primer lugar, Casapica el segundo y Gil Pan el tercero....

—Licenciado—dijo Casapica procurando guardar el equilibrio echando los piés hacia adelante y el cuerpo hacia atrás,—Licenciado, cuando llegamos á la Pica, interrumpió usted la narración que nos venía haciendo....¿Recuerda usted? Nos decía, que lo que más le había gustado en Roma era....

—Justo, sì—contestó Garduña—lo mejor de Roma son las romanas. Caballeros ¡qué hembras! Pues bien, como decía, pasé el puente persiguiendo á aquella *donnina* y dispuesto á permanecer toda la noche en el Tras tebere, si aquel diablillo coquetón se hubiera empeñado en ello. Yo no cejaba en la persecución y....

Las voces perdiéronse en el seno montuoso de las curvas del camino y aquellos hombres, vistos desde lejos, hubieran parecido tres reptiles descendiendo de una cima por el reborde de una roca.

El dia entibiaba la intensidad de sus luminarias, la tarde arropaba apacible los horizontes y la naturaleza caía lentamente en brazos de la noche, agitando la gentil celagerìa de nubes gualdas.

II

La habitación estaba casi en sombras. La movediza luz de una estearina guardada en opaca bombilla y un abanico de ancha hoja recostado sobre la bombilla, apenas permitían distinguir con presición los objetos. El abanico, apoyado el mango en la mesa, ahogaba con su espesa pajuncia la viveza de la luz, proyectando en el muro una sombra grande, curvilínea, dentellada. Su contorno había sido festoneado por el uso, y al ser interpuesto entre la luz y el muro, enviaba allí con fidelidad la sombra.

Había en aquella habitación una calma sombría. En un ángulo, un armario cuya cornisa casi tocaba al techo; al lado, una gaveta de madera y color distinto; más allá, un arcón de hierro y junto á él, un escritorio pequeño; en otro ángulo, una cama de bronce adornada con colgaduras blancas y borlas rojas, y junto á la cama, un velador cuya deslustrada superficie desaparecía bajo multitud de botellas, frascos y potes de variadas dimensiones. Al lado de la cama, una alfombrilla de colores gastados; en un muro, un reloj colgante; una puerta y una ventana en los otros dos, y en el cuarto muro, una puerta ligeramente entornada. Repartíanse, además, por la habitación, algunas sillas de paja, algunos mecedores de los que se mueven con balance sordo y alguna ropa pen-

diente de botones de percha ó caída al descuido sobre los muebles.

Se estaba en Mina de Oro, un Ingenio cerca de Paraiso, y era Paraiso una población de la colonia que en 185....la naturaleza, siempre generosa, enriquecía, mientras sus habitantes mantenían-la inerte, sin urbanizarla, condenándola al raro papel de aldea opulenta.

Y en Mina de Oro, en aquella habitación, respiràbase un aire espeso, un aire saturado de emanaciones de botica, que por momentos era vencido por un olor más intenso, un verdadero olor de podredumbre. Notábase allí cierto aspecto de lujo, pero de lujo sin gusto, sin elegancia, sin armonìa. Un lujo de campesino enriquecido, un lujo que no sigue los accidentes de la moda, ni las variantes caprichosas de los tiempos.

En la parte alta de uno de los batientes de la ventana, había un cristal á cuyo través distinguíase una porción de cielo estrellado. El espacio abierto é inmenso afuera, contrastando con la estrechez de aquella alcoba de moribundo.

En el lecho, entre sábanas, había un hombre. Permanecía, á veces, inmóvil, con la mirada fija; otras veces, agitábase volviendo de un lado á otro la cabeza con movimiento rítmico, ó escudriñando los rincones con ademán receloso y vacilante.

Aquel hombre era Tirso Mina, un rico que libraba la última batalla. El cuadro de siempre: un cuadro vulgar. Después de inquieta existencia, primero en el servicio militar, en el cultivo de la tierra luego, la enfermedad le vencìa y abandonado de las fuerzas, rendíase protestando con ira de la adversa suerte.

No era muy viejo: cincuenta años. Pero en incáutas mocedades, una enfermedad adquirida al

descuido, se encargó de minar su organismo para entregarlo decrépito á la muerte cuando aún no había saciado el ansia de vivir. Moría envenenado por terrible fermento que vence al tiempo, que salta invencible de generación en generación. La lucha entablada durante mucho tiempo, había sido inútil. El mal progresaba en sigilo, corrompiendo la sangre, descomponiendo órganos, disgregando tejidos.

En momentos de desesperación, Tirso conformábase con todo; con todo, menos con aquella horrible úlcera de abierta fáuce. siempre hambrienta, siempre implacable, avanzando siempre con trabajo de zapa, despertando impíos dolores é invalidando aquella pierna antes tan firme y gallarda.

Cuando el veneno triunfó de la última resistencia, Tirso cayó en el lecho. Luego, el cerebro tomó parte en el menoscabo general y vinieron las bascas y las vaguedades y el delirio y esos estados alternados de lucidez é inconsciencia que anuncian la escena final.

La cosa iba, pues, á pasos apresurados y Mina de Oro tenía ya aspecto de casa penada donde se espera la muerte.

Detrás de la puerta, entornada entonces, había una sala espaciosa, y en ella varios circunstantes pasaban las horas en vela atentos al menor movimiento del enfermo y prescindiendo entre sí de cumplimientos y ceremonias.

En un mecedor, estaba Leonarda, hermana da Tirso. Una buena señora de aspecto duro, en la cual la vejez operaba cierta masculinización que hacían más notoria los ímpetus de un carácter dominante y àspero. Viuda desde hacía algunos años, quedáronle un puñado de oro y dos hijos. El dinero bastante para vivir con modestia y la progenie suficiente para llenar su papel de buena madre,

El dinero conservóse intacto, como aquello que se cuida con celo exquisito; los hijos crecieron entregados á sí mismos, temiendo más que amando el materno regazo. De los hijos, Catalina, la mayor, ya no era suya. Casada con Sulpicio Longinos, agrimensor residente en Paraiso, formaba núcleo aparte. El otro hijo, Honorino, estaba allí, en la sala de la quinta, sentado junto á un velador grande sobre el cual ardía enorme quinqué de metal dorado.

Honorino tendría veinte años. Era todavía alitierno, de cabeza y ojos pequeños, cuello y miembros largos, bozo naciente y piel trigueña y barrosa. Falto de criterio y buen juicio, su nota dominante era la concupiscente. Gozaba fama de tenorio, de chico audaz, capaz de atrevérsele, por ser hembra, á la estrella de la tarde.

Sentada también junto al velador, estaba Ursula, la hija única de Prisca, una trigueña de dieciocho años, de busto redondo y pródigas formas. Pequeña de cuerpo, sus contornos parecían imantados. Atraía envolviéndolo todo con su ambiente de lozana frescura. Sobre ella, sinembargo, había pasado una tormenta. Fué un escándalo en Paraiso; anduvo la justicia en el asunto, y las cosas resultaron de tal guisa que ella quedóse con el desastre, y su ofensor, después de darse humos de casto José, traspuso buena distancia dejàndola burlada. Huyó engañando á todo el mundo, aún á los mismos que, duchos en achaques de curia, creyeron descubrir un venero en la cuestión. Prisca quedó desolada: su hija era una víctima ¿quién la alzaría de la infamia? Cuanto á Ursula, no parecía haberle producido el episodio muy hondo efecto. Un montón de carne bonita no había de desesperarse al primer tropiezo.

También Prisca y Sulpicio estaban en la sala: aquella balanceándose en un mecedor; éste, recostado con negligencia en el sofá.

Prisca poseía un trozo de terreno emplazado dentro del perímetro de Mina de Oro. Mil veces quizo Tirso comprarle, poseer la pequeña vega y la ruinosa casucha, pero Prisca, temiendo á la redondez del dinero, jamás consintió á convertir en efectivo su diminuto predio. Pensó, acaso, en las ventajas de lo malo conocido y en los peligros de lo bueno ignorado, y con desconfianza de viejo sordo, mostróse siempre hostil á las proposiciones de Tirso. De otro lado, su finca valía mucho más de lo que por ella ofrecían; en un Ingenio de primer orden, un sembrado ageno debía alcanzar precio triple. Como la casa estaba muy cercana á la de Mina de Oro siempre entre Tirso y ella, hubo buena amistad, oficiosidades de viejos vecinos...Ella estaba allí aquella noche porque su vecino moría y no era cosa de faltar con su piadosa asistencia de un lugar á donde tantas veces concurriera en dias felices.

Sulpicio, en el sofá, paseaba la mirada por el techo de la sala. Era un buen hombre, muy estudioso, tenido por gran aritmético, respetado por virtuoso. Su semblante siempre triste denunciaba pesares recónditos. Parecía un nostálgico llevando en hombros el fardo de la vida. Sus pensamientos, sus juicios, sus ideas, formábanse en él con rectitud inflexible; luego, cuando la vida real le obligaba á torcerlos, á desviarlos de su cáuce, sacudíase rebelde, irritable. Hubiera querido ver en torno al mundo entrevisto en sueños románticos, y las desnudeces de la realidad hacíanle sufrir como sufriera un idólatra que contemplara sus ídolos derribados del altar. En su vida íntima apuraba amarguras: discordias latentes, desdichas evitables

que el encono agiganta, explosión de caracteres disparados por la brutalidad y la pasión. ¡ Un hombre muy digno de aquel!..Inconforme con la corruptela de ciertas costumbres, protestaba enardecido por instintos de caballerosidad y honor. Solían las gentes en Paraiso, respetarle, porque su carácter era enérgico; algunos le apreciaban porque su bondad atraía; otros odiábanle buenamente, porque le temían. Leonarda, su madre política, le asediaba á traición, mientras él veíase con frecuencia obligado á soportar sus caricias, sus asechanzas de boa del hogar. Amábale Catalina, su esposa, pero hasta el límite en que empezaba la tiranía de Leonarda. Tiranía esquiva, insidiosa, oblìcua; veneno que no se arroja de frente, porque el temor contiene el ímpetu agresor, sinó de soslayo, en voz baja, al descuido, cuando puede matar sin responsabilidad y sin ruido. Catalina, que á la sazón estaba puérpera, no estaba en el Ingenio aquella noche. Lactaba el tercer hijo, un pequeñuelo de pocos días cuyo nacimiento había sido saludado por Leonarda con pocos agasajos. Cuando ésta le vió entre pañales, dijo á su hija.... *¡ Jesús....qué atrocidad!.... ¡ tres muchachos!... mira, Catalina, tù no debes tener más hijos* ....Esto fué dicho á solas, porque Leonarda, temerosa de las vehemencias de Sulpicio, recatábase para dar á su hija ciertos consejos de mujer experta....Había, pues, entre ellos una lucha latente: la madre implacable, la hija abobada, Sulpicio avinagrado é infeliz.

Reunidos en la sala, velaban al enfermo.

—Parece que duerme—dijo Prisca deteniendo los balances del sillón.—Al menos está más calmada su inquietud. ¡ Pobre Tirso!

—¡ Creí que se moría !—añadió Sulpicio.

Y comentaron largo rato los detalles del último paroxismo. Cada cual adujo su observación: que

el enfermo no podía resistir mucho tiempo, que su respiración era tan fatigosa que estar junto á su cama producía ásma, que lo verdaderamente insoportable era el olor, el baho de la úlcera. La conversación fué hilándose hasta remontarse á historias pasadas. Sí, Tirso había sido un buen hombre.... Un poco tacaño, pero podía perdonársele ya que supo amasar una fortuna. ¡Medio millón de pesos, onza sobre onza! Leonarda dijo que en dos horas se comprometía á convertir en oro todos sus bienes. ¡Ah, su hermano era poderoso! Hablóse del testamento: siempre Tirso había sido un descuidado. Moribundo estaba, y áun no creía en la muerte....

—De modo que no tiene arreglados sus asuntos?

—No deja ni un papel, ni un encargo.

—Malo—repuso Prisca—eso promete un enredo, porque...

—¿Y qué nos importa eso?—interrumpió Sulpicio.

—Hombre, siempre es bueno precaver. Porque ¡cuidado que hay que temer en Paraiso á ciertos pájaros que viven del enredo!

—De todos modos—murmuró Leonarda—si no forzosos, tiene herederos, parientes muy cercanos...

—¡Buen porvenir para ustedes!

—Así... así... Los capitales se dividen y al dividirlos se hacen humo.

Sulpicio miró atentamente à Leonarda.

—Por supuesto,—añadió esta—para ciertas divisiones es preciso la mayoría de edad de los menores, nombrarles tutor...

Y cuando así dijo, mostraba en el semblante indominable mueca de contrariedad, como si en aquel momento la quisieran obligar á partir en pedazos un tesoro que ella para sí, y solo para sí, con insensato ahinco ambicionaba.

Continuaron en ese tema, mientras Ursula y Honorino hablaban en voz baja. El calor del quinqué encendía el semblante de Ursula que estaba colorada como una cereza en sazón. De vez en cuando, escuchábanse entre ellos risitas que parecían producidas por el cosquilleo de alguna frase jovial ó de alguna picarada ingeniosa.

De pronto, interrumpióse la velada. Habíase oido una voz ronca que salía de una laringe flemosa.

—¡Ocampo.... Ocampo!...—dijo la voz.

Levantàronse todos y corrieron á la habitación del enfermo. Todos, menos Ursula y Honorino.

—¿Ha venido Ocampo?—preguntó el enfermo.

—¡Ocampo!.... ¿Y para qué quieres á Ocampo?

—Quiero verle....¿oyes?....quiero verle.... Yo lo mando. ¡Puedo mandar en mi casa!

—Bien.... pero sosiégate. Esos enojos te son dañosos. Vaya.... las nueve y cuarto. Es hora de tomar la cucharada.... el doctor no tardará mucho en venir.

—Sea, venga la cucharada, pero entiéndelo: en cuanto llegue Ocampo, que entre....

—Delira—dijo Prisca á Sulpicio en voz baja.

Mas como la hubiera oido Tirso, agitóse con impaciencia en el lecho, añadiendo:

—No deliro.... ¡diablo! ¿Cómo he de decirlo? Yo he mandado á buscar á Ocampo desde ayer.

Miráronse los circunstantes al conocer aquel detalle que les había pasado desapercibido.

—Bien, tranquilizate: vendrá Ocampo.

—Sí, y al instante, que entre....

Leonarda hizo ademán de salir de la alcoba, mas detúvola Tirso diciendo agriamente:

—¿No me curas?.... ¡Cuarenta y ocho horas sin curarme....!

La consternación pintóse en los semblantes

Todos temblaron ante la cura, ante el ingrato manoseo de carne infecta. No hubo remedio y transigieron resignados. Preparáronse las hilas, la jofáina, el agua alcoholizada. Cuando todo estubo dispuesto, Leonarda y Prisca, tragando saliva, levantaron la sábana y descubriendo al enfermo, apareció una rodilla de color negrusco. Los asistentes volvieron la cara, cubriéndose á hurtadillas la nariz, conteniendo el aliento. Todo inútil. Comenzó la cura y se hizo á la ligera, como entierro de pobre. Urgía abreviar: aquello era demasiado, daba vértigos.... Mas era preciso hacer un esfuerzo: aquel veneno deletéreo desprendíase irrespirable de un cuerpo caduco dueño de medio millón. Un esfuerzo más, un poco de paciencia, y sahumándose el terrible olor, el medio millón quedaría....

El enfermo, en tanto, sentíase aliviado y entre suspiro y suspiro, continuaba con el nombre de Ocampo en los labios, mirando á Leonarda con desconfianza, sonriendo y diciendo con sarcasmo:

—No tengas cuidado.... Pronto acabarán estas molestias. ¡Para lo que he de durar....!

En la sala, al verse Honorino sin testigos, apoderóse de una mano de Ursula.

—Así no podemos estar; es menester que resuelvas.

—Pues bien, resuelvo: no.

—Lo que dices no es sincero. Hablas así por el placer de mortificarme, para prolongar mi suplicio.

—Porque no creo en sus juramentos.

—¡Bah! Dices eso porque te acuerdas de aquel.... No todos los hombres son iguales.

Y Honorino, con todo su ahinco, quiso probar á Ursula que él era el símbolo viviente de la constancia. Ella le miraba con ojillos picarones, sonriendo maliciosa, mientras él, apoderándose de la otra ma-

no de la joven, le apretaba las dos contra su pecho.

—Mira, Ursula: quiero decirte un secreto.

—Estamos solos.

—No, al oido.

—¿Y quién nos oye?

—Nadie, pero debe ser al oido. Ven al balcón. Anda, allí...

—¿Para qué? ¿No estamos bien aquí?

Discutieron todavía algunos minutos después de los cuales cedió Ursula.

Salieron al balcón y el ambiente suave de la noche les acarició el semblante. En el exterior, una colgadura de sombras adormecíalo todo, mientras el remoto centelleo de los astros parecía decorar el soberbio cóncavo con pinceladas de nostalgia. El balcón era ancho, tenía el largo de la fachada, y ya en él, Honorino condujo á la joven al extremo más remoto. La claridad era muy ténue, percibíase el rumor intermitente del vecino cañaveral ondeado por la brisa y el roce de helíctros de los insectos nocturnos. La ocasión era para el amor....

—Vamos, sepamos el secreto.

—Quiero preguntarte porqué, si quisiste á aquel mulato, no has de quererme á mí.

—Esa es cuenta mía, solo mía. Me voy...

—No, escucha...

—¿Para qué? Suélteme usted...pueden oirnos ¡Si hubiera sabido esto!

Los brazos de Honorino ceñían la cintura de la joven, y allí fué el derroche de elocuencia. La amaba sí, la amaba. Aseguró que su intención era sana, que conocía toda la historia, que á él no le detenían exigencias sociales. Dijo que era filósofo, que ella, Ursula, era á sus ojos tan buena y tan guapa antes del percance, como después. Ella, como mujer de experiencia, mostrabase recelosa. Hono-

rino, según ella, era un muchacho muy loco, muy enamorado. No había, pues, que fiar mucho en sus promesas...

De vez en cuando, escuchábanse lamentos prolongados. Era Tirso que entre atroces dolores soportaba la cura. Los jóvenes suspendían su plática, pero á poco reanudábanla con más calor.

—Mira, Ursula, tu oreja es muy linda, muy suave...

—¡Me la va usted á poner colorada!

—Es tan suave que convida á besarla.

—No, eso no. Ahora no puede ser.

—Sí, ahora...

—¡Váya un empeño! Quite usted.

—Anda, monina...

—No, ahora no.

—Pues ¿cuando, entonces?

—Luego...

Y aquel *luego*, quería decir *anda tonto, ahora mismo*. Era la menor cantidad de negación que puede oponerse á una afirmación que se desea.

Escuchose rumor de pasos en la grava de la esplanada que se extendía frente á la quinta, y dos hombres penetraron en la casa.

Uno, caminando delante, llevaba de la mano al otro. Él de atrás apoyábase en un grueso palo, y su andar indeciso denunciaba que era ciego.

Aquellos dos hombres eran, el Ocampo tan deseado por Tirso y un campesino obrero del Ingenio. Era Ocampo un pobre ciego que vivía en Paraiso poco menos que de la caridad pública. Antiguo soldado de briosa juventud que roía por entonces, mendrugos de buen viejo amasados por la miseria.

A poco, los recien llegados aparecieron en la puerta de la sala. Honorino todavía intentaba detener á Ursula, mas ésta, temiendo ser vista, desprendiose

de su brazo y entró en la sala en el momento en que Leonarda y Prisca, terminada la cura, salían del cuarto de Tirso y llenaban los pulmones de aire puro.

—¡Calla!—dijo Leonarda—Era cierto.... Aquí está Ocampo.

Y arrugando el ceño como bajo el estímulo de una contrariedad, continuó:

—Ocampo....no es esta la ocasión de pedir limosna. Otro día....

—Yo no he venido aquí, señora,—repuso el viejo con duro acento—á mendigar la caridad de nadie. He venido, dospués de muchos años de no pisar esta casa, porque se me ha llamado, porque don Tirso...

—Está bien. Sepa usted, sin embargo, que el enfermo no puede recibir visitas, que necesita silencio.

—En ese caso, me volveré sin verle.

Nadie se dignó ofrecer asiento á Ocampo. Todos los semblantes estaban serios, contraidos, como ante la presencia de un enemigo. Sólo Sulpicio, con aire sorprendido, contemplaba la escena como quien considera algo que no entiende. En los demás, la hostilidad fué notoria, mientras en el ambiente de la sala parecía agitarse un *fuera de aquí* repetido con odio por todos los labios.

Entonces escuchose de nuevo la voz ronca.

—¡Ocampo!... Eso es mentira. ¡Ven! Quiero verte...

Leonarda, dominando el enojo, detuvo al ciego.

—Espere usted, él quiere verle.

Ocampo fuè conducido á la alcoba, en donde Leonarda, entornando la puerta, sentose resueltamente á los piés de la cama.

—¡No!—gritó Tirso impaciente—Vete... quiero estar solo con Ocampo. ¡Solo!...¿Por qué me contrarías, por qué me abrumas?

Ella, casi iracunda desfiló. El enfermo y Ocampo, quedaron solos.

—¡ Gracias á Dios ! Ocampo: cierra esa puerta. Más...más...eso es. Ahora, da vueltas á la llave y ven, ven pronto, por lo que más ames en la tierra, por el recuerdo de Ernesta, por el amor de Casilda, mira que se me acaba la vida y no quiero morir con esta tortura que amarga mi agonía... !

Ocampo, palpando vacilante, encontró la cerradura, dióle dos vueltas y volvió pausadamente junto al enfermo, sentándose en una silla próxima al lecho.

En la sala, los circunstantes miráronse contrariados. ¿ Qué significaba aquella entrevista ? ¿ Qué aquel encuentro de dos antiguos amigos tanto tiempo separados por el encono ?

Ocampo fué compañero de armas de Tirso y cuando éste, cansado de la vida militante, retiróse al suelo nativo para dedicarse al cultivo de la tierra, Ocampo le siguió con la fidelidad de un perro. Tirso labró algunas hectáreas de terreno y Ocampo le ayudó sumiso. Más tarde, el demonio de la lascivia rompió aquellos lazos. Ocampo tenía una hija, cristal á cuyo través contemplaba serena felicidad. Tirso era todavía joven y Ernesta, inocente muchacha, cedió á la pasión. El antiguo ordenanza recibió en el semblante la bofetada, abandonó con su hija la compañía de Tirso y no volvió jamás á pisar los umbrales de su casa. Fué una repetición de la vieja historia...Un sér caido y un agresor sin memoria ; un placer robado á traición y un infortunio amasado cruelmente para amargar una vida. Luego, fruto de aquellos amores, nació Casilda y al nacer, murió Ernesta. El viejo Ocampo puso en su nieta todo el amor que al morir su hija la fortuna le arrebataba. Así corrió el tiempo y Tirso acumuló cuantiosos bienes. Mil tentativas hizo por lograr el

perdón y el apego de Ocampo, mas todo fué inútil. No, el buen soldado no había matado á su antiguo jefe porque un resto de religioso respeto le contuvo. Sin ese invencible sentimiento, él hubiera vengado la afrenta, porque aunque de condición humilde supo siempre lo que era honor y verguenza. Tirso envejecía llevando en el alma el penoso recuerdo de su villanía. Todos sus esfuerzos por atraer á Ocampo, fueron inútiles, y en tanto éste soportaba en Paraiso las estrecheces de la pobreza. Trabajó hasta que pudo, y cuando unas cataratas seniles le dejaron ciego, quedó entregado á la piedad pùblica. Mendigó al cabo, conducido de la mano por su único amor en el mundo, por su lazarillo, por Casilda...

Pero vino la muerte á batir sus alas sobre Mina de Oro y Tirso que hasta entonces habíase creido inmortal, presintió un fin cercano. Temió confiar á nadie sus pensamientos, dudó de los suyos, de sus amigos. Sembrador egoista, cosechaba soledad é indiferencia. Muchos tenía á su lado: al lado de su cuerpo caduco, de su caja fuerte, que no de su atribulado espíritu próximo á partir. En noches delirosas, su pasado renació envuelto en luz y vió de nuevo los yerros reclamando redención, penitencia y justicia. Tenía deberes que cumplir, heridas que restañar, deudas de conciencia que satisfacer y valiéndose de un criado de confianza llamó á su lado á Ocampo. Cumplido el encargo, el viejo amigo rindióse ante el ruego del moribundo: alargó la mano al campesino y le siguió à Mina de Oro.

En la sala, desde la llegada del ciego, señoreó la alarma. Aquel hombre guardaba á una niña y aquella niña era hija de Tirso, y aunque ni reconocida ni atendida, era siempre un peligro formidable para las aspiraciones de ciertas gentes... Si Tirso moría sin testar, la cosa no admitía réplica: los parientes

más cercanos serían llamados á poseer los bienes. Mas si aquel ejercitaba algún acto testamentario y torcía el curso de las probabilidades, se desvanecerían ilusiones y Casilda, acaso, saltaría al pedestal de oro.

Los parientes de Tirso vieron el peligro resueltos á poner en juego influencias que evitarán el descalabro: los parientes, y también otros que empujaban en la sombra. Cuando la dolencia arreció, á casa del enfermo fuéronse todos; y cuando este comprendió que el fin de su camino se acercaba, detrás de cada mueble encontró á un centinela, detrás de cada cortinaje un ojo vigilante, detrás de cada puerta un oido atento. Se le vigilaba, se le seguía, procurábase leer en su semblante determinaciones recónditas. Se le adulaba y él comprendía que en el fondo de los halagos retorcíase hipócrita la ambición. Dióse cuenta de que se intentaba imponerle el despotismo de una jauría que ojeaba la fortuna. Habló de testar y se le dijo que su estado no era tan apremiante, que tan tristes ideas podían serle dañosas; quiso dar precisas instrucciones á Leonarda dejando entrever sus proyectos de alivio de conciencia, y la buena señora negóse sollozante á escucharle...¡ Oh! porque tales encargos le partían el corazón. De detalle en detalle, observó Tirso que sus parientes apoderábanse de todo. Tomaban posesión, pisaban su heredad, el girón de riqueza que iba á ser suyo. Vivía aún, pero estaba inválido, impotente en el lecho. ¡ Qué dias penosos discurrieron para él! ¡ Qué noches las suyas! A veces, con claridad de juicio, estudiaba la situación, los medios de defensa, el grado de energía de que aún pudiera ser capaz. Otras veces, en noches de fiebre, al juicio sensato se zurcía la vaguedad delirosa, y entonces las cosas se deformaban en su pensamiento y veìase rodeado de aves negras

con ojos brillantes que le bailaban en torno riendo á carcajadas de sus dolores, contando monedas que le habían sustraido, tomando proporciones gigantescas, mientras los detalles de la alcoba se deformaban también, creciendo el ropero hasta abrirse paso por el techo de la casa, desplomándose las paredes que le dejaban á la intemperie, hundiéndose el pavimento que le apedreaba con los escombros. Perdía la conciencia, y el delirio, ese delirio ténue y terrible que borra la realidad, apoderábase de él, ajitándole en la revuelta cama como si la desdicha le hubiera arrojado sobre un lecho de ortigas. Y luego, con la claridad del nuevo dia bajo la acciónu medicamentosa, renacía de nuevo á la conciencia, para considerarse infeliz, inerme, solitario, sin que le enjugára el rostro la mano generosa del cariño.

Un día, al despertar, notó que le habían sacado de debajo de la almohada la llave de la caja. Guardábala así, como guerrero que durmiera sobre su lanza, y al darse cuenta del despojo, amedrentose convencido del abandono en que estaba. Un resto de energía le hizo reaccionar y resolvió apelar á la astucia. Sí, cumpliría deberes de su conciencia y vengaríase á la vez de sus verdugos. Y guardó silencio finjiendo una pasividad que no sentía.

Así pues, la llegada de Ocampo al Ingenio, excitó recelos. Detrás de la cerrada puerta, creyose que pasaría algo grave...

—Creo—dijo Prisca, que aunque no era pariente conocía á fondo las cosas—que convendría avisar á Garduña...

—Sí—contestó Leonarda—Sinembargo, él no debe tardar. Acaso fuera mejor esperarle.

—¡ Pero es triste gracia—añadió Honorino—que de fuera venga quien nos arroje de nuestra casa ! ¿ Quién es ese hombre para...? Un miserable, un

cualquiera... Y además: ¿quién garantiza que esa chica es hija de...

—Cállate Honorino...

—Pero...

—¡Cállate! No nos consta lo que ahí dentro suceda. Yo no puedo creer que Tirso olvide sus deberes, sus..

—¿Sus deberes?—añadió Sulpicio con mal gesto—¿De qué hablan ustedes? ¿Qué les preocupa? No parece sino que seamos los tutores de Tirso.

—Son asuntos de familia.

—Por lo mismo. Solo nos toca respetar la voluntad de nuestro pariente.

Sulpicio sentiase inquieto. Aquella atmósfera le molestaba, aquellas escenas le entristecìan. Sus ideas eran distintas y rebelábase ante la desnudez de aquella ocupación de perros en acecho.

—La situación de Tirso no le permite hacer nada sin la intervención de ustedes—añadió Prisca—pero...

—Y si hiciera, estaria en su derecho. Si él lo desea, venga su herencia en buenhora, más si otra cosa piensa es indigno de nuestra parte injerirnos en sus asuntos.

—¡Siempre dando voto en contra!—murmuró Leonarda envolviendo á su yerno en una mirada puntiaguda.

—¡Siempre razonable, señora! ¿Cree usted legitimo intervenir en asuntos agenos?

—Creo justo no dejarme arrebatar de las manos una fortuna que legitimamente me pertenece.

—El testamento se hace á gusto del testador.

—Aquí no hay testamento posible...Tirso no puede testar: su cerebro se lo impide.

Sulpicio sentía frío, como si repulsiva mano de hielo le acariciara las carnes. Un sentimiento de dignidad levantaba en él gritos de protesta. No

era decente lo que allí se hacía y él no se hallaba dispuesto á tomar parte en asuntos dudosos.

En aquel momento, un nuevo personaje llegó al Ingenio: Dativo Curvo, el maestro de escuela de Paraiso.

Sulpicio abandonó la sala confinándose en la galería posterior de la quinta, y Dativo, hombre pesamentero y sabihondo, ocupó el asiento que aquel dejó vacio.

—Debo avisar á ustedes—dijo el maestro—que el Dr. Troncoso no viene esta noche. Un accidente imprevisto lo impide. Salimos juntos de Paraiso y al pasar el puente del *camino real*, hete al caballo que el doctor montaba, metiendo la pata por un agujero, hete la pata rota en dos pedazos y hete al doctor vestido de blanco y nadando en un lodazal. Se dijo quizás que á buen pelmazo, tomar tabaco, y resuelto á volver grupas sobre los talones, me dijo: *oiga usted, don Dativo: para lo que ha de vivir don Tirso, mi visita no es cosa que urja... vaya usted y dígalo así, que yo me vuelvo á mis sábanas y hasta mañana....* Muy ciego es quien no vé por tela de cedazo, y comprendiendo yo que el galeno más queria dormir en blando que velar en blanco, vine y aqui me llego contando el caso... Y ¿cómo, cómo sigue Tirso?

—Asi, asi... Por momentos alivio, por momentos exacerbaciones.

—¡Bah!.. Al fin todo es morir. Y mi señora doña Leonarda ¿qué me dice? ¿No piensa dormir tampoco esta noche? Vaya...

—No me hace falta.

—Bueno es cuidarse, sobre todo cuando se esperan duelos.

—¡Ay, don Dativo....!

—En Paraiso todo el mundo vive pendiente del estado del enfermo y más de ciento me preguntaron

al paso por él. La gente curiosa...¿ eh ?...Ya usted sabe: la décima parte con sana intención, y el resto, para esgrimir la tigera. Y yo, aqui estoy, pero no para holgar, sino para ser útil. A cada ollaza su coberteraza, y el trabajo repártase entre los amigos para que los penados descansen. ¡ Harta pesadumbre les espera, si Dios milagroso no salva al enfermo!

Ursula y Honorino desfilaron al balcón, Prisca se internó en las habitaciones de la casa, y Leonarda quedó frente á frente de Dativo, soportando con resignación su pedante y anticuada cultiparlancia.

Cuando Tirso se vió solo con Ocampo, incorporóse tembloroso en el lecho.

La tenuidad de la luz, el silencio interrumpido á intérvalos por la fatigosa respiración de Tirso, la movediza sombra del abanico impresa en el muro simulando un castillo almenado de la edad media, la austeridad del conjunto, algunos apagados ecos que del exterior llegaban, todo contribuía á dar á la habitación un aspecto sombrio de penosa nostalgia. Moria allí un hombre; un hombre inconforme con el fallo de su suerte, un hombre cuyo ánimo pasaba de las resignadas laxitudes del sufrimiento á las iracundas excitaciones del dolor.

El enfermo tomó entre las suyas las manos del ciego y éste percibió en la piel la impresión desagradable producida por aquellas manos ardorosas y quemantes.

—Ocampo—dijo al fin—soy un miserable...

—¡ Mi capitán !...

—No, déjame, quiero que me escuches. Soy un miserable: fuí contigo un infame. Sí, en la hora de la muerte no es posible engañarse á sí mismo.

—Todo lo he olvidado...En estos momentos no

puedo tener para usted más que palabras de aliento y de cariño. Lo demás...

—Eso no basta, eso no aminora mi falta. Mira: yo abusé de la inocencia de tu hija. Tú vivías ahí, en la casa de mayordomía, y yo vi á tu hija tentadora y hermosa, y traicionero te obligué á trasladarte á esta quinta. ¿Recuerdas? Fué una perfidia infame: cuando, al amanecer, el silbato de la caldera llamaba la gente á la fagina, tú salias á cumplir tu deber y yo, desvelado por la pasión, poseía á tu hija. Penetraba en el sagrado recinto donde, fiando en mi honradez, la creías segura.

—Vamos...todo pasó.

—¡Ah! Es inútil que me impongas silencio. Quiero remover aquella historia que olvidada mucho tiempo, renace hoy en mí con la tenacidad implacable del remordimiento.

Las palabras de Tirso producían á Ocampo una sensación penosa. Su jefe, era cierto, habiale ofendido, mas en aquel momento era un enemigo humillado. A pesar de todo, nunca le quiso mal. El generoso anciano creíale bastante castigado, pero Tirso experimentaba consolador desahogo al exteriorizar sus pensamientos haciéndose juez de sí mismo.

—Tú eras confiado—continuó—no pudiste leer en el fondo de mi disimulo. Yo, desleal, abusé de ti y de ella. Luego, recuérdalo bien, tu hija entristeció y yo me senti abrumado con vuestra presencia en esta casa. Algo viste un dia... alguien te comunicó su sospecha, y al instante fuiste otro hombre. Saliste de esta casa, catorce años hace, y jamás tus labios formularon un reproche. Pero yo sé que hay encono en tu alma y quiero que me perdones.

—¿Por qué recordar lo que debe olvidarse? ¿Quiere usted saberlo todo? Pues bien: hace años que

perdoné. Cuando Dios se llevó á Ernesta para siempre...

—¡Para siempre! ¡Qué triste debió ser aquel adiós! Besó á su hija...á mi hija, porque era mi hija, y luego huyó. Entonces mi corazón estaba encallecido. ¿Qué me importaba el sufrimiento ageno? El interés, el egoismo inspiraban mis actos y no me tomé el trabajo de reparar las consecuencias de mi infamia. Además: tú fuiste inexorable, fuiste cruel. Mi hija no recibió de mi mano una sola caricia. La sustraias de mi presencia y hoy mírame moribundo sin haberla estrechado entre mis brazos ni una sola vez en la vida. ¡Fuiste cruel, muy cruel! Hoy me siento morir y Casilda queda sola en el mundo. Sola, porque tú no tardarás en seguirme. Sola, abandonada, sin nombre, sin fortuna... ¡Ah!... eso no puede ser y no será..¡no será!

Por un instante ocultó llorando el semblante entre los pliegues de la almohada. Luego continuó:

—Esas ideas me ahogan, amargan mi agonía. Yo no quiero morir sin llenar los deberes de mi conciencia y por eso te he llamado. ¿Me perdonas? Gracias con toda mi alma, pero quiero que me jures cumplir la misión que voy à confiarte. Estoy rodeado de enemigos. Los que están en mi torno son malvados que me detestan. Yo no supe hacerme amar y ellos hoy aguardan impacientes que desaparezca para apoderarse de mi fortuna. Yo hubiera querido legalizar mi voluntad, disponer de mis bienes libremente. ¡Imposible! Les he visto tejer y destejer, y estoy convencido de que todo sería inútil, porque soy impotente, porque siento que me abandonan las fuerzas y se me va la cabeza y siento vértigos y temo una celada. ¡Es tan fácil imponerse á un moribundo! En todo veo aquí los indicios de un

plan preconcebido. ¿Conoces á Garduña? Siempre he sentido repulsión por ese hombre y en estos dias no sale de mi casa. ¿Quién le trajo, quién osa imponérmelo? Gentes que siempre vivieron alejadas de mí, acuden ahora y mi propia familia me vigila, me rodea espiando mis más pequeños movimientos. ¡Será inútil... miserables! Quise testar y opusieron obstáculos á mi deseo y si aun me quedára aliento para ello, acaso abusáran de mi estado engañándome... ¡No! Yo quiero poner á salvo de esos peligros el porvenir de mi hija....

Ocampo estaba emocionado. Tratábase de su nieta, de su pobre Casilda, de la única luz en la noche de su desdicha. Por ella, haría cualquier sacrificio. En aquel momento hubiera querido tener el vigor de otra edad para abrir rudamente las puertas, para imponerse á los avaros, para barrer de la casa las víboras que pretendían arrebatar á su nieta lo que era legítimamente suyo. Luego, pensó también que lo que no se logra con la fuerza puede conseguirse con la astucia y se juró ser esclavo de las instrucciones del hacendado.

—Toma—dijo éste poniéndole en la mano un pliego que sacó con misterio de debajo de la almohada. ¿Tocas este pliego?

—Sí...

—Guárdalo de prisa, donde nadie pueda verlo... así...

—Antes me arrancarían la vida que estos papeles—contestó el ciego guardando el pliego en el ancho bolsillo de su chaqueta raída.

—Pues bien; aprovechando momentos de soledad, he consignado en ese pliego mi voluntad y...

Un hipo fatigoso cortó la frase y Tirso, tratando de proseguir, sólo pudo murmurar:

—Cuando te parezca, al juez....Sé cauto....desconfía....¡Son muy infames!

—Lo juro, lo juro cien veces—repuso Ocampo, y como el hipo continuara pertinaz, añadió:

—No sufra usted, mi capitán. Juro que el porvenir de Casilda....

Entonces oyóse el rodar de un coche frente á la quinta.

—¿Oyes?...¡Lo que te decía! Ahì llega Garduña. Son los cuervos...¡los cuervos que husmean el cadáver! Pronto....pronto....sal....regresa á Paraiso. ¡Adiós!

Abrazáronse sollozantes: Tirso bajo la incómoda intermitencia del hipo, Ocampo con el semblante lleno de lágrimas.

Después el ciego abrió la puerta, cruzó la sala, y hallando cerca la mano del campesino, salió de la quinta.

A su paso, los circunstantes le contemplaron silenciosos, y en la escalera, cruzóse con él un hombre que, con aire sorprendido, echóse á un lado para dejarlo pasar. Aquel hombre era Garduña; el de los largos bigotes y color mate....

Entonces Dativo Curvo penetró en la habitación de Tirso, mientras Prisca y Sulpicio departían en el comedor, en donde en metódica hilera algunas tazas vacías esperaban contener el humeante chocolate que á media noche debía ofrecerse á los asistentes. Ursula y Honorino continuaban en la semiobscura esquina del balcón diciéndose secretos y representando junto al drama de la muerte, la comedia de la vida.

Así, pués, cuando Garduña entró en la sala, solo Leonarda estaba en ella. Sentóse aquel á su lado y escuchó los cuchicheos de la buena señora que le hablaba haciendo muecas y ademanes como si tratá-

ra en reserva algo muy importante. Garduña retorcíase el suave bigote sin que su marmóreo semblante se contrajese ni denunciase que hubiera perdido el dominio sobre sí mismo.

—No sé qué pensar—decía ella—Lo que haya pasado lo ignoro, pero temo que....

—Sí; es prudente no dormirse. Estudiando el asunto detenidamente, es preciso convenir que su hermano nada puede hacer sin contar con nosotros.

—¿Y si hubiera resuelto proceder á nuestra espalda?

—Cualquier acto legal que intente no está á su alcance sin la intervención de los que aquí estamos.

—¿No cree usted que pudiera, recelando de nosotros, valerse de ese inválido y....?

—Pudiera ser, mas lo creo difícil.

—Entonces ¿qué vino á buscar Ocampo á Mina de Oro?

—Ese es el problema. Nada sin sanción legal tendría en este caso valor jurídico.

—Yo aseguro á usted que ahí dentro ha pasado algo....

—¿Nada pudo usted oir?

—Nada.

Meditaron. Luego insistieron en comentar los hechos que amenazaban sus ambiciones. Leonarda protestó á Garduña que él era la única persona en quien tenía confianza y era forzoso que no la abandonase. Una fortuna, una cuantiosa fortuna podía escapársele de las manos si él no la prestaba su apoyo. Tratábase de intereses de familia que no era justo dejen abandonados á los caprichos de un enfermo. Además, ella necesitaría después un gestor, un hombre de confianza y ¿quién mejor que Garduña? En su interés de abogado calculista, estaba, pues, no abandonarla, socorrerla con sus conocimientos

en la difícil situación en que, débil mujer, se encontraba.

Garduña convenía en ello, protestaba adhesión. Es cierto que sirviendo á muchos, solo cosechó desengaños é ingratitudes, más eso no sería bastante á desviarle de su camino de amigo servicial. Que no hubiera cuidado; él no dejaría de la mano á su clienta. Aseguró también que se había ocupado mucho del caso y que dudaba en aquel momento, cual podría ser la resolución más prudente. Sin embargo, como hombre previsor, había tomado sus medidas. El notario habíale asegurado que no había en los archivos documento alguno testamentario hecho en épocas anteriores por don Tirso. Lógico era suponer que éste no se había ocupado de ordenar sus asuntos; deducción tanto más razonable, cuanto que en el minucioso registro que Leonarda había practicado en los papeles de su hermano, nada encontró tampoco que indugera á pensar que éste hubiera tomado notas ó dado poderes. La dificultad se reducía á saber con certeza lo que entre el enfermo y el ciego había ocurrido. Si en la entrevista se trató del capital, convendría apresurarse y hacer testar á Tirso. A grandes rasgos se leerían en su presencia algunas disposiciones, y él, más ó menos, á todo diría que sí. Mas si la visita de Ocampo no había tenido trascendencia, entonces lo mejor era dejar seguir á las cosas su curso natural y tener paciencia. Fallecería Tirso, arreglaríase el *ab-intestato* y los parientes más próximos tomarían posesión de los bienes.

—¿Qué hacer en la duda, licenciado?

—Me parece el caso delicado. Venga usted....

Entraron en la habitación y vieron á Dativo que con aire de galeno pulsaba al enfermo.

—Mal veo esto—dijo—el pulso es irregular, la piel se pone fría, los ojos vidriosos...

Tirso, con los ojos fijos, la mirada mortecina y presa del hipo, parecía dar á la vida sus últimos alientos. Garduña le observó atentamente y disimulando un movimiento de contrariedad, hizo señas á Leonarda para que saliera de la alcoba.

—¡Se muere, señora...no hay tiempo que perder! Pronto...un criado á Paraiso..que vengan Gil Pan y el notario.

—¿De modo que cree usted conveniente..?—añadió Leonarda haciendo un visaje parecido á un sollozo.—¿Creé usted que se acaba pronto?

—Sí, agoniza y pienso que es urgentísimo hacerle testar. Afortunadamente, tengo aquí la minuta que hice hoy. Ya la conoce usted. Se cubren las apariencias para evitar murmuraciones y calumnias. Dos mitades: una para usted y para sus hijos otra. Esta minuta ahorra tiempo. Los detalles...

—Sí, sí: como usted quiera.

Leonarda en el velador escribió apresuradamente algunas líneas y á los pocos minutos un criado, saltando sobre uno de los potros de la caballeriza y llevando otro del cabestro, salía á escape para Paraiso portador de la carta.

Dativo fué invitado á pasar al comedor: era justo que los buenos amigos repararan las fuerzas tomando cualquier friolera.

—Juraría que don Tirso está agonizando—dijo el maestro.

—¡Cá!—arguyó Garduña—Cien veces ha pasado por esas alternativas. Dentro de poco, le verá usted tan tranquilo.

—Sinembargo...

—Se exacerba el dolor, le desespera su intensidad y casi parece muerto.

—¿Y el pulso?

—Vuelve, vuelve en el acto. Cuando el dolor

se calma, revive, se tranquiliza y hasta manifiesta deseos muy razonables y sensatos.

—¿Sí?

—No hace mucho, antes de usted venir, manifestó deseos de que se llamára al notario.

—Hombre...¡al fin! Ya era tiempo.

—Vaya...Y lo que es más: tan tranquilo estaba que dictó á Leonarda ciertas disposiciones.

Dativo miró á Garduña cara á cara. Este sostuvo la mirada como fornido marinero que resiste al timón el choque de la ola. El maestro dudó... Algo inverosimil pareciole ver en todo aquello; siendo el amigo de confianza, nada habíanle dicho de noticia tan importante como era aquella resolución de última hora. Vió á Tirso y le pareció inerme, desmayado, agonizante. ¡Testamento, testamento un muerto! ¿Qué significaba lo que veía?

Garduña leyó claramente los pensamientos del pedagogo y sonriendo con aire seráfico, le miró fijamente, como quien no está dispuesto á dar explicaciones.

—Sí, algunas disposiciones generales que sirvan de base á la redacción de su testamento. Por cierto que por lo visto eran ustedes grandes amigos...

—¿Grandes amigos?

—Lo deduzco de su inclinación á no olvidarle.

—¡Cómo!

—No hablemos de ello...pronto se convencerá usted.

Dativo quedó perplejo, como quién á las puertas de un gran placer, duda de la realidad. Luego fuese al comedor lleno el pecho de tan inesperado regocijo que á duras penas podía dominarlo.

El grato olorcillo de los manjares atraía en el comedor á todos. Garduña indicó á Leonarda en voz baja, la conveniencia de despejar un poco el campo.,

En momentos delicados, las curiosidades estorban. Dativo, en tanto, habíase hecho cargo de una jícara colmada y entre bocado y bocado:

—Vivamos— decía — no está en nuestra mano evitar naturales pesadumbres. Hay que tomar la vida con sus naturales asperezas y pensar que no hay oveja para todos los martes. ¡Caramba...buen chocolate! Se vé que al pobre Tirso no le desagradaba lo bueno. Así soy yo: lo mejor de lo mejor. No todos piensan lo mismo. Poderosos hay que viven mendigos por aquello de que olla reposada no la come toda barba, ó lo otro de oveja, hasta de su rabo se espanta.

Obsequiábanse todos. El azúcar de la última cosecha, meloso todavía, pasaba de mano en mano y los bizcochos de plato á plato. Honorino y Ursula sentáronse también en torno de la mesa y tomaron parte en el refrigerio.

Afectaban todos circunspección, pero revolviéronse los manjares con buen apetito. Los semblantes aparecían tristes, con palidez de insomnio, á tiempo que el chocolate endulzaba los paladares y estos gustaban libres de penas, los buenos sabores. Alguien prefirió café solo: solo y sin azúcar para no sentir sueño.

Leonarda estaba meditabunda y Garduña, pálido siempre, sorbia sin apetito su chocolate ya frio. Honorino dió fin en pocos minutos á una bandeja de panetelas. Tenía al lado á Ursula á quien la vecindad no disgustaba, y mientras se ofrecían mútuamente pedacillos de bizcocho hundidos en las jícaras, por debajo de la mesa tenían los piés unidos dándose pisotones de inteligencia á cada uno de los ademanes amanerados de Dativo.

Era una cena triste aunque con la menor cantidad posible de tristeza. Los criados movíanse

de un lado á otro esmerándose en el servicio y de los anaqueles que adornaban el comedor, descolgábanse golosinas á medida y gusto de los comensales.

Sulpicio, cuando acabó de cenar, encendió un cigarro delgado, largo y toscamente retorcido, que aromatizó con humo azuloso el comedor. Fumaba distraido, como quien medita algo remoto á lo que le rodea; con las cejas fruncidas, como quien hace un lustro que no ríe, hastiado de lo que á otros divierte. No intervenía en la conversación general, ni le preocupaban las volubilidades del diálogo. Pensaba, remontándose sobre aquel montón de humanismos, en cosas superiores. No estaba conforme con lo que allí veía. ¡Tan buen apetito, tan buen humor en unos, mientras el otro infeliz estaba allá solitario, deliroso, pereciendo bajo la extrangulación de horrible mal! Tirso nunca fué su amigo: hombre receloso, desconfiado, tímido ante el peligro de ser generoso, nunca le tendió su mano ni le abrió su corazón llamándole amigo. Al entrar Sulpicio en la familia, antes que agradecer el nuevo lazo, el parentesco que se engendraba, temió que el sobrino político pretendiera abrumarle con empréstitos y peticiones de dinero. No fué así: Sulpicio era altivo y se bastaba á sí propio. Aquella noche, sinembargo, al ser testigo Sulpicio de la triste agonía de Tirso, olvidaba su indiferencia y sus recelos, considerándole como á un desdichado que moría sin ser amado, en la espantosa soledad de una compañía de indiferentes. Así, embargábanle sentimientos de piedad por el pobre enfermo, protestaba de la tranquila apariencia de los unos ante el acerbo martirio del otro. No, aquello era injusto, injustísimo, porque al cabo la herencia llegaría á manos de todos. Eran unos ingratos que más debieran estar sollozan-

do por los rincones de la casa, que comiendo golosinas á costa del moribundo. También sentía repulsión por los amigos allì reunidos. ¿Garduña? ¡Buena pieza! Mucho tiempo hacía que venia adulando á Tirso, pero ¡qué si quieres! Este podía pesarse en oro, no debía un céntimo, no tenía *asuntos*: con él no había medro posible. El licenciado Garduña era un prohombre en Paraiso. ¡Ya! No le tenía él por tal. Vamos, no le entraba por el ojo derecho. ¿Prisca? Una tonta: muy cosueña, pero majadera y, sobretodo, descuidada. Por eso á Ursula se le fueron los pies... De ésta tampoco pensaba bien: no tendría buen fin. Recordó que siempre que le daba la mano se la apretaba fuertemente, así, como con un movimiento convulso. Acaso histérico... casi todas las muchachas son histéricas. Y luego ¡con un mulato! Nada: cualquier cosa.

Así, de personaje en personaje, de idea en idea, Sulpicio llegó al *ab-intestato*. Pensó en las contigencias que podrían sobrevenir. En el fondo las esperanzas eran aceptables, el asunto valía la pena, porque al fin él, que no tenía otra cosa que el fatigoso producto de sus mensuras, no estaba para dar la espalda á la fortuna. Si Tirso les hacía herederos ó no testaba, santo y bueno. Dentro de su rectitud, la situación también tenía para él atractivos. Algo habría de corresponder á Catalina. Y cuando así pensaba, veía allí, en la esquina de la mesa á Leonarda y parecíale que como un fantasma de eterna pesadumbre, habríase de levantar siempre entre Catalina y él, entre sus ensueños y la realidad. De ese modo, mientras engullían los otros, él cavilaba hastiado....

Garduña y Leonarda cuchicheaban. Sí; era menester alejar á Sulpicio.. No precisamente porque estorbára, sinó porque como tenía un ca-

rácter tan vehemente y quijotesco, acaso fuera enojosa su presencia en ciertos momentos. La cosa fué fácil. Manifestó Garduña que allí todos se habían descuidado, que no se habían tomado las precauciones necesarias cuando se espera una desgracia.

—No tardarán en llegar el notario y Gil Pan, amigos de la casa que deben dar forma testamentaria á los deseos de don Tirso... ¿Ignoran ustedes que don Tirso ha manifestado deseos de testar?

—¿Cuándo?—pregunto sorprendido Sulpicio.

—Varias veces....no hace mucho lo repetía.

Prisca, Ursula y Honorino, extrañaron la noticia; Dativo sonrió malicioso ante aquél *no hace mucho* inventado, cuando á él, que acababa de ver al enfermo, le parecía agonizante, sonrisa que disipó enseguida la loca esperanza de participaciones indirectas y ventajas llovidas del cielo; Leonarda, séria como una estátua, reprimía su emoción; y Sulpicio, el único sinceramente sorprendido, interrogaba á los circunstantes con miradas de indecisión y duda.

—Nunca oí decir que pensára en tal cosa—dijo.

—¡Oh!..Muchas veces. Así al menos lo afirma Leonarda.

—Sí. No hace media hora, clamaba por el notario.

—Entonces, la visita de Ocampo, acaso tenga relación con sus deseos. ¿No es eso?

—Acaso...ó tal vez no.

—Y mejor que mejor—añadió Dativo—Si arregla sus asuntos, menos embrollos. Que no se le contraríe, que no se le retarde ese deseo, que no se le...

—Pues, como decía—interrumpió Garduña—Es menester apresurarse. Trátase de un bonito capital que no debe ponerse en tribunales. Y veo que en

otro orden de ideas no han tomado ustedes precauciones. ¿Se ha dado aviso para las esquelas? ¿Se ha redactado la tarjeta de invitación? ¿Y los del carro fúnebre? ¿Y el ataud? Veo, en fin, que no se han tenido en cuenta estos detalles. Resultado: que á última hora todos son tropiezos. Soy amigo de la casa y estoy en el deber de advertirlo. Eso sí: creo que no debe economizarse nada. Cuatro caballos tirando del féretro y detrás, los potros domados de Mina de Oro cubiertos con gualdrapas negras. Debe ser un sepelio lujoso. Don Tirso deja capital para eso y para mucho más. Pero todo hay que ordenarlo, que disponerlo, y según parece, nadie ha puesto mano en ello. Vamos á ver, don Dativo...

—¿Yo?

—Usted podría encargarse...

—No, no es posible. Por mi parte, declino la comisión. No sirvo para ayuda de entierro. Dar las gracias al cortejo, es otra cosa. De eso sí me encargo.

—Pues tú, Honorino. Sinembargo de que siendo penado, pariente cercano....

—Yo no entiendo de eso. Que vaya Sulpicio. Anda, hazte cargo.

—Sí, el llamado es usted, Sulpicio. ¿Por qué no va usted á Paraiso y procede desde luego?

—Iré—dijo Sulpicio.

Había visto el cielo abierto. ¡Salir, salir de allí, respirar el aire puro de la noche, no presenciar indignidades! Le fué grato el proyecto. Iría á Paraiso, cumpliría los encargos que el caso demandaba, y luego entregarìase al descanso. Cumpliendo deberes de buen pariente hacía dos noches que no dormía: era justo dormir. Acaso Tirso no moría aquella noche, y como su mujer y sus hijos estaban solos, la ocasión le parecía aprovechable.

Además: ahogábase allí. Sus parientes no se portaban con la corrección que era de esperar en personas decentes. ¡La herencia! Solo la herencia era allí objeto de cuidados, sin que se atendiera gran cosa al infeliz enfermo á quien, á veces, olvidábanse de darle las medicinas. Asco, inmenso asco, repugnancia invencible le embargaban, y al mismo tiempo una piedad infinita por Tirso á quien hubiera de buen grado asistido con ternura á no ser por el temor de que se creyera que su conducta obedecía al deseo de adularle. Su disgusto, su inconformidad con todo aquello, arrancábanle de allí. Acababa de sospechar que se trataba de un amaño increible... Acaso, de rodillas, habían suplicado á Tirso que testara y éste sin conciencia, complacía á sus parientes. Veía algo, pero confuso, indeciso. Sabía que Tirso era padre de una niña abandonada que vivía con Ocampo. ¿Tratábase de atender al porvenir de esa niña? ¿Permitirían sus parientes que se cumpliera tal deber? ¡Ah! ellos defendían su derecho! Porque ellos creían tener allì derechos... No, él no prestaría complicidad á tanta despreocupación, no autorizaría con su presencia planes equívocos. Y aceptó gustoso la comisión que le fué propuesta.

Dispuso á un criado que enjaezara cierto pótro de buen andar, y fuese á la sala.

Garduña le siguió ampliando las intrucciones y de ese modo llegaron juntos á la puerta de la habitación de Tirso. Garduña previó el intento del joven: entrar antes de partir, en la alcoba, y ver á Tirso. Era preciso evitarlo á todo trance. Echóle el brazo por la espalda y desviándole, le condujo al balcón.

—Mire usted, Sulpicio... Diríjase usted á las autoridades. Don Tirso es capitán de ejército en situación de retiro. No recuerdo si tiene derecho á

ciertos honores en caso de muerte. Vea usted eso. De todos modos, no olvide usted los clavos dorados en el ataud y las cenefas anchas y doradas también. Las iniciales T. y M. que sean grandes.... ¡Ah! debemos tener en cuenta que sobre el ataud deben colocarse la espada de Tirso y la cruz de...no recuerdo que clase, que le otorgaron por hecho de armas. Nada olvide usted: interpretando los deseos de la familia, me tomo la libertad de abrumarle con tanto encargo.

Se recibió aviso de que el potro estaba listo. La primera intención de Sulpicio había sido desviada, y siempre con el brazo echado por la espalda del joven, le acompañó Garduña hasta la escalera, hablando siempre, sin permitirle fijar la atención en cosa alguna que no fuera lo que él decía.

Sulpicio salió de la quinta. Llevaba la sospecha de que algo equívoco flotaba en aquella casa, pero esa sospecha no llegaba á tocar la realidad. Pretendíase algo más, él no había percibido la noción de lo que se trataba. Su malicia, no era tan grande como la astucia allí dominante. En su honradez había cándidos; los hombres honrados suelen ser fáciles de engañar.

A poco, estaba en campo raso. Caminando por sendas ocultas entre cañaverales, veía á lo lejos á Paraiso, iluminado por lucecillas que enviaban á la vega su débil fulgor. Distaba media milla á lo sumo, y como estaba situado sobre una colonia, descubríanse sus contornos ennegrecidos por la noche, á trechos salpicados de aquellos fulgores, que le daban un aspecto misterioso de ciudad fantástica.

El aire de la noche serenó á Sulpicio. Ensanchó el pecho, respiró con placer, creyóse comprendido y saneado en aquella noche apacible que le acariciaba

con su frescura. Fuése, pues, alejóse, y en la soledad de los campos creyóse feliz....

En la quinta, Prisca fué llamada aparte. Garduña le dijo que Tirso, con voz muy débil, había manifestado su resolución de hacer testamento, dando instrucciones para ello. Manifestó extrañeza, mas no ahondó en el asunto.

—Así, al menos, serán después más fáciles las diligencias.

—Positivamente. Es un favor que hace à todos antes de morir. Lo que importa ahora, es evitar que interioridades de familia trasciendan al público. Esto no reza con usted porque se la considera como de casa, mas ahí está Dativo..¿ comprende usted? Un buen señor que no tiene polilla en la lengua. Procure usted entretenerle alejado algún tiempo de la habitación. Ursula puede ayudar á usted, y, de paso, también ella se aleja, pues aunque se tiene confianza en la chica, los jóvenes suelen ser lijeros y....

—Sí, comprendo. Dativo queda de mi cuenta.

—Muy bien. Luego, cuando llegue el momento oportuno....pues....como se necesitarán testigos, firman ustedes y....

—Claro está. Lo que ustedes hagan. ¿Hay ó no hay confianza?

Leonarda, á solas con Dativo, cumplía las instrucciones de Garduña. Hablaban entre dientes, afectando disimulo, fijándose mucho en las palabras.

—Oiga usted Dativo: yo sé que es usted hombre discreto.

—¡Vaya!.... Procuro estudiar el terreno que piso.

—Como usted comprenderá, al tratarse de asuntos íntimos, conviene evitar curiosidades....

—¡Ya! Cuente usted conmigo. Yo me encargo de la madre y de la hija.

—Justamente. En usted tenemos absoluta confianza, con tanto mayor motivo, cuanto que según instrucciones de mi hermano, no quiere morir sin probar á usted el aprecio que le tiene.

—¡Ah....señora!

—Resérvese usted la noticia. Parece que se acuerda de usted en sus disposiciones.

—¡Buen amigo! Nada, no tenga usted cuidado. Evitaremos curiosidades. Al peligro con tiento y al remedio con tiempo.

Así urdida la trama, se aseguraba el secreto. Secreto muy hondo de una intriga muy negra.

Pocos momentos después crujió la escalera bajo el peso de dos recién llegados. Apareció primero la nariz ganchuda y el cuerpo de látigo de Gil Pan, y tras él, un hombrecillo que llevaba un rollo de papeles debajo del brazo. Eran el notario y el amigo íntimo de Garduña.

Preparóse lo necesario y en el velador de la sala Gil Pan haciendo las veces de escribiente y el notario, comenzaron con actividad el trabajo. En el silencio de la casa, oíase el ruido de la pluma como el roce de un roedor que se abre paso á través de un agujero. En la redacción del testamento se seguía una minuta que Garduña entregó manifestando contener la voluntad del enfermo. Avanzaba el trabajo con gran velocidad y la arenilla enjugaba sedienta las hojas de papel escritas. Volvíanse éstas y pronto la albura vírgen del papel llenábase de caracteres negros y húmedos que recibiendo los rayos de luz del quinqué, reflejaban ténues fulgores.

—Yo he puesto en usted toda mi confianza, licenciado—dijo Leonarda al oido de Garduña—pero me sorprende la súbita resolución que ha tomado usted.

Hace un momento se inclinaba usted á que Tirso no testara y ahora....

—Ciertamente, pero cuando entramos la última vez en la habitación ¿no se fijó usted en la mano derecha de su hermano?

—No....

—Pues bien: tiene los dedos manchados de tinta....

—¡Ah!....—repuso Leonarda estupefacta, llena de admiración ante la sagacidad del abogado.

Garduña la contempló sonriente. Sentía orgullo al producir aquella admiración. Muchas argucias de aquel linaje habíanle acreditado de hombre temible y abogado de *trastienda*. Era seguro que Tirso había escrito. ¿Qué pudo escribir en aquellos últimos instantes de su vida? La prudencia ordenaba ser cauto; imponíase un testamento ante notario en el cual se cumplieran las formalidades de la ley.

Gil Pan escribía siempre, mientras Leonarda, con aspecto compungido, veíalo todo. Saltaba su mirada de Garduña á Gil Pan, de éste al notario, después al testamento y por fin, fijábase en la puerta entornada detrás de la cual moría su hermano. Estaba inquieta, pesarosa, y el corazón le latía vivamente.

Cuando ya quedaba poco que escribir, el abogado entró en la alcoba. Reinaba allí silencio de sepulcro: un silencio de esos que aterran á los espíritus pusilánimes. Llegó junto á la cama y abarcó al yacente con una mirada escrutadora. Estaba inmóvil, con los ojos abiertos y fijos, con una mano caida fuera del lecho.

Garduña acercóse más, todo lo que pudo, é irguióse luego alarmado. Miró en torno, vaciló, hizo un

ademán de contrariedad, y por fin, acercándose á la puerta, llamó á Leonarda que acudió solícita.

—Vea usted...—dijo Garduña á tiempo que quitaba el abanico de delante de la luz.

—¿Qué pasa?

Un haz luminoso cayó sobre el busto de Tirso. Leonarda miró azorada y retrocediendo vivamente exclamó consternada:

—¡Muerto!

—¡Silencio!

—¡Ah....Dios mío!

—Calma. Ni una palabra, ni un gesto.

—Pero....

—Nadie lo sabe. Domínese usted. Es preciso á todo trance que usted se domine.

—¿Y el testamento?.... ¡Ya es tarde!

—¿Tarde? No importa....

Colocóse el abanico frente á la luz y salieron de la alcoba. Tirso quedó solo, desencajado, como si con fijeza de estátua, contemplára un lugar determinado del muro.

En el comedor, bajo la influencia de agradable coloquio, Prisca, Ursula y Dativo, reteníanse mútuamente. El resultado apetecido se obtenía: nadie abandonaba su puesto deseoso de cumplir la misión confiada. Aunque la plática habia rodado sobre cien asuntos, manteníase siempre robusta. Con Dativo no era fácil agotar los temas.

Ultimamente se aludió á las hablillas de algunos envidiosos de Paraiso, con motivo del percance sufrido por Ursula.

—Son gentes retozonas con el daño ageno—decía Prisca.—¡Y óigalas usted echándoselas de piadosas! De buena gana me iría á otro pueblo.

—Dice usted bien. Son ociosos á quienes gusta vestir la lengua de gala para morder al prójimo.

—¡ Y si fuera la primera !

—Figúrese usted.... vino aquel adonizante, pintó la cigüeña y la chica creyó en brujas. Eso fué todo. Claro está, el resultado es sensibilísimo, pero no merece la niña que se la tome en filos de lenguas.

—¡ Como si no fuera el hecho campanazo viejo !

Ursula estaba colorada. Parecíale el diálogo harto indiscreto y ya le iba sabiendo á vinagre. Hay cosas que deben callarse porque si en ellas se ahonda causan rubor. ¿ Pasó ?.... pues calla esa boca: á nadie importaba el asunto.

Honorino iba y venía del comedor á la sala, de la sala al comedor. El picarezco departir con Ursula llegó á parecerle secundario, ante ideas de más importancia.

En tanto, la pluma de Gil Pan avanzaba galopando. ¡ Cuántas vueltas y revueltas ! ¡ Cuántos rasgos, curvas y perfiles ! A medida que dejaba impresos los caractéres, hacía aparecer las páginas del testamento como tela de araña en donde se enredaban los millares de pesos duros, los sembrados, los potreros, y las fincas urbanas de Tirso. Si alguna vez se rebelaba la pluma deformando el escrito por la presencia de un pelo, deteníase el amanuense y la limpiaba cuidadoso con el forro de la levita ó pasándosela por el cabello. Eran precauciones muy atendidas por aquellos hombres. Buena gente que si en ciertos asuntos no se paraban en barras, en sus faenas pendolistas deteníales un pelo.

Cuando ya faltaba poco, acercóse Garduña á la mesa y colocándose entre el notario y Gil Pan, dijo:

—En este momento me acaba de dar don Tirso nuevas instrucciones.

—¡ Cómo ! ¿ Habrá que reformar lo hecho ?

—No, se trata de simples adiciones que desea con ahinco hacer constar.

—Veamos.

—Escriba usted: voy á dictar. *Item más: agradeciendo á Crispín de la Tosa, notario de Paraiso, sus buenos oficios, y rogándole me evite en lo posible en estos mis últimos momentos, las molestias que trae consigo el penoso acto que realizo....le lego la suma de cien onzas de oro contantes y sonantes, sin que por ello se crean mis testamentarios excusados de pagarle religiosamente el estipendio que devengue su trabajo, honorarios, papel sellado y demás....*

El notario quedó extático. Una sonrisa de mal disimulado placer le dilató el semblante y no acertó con palabras que expresáran su gratitud. Quiso hallarlas, mas sintió en la espalda un significativo golpecito. Lenguaje mudo que tradujo así: *calla, que hay misterio.*

—Además—continuó Garduña—don Tirso desea probar á otro amigo su reconocimiento. Escriba usted. *Item más; lego igual suma....de cien onzas de oro....á mi querido amigo Gil Pan, aquí presente, cuyo afecto por mí ha probado sirviendo de amanuense en la redacción de mis disposiciones testamentarias.*

Leonarda no pudo reprimir un movimiento brusco.

¡Diablo! Aquello era disponer de lo ageno hasta el derroche. Primero el maestro de escuela; después, el notario; ahora Gil Pan. La cosa saldría por un ojo de la cara. A seguir por tal camino, Garduña desfondaría la caja. ¡Abusador! Valido de las circunstancias sangraba la hucha. Mas ¿qué otro remedio que callar y sufrir, cuando es preciso comprar el silencio de los otros?

Gil Pan con sagacidad de perdiguero, ni dijo palabra, ni mostró sorpresa. Limitóse á contraer con malicia la comisura de los labios. El notario y el escribano habían comprendido que algo formidable pasaría allí, para lo cual se compraba su silencio po

tres mil cuatrocientos duros. Y bien: podía venirse la casa al suelo... Después de los *item más*, callarían impávidos y serenos ante las atrocidades que se quisiera. ¿Qué arriesgaban con ello? Con testamento ó sin él, los herederos eran siempre los herederos. No comprometían, pues, la conciencia con hacerse los tontáinas y dejar correr las cosas.

Al fin terminóse el testamento y se preparó todo para llenar muy formalmente las exigencias previsoras de la ley.

Abrióse de par en par la puerta de la habitación de Tirso.

Junto á un batiente y de pié, situóse Crispín de la Tosa dispuesto con el testamento en la mano á dar principio á la lectura. A su lado, Garduña sosteniendo una luz; más afuera, Honorino, Ursula, y los testigos, Prisca, Dativo, y el primer mayordomo del Ingenio que para el caso fué llamado. En la habitación, Leonarda, confinada al rincón menos iluminado después de haber apagado la luz de la mesa de noche. En la antesala algunos sirvientes á quienes el respeto mantenía alejados. Y por fin, envuelto en sombras, don Tirso, silencioso, inmóvil, como quien no se preocupa por las luchas mundanas, como quien se halla resuelto á decir que sí á todo. Detrás de la cama se colocó Gil Pan. Habia comprendido....

La lectura empezó. *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: Amen*.... Leyéronse los preámbulos. Tirso declaraba en ellos que era católico, apostólico, romano, y prometía seguir siéndolo hasta la hora de su muerte. A esto siguió el capítulo de declaraciones y á cada pregunta del notario, diciendo:

—¿Está usted conforme, don Tirso?

—Don Tirso dice que sí...—contestaba Gil Pan

desde su atalaya—con voz imperceptible dice que sí....

Y Dativo, Prisca, Ursula y el mayordomo, por más que husmeaban estirando el cuello, apenas si conseguían descubrir la indecisa silueta del testador en el fondo obscuro de la alcoba; obscuridad que aumentaba la mano de Garduña ahuecada frente á la llama de la estarina, acaso con el doble objeto de que el notario leyera con mejores claridades y que los rayos luminosos no cayeran indiscretos, con reveladora intensidad, sobre el semblante del yacente.

Vino despues el capítulo de declaraciones. *Declaro poseer la casa* tal...*declaro ser dueño de* lo otro... *declaro que me pertenece* lo de más allá. Etcétera. Y el notario preguntaba al muerto:

—Está usted conforme?

—Dice que sí....aunque su voz es muy ténue, dice que sì...—contestaba Gil Pan. Y en efecto, el finado movía de vez en cuando la cabeza, movimiento que indecisamente alcanzaban á ver desde la sala los testigos, escapando, acaso, á la observación de los más sagaces, lo que puede ejecutar con la cabeza de un muerto el brazo de un vivo.

Luego vinieron las mandas. Poca cosa: cuestión de medio real por aquí, y otro medio por allá, para capellanías y diezmos. Pura fórmula que se llenó de prisa.

Cuando el notario pronunció por primera vez la palabra *lego*, todos los oidos se prepararon y hubo quién se puso en la punta de los piés. En poco tiempo el capital se hizo trizas.... No le hubiera conocido el mismo que con tanto ardor y cariño le acumulára. A vueltas del reparto cuya lectura no fué larga, leyéronse los *item más*, dando esto orígen á miradas envidiosas de algunos y á gestos de impaciencia de Dativo que con el alma en un hilo espe-

raba el *item* que le cupiera en suerte. Al fin llegó.

—*Legò*—leyó el notario—*á mi excelente amigo don Dativo Curvo, como demostración de mi acendrado afecto, la casa de mi propiedad en que tiene establecida su habitación y la escuela pública de Paraiso....*

Dativo, ébrio de placer, cayó sobre una silla. Su semblante se dilató en la expansión de indominable júbilo. De buen grado, á no impedirlo la seriedad del momento, hubiera saltado gritando *¡viva el muerto!*

El testamento fué leído desde la cruz á la fecha y cuando preguntó el notario á don Tirso, si estaba conforme de toda conformidad, oyose la voz de Gil Pan que decia:

—Dice que sí.... con voz muy débil, dice que sí....

—Procede, pues, estampar inmediatamente la firma—añadió el notario.

—Me ha suplicado el enfermo—dijo entonces Garduña—que se le evite esa molestia. Apenas puede mover los dedos, el dolor le impide incorporarse y la debilidad no le permite sostener la cabeza. Ya ven ustedes....sería una crueldad molestarle. ¿Faltará un amigo que se preste á firmar por él, si el señor notario lo autoriza?

—Yo....—se apresuró á contestar Dativo.

Y autorizado en debida forma, cumpliendo minuciosamente las disposiciones de la ley, firmó en el velador de la sala, de este modo:

"*A ruego de don Tirso Mina, por no permitirle su estado firmar.*

DATIVO CURVO."

Despues firmaron los testigos, echose arenilla sobre la tinta húmeda, ordenáronse los pliegos mal doblados durante la lectura. La tinta rutiló negra,

con negrura de abismo: hubiérase creido que el conjunto de caracteres caligráficos, parecía una red en donde la audacia dejaba cautiva la verdad.

La puerta de la alcoba fué cerrada y los testigos, conteniendo la sed de comentarios, el ansia de manosear el testamento, pasaron al comedor. Allí la refacción ofreció nuevo surtido para que distrageran el ánimo apesadumbrado por la tristeza de la escena.

Entonces, Leonarda, aleccionada por Garduña, se dispuso á dar fin al sombrío cuadro. En efecto; á poco, escucháronse alaridos que partían el alma....

—¡Ay hermano, hermano mío!....¡Socorro.... socorro!...¡Vengan ustedes...mi hermano se muere....!

Todos corrieron atropelladamente, llenando el aire y la alcoba de Tirso, de clamores. Allí, con la cabeza oculta entre las manos, estaba Leonarda lanzando gritos de dolor. Hubo los consiguientes arranques de desesperación, se puso una luz en la mano del muerto: hubiérase pensado que era aquel su postrer momento. Dióse, al fin, por extinguida aquella vida, cubriose con la sábana la cabeza de Tirso, abriéronse puertas y ventanas por donde entraron en la alcoba áuras suaves de la noche y reflejos indecisos del estrellado cielo.

Empezó el ir y venir, el hacer aspavientos, el consolar á los penados, el ponderar las excelencias del difunto. Lo sucedido había sido providencial: don Tirso tuvo alientos hasta el momento preciso de cumplir sus deseos testamentarios. A no ser por esa circunstancia, no hubiera podido el pobrecillo arreglar sus asuntos. Lamentaron otros la falta de auxilios espirituales: como Tirso había sido siempre desafecto al culto, nadie se arriesgó á proponerle prácticas piadosas de cristiana muerte. Respetóse su despreocupación dejándole abandonado á las som-

bras de sus pensamientos. ¡Ah, pobre Tirso! Buen hombre fué, muy bueno. ¡Tan cumplido, tan honrado, tan fiel en sus compromisos! Buena prueba dió de ello en sus postrimerías con aquel testamento tan justo, tan santo, tan equitativo, en el cual, sin olvidar á sus buenos amigos, demostró su gran pericia, su gran sentido práctico, nombrando albacea principal y contador repartidor, al hombre más importante y de más talento de Paraiso: nada menos que al licenciado Garduña....

Y así, todos tomaron parte en el coro doliente, mientras Dativo y Prisca procedieron á lavar y vestir al difunto. Gran trabajo costó limpiarle los dedos ennegrecidos por la tinta....Como poco antes de espirar había dado notas para la redacción del testamento, nada más fácil que mancharse los dedos, y aquel detalle pareció la cosa más natural del mundo á los piadosos ayudas de cámara.

En otras habitaciones gimoteaba Leonarda, gritaban algunos fieles sirvientes, y sollozaba Honorino á quien consolaba Ursula con frases de condolencia y pasándole la mano por la cabeza. Los obreros que habitaban los diversos edificios del caserío de Mina de Oro, habían acudido, y era la casa un contínuo entrar y salir de gentes. Y oíanse comentarios y sollozos reprimidos y lamentos suspirosos: el dolor expresado bajo todas sus formas. Hasta la anciana cocinera acudió junto al lecho del amo. Era una africana muy añosa, de labios péndulos, á quien más de una vez habían afoeteado cruelmente. Sinembargo, su dolor era sincero, lloraba con pesar intenso, y allí, donde tanto se mentía, resaltaban sus lágrimas sentidas y verdaderas como pincelada azul en fondo sombrío. Besó cien veces la mano del cadáver, murmuró en lenguaje ininteligible frases de angustia y luego fué á ocultarse al más solitario

rincón de la casa para dar riendas á su dolor: perro que lamía fiel la planta más de una vez agresora, del amo muerto.

Otros compensaban en el comedor los quebrantos de la noche y así, repartidos aquí y allá, moviéndose en todas direcciones, desordenando la metódica disposición de los muebles, produciendo ruidos desusados con el crujir de puertas, abrir ventanas, chocar de objetos, roce de pisadas....parecía aquella casa, en el silencio de la noche, una jáula de insensatos danzando impíamente en torno de un cadáver.

Después, todo quedó en silencio: los dolientes consolados, el muerto vestido. Se avecinaba la aurora: un amanecer suave y despejado, con ambiente tibio y tintes poéticos.

Garduña y el notario, regresaron á Paraiso. Aquel, antes de marchar, dirijió al conjunto una mirada cuidadosa: como caudillo que abarca el vivac de la hueste dormida. Gil Pan tendióse en un sofá con las piernas encojidas, y roncaba á los pocos minutos. Leonarda, acalló su llanto y tendida en un lecho, después de hacer mentalmente algunos cálculos, quedóse dormida. Más allá, Prisca encogida en una hamaca y Honorino, también dormido; en otro lecho junto á cuya cabecera, Ursula, reclinada en un sillón, reposaba con serenidad de vírgen abandonada á las seguridades de un mundo sin tentaciones. Dativo, errabundo primero, acabó por tenderse sobre tres sillas, y en la antesala, algunos criados, negros en su mayor parte, como si una embajada africana se hubiera alojado allí, dormían repartidos en las sillas, en el suelo, y en los peldaños de la escalera, cerrando el paso con los caidos brazos y las estiradas piernas. En todas partes respiraciones ruidosas, desperezos que rompían la austeridad del silencio, ronquidos groseros como de labriegos

pernoctando en pajar después de fatigosa jornada. Y finalmente, en la alcoba, el muerto colocado sobre la cama adornada con colgaduras negras y situado en el centro de la estancia. Allí, el despojo mortal, el girón humano de Tirso, el cuerpo yacente del millonario, con las mandíbulas sujetas por un pañuelo anudado en la cabeza, con cuatro estearinas ardiendo en torno; las puertas y ventanas abiertas por donde entraban los aires de la noche saneando la atmósfera y algunos azorados vespertiliónidos que discurrían deslumbrados ante las luces; y junto al cadáver, impotente contra el sueño, el primer mayordomo del Ingenio á quién tocó el papel de velador meditabundo de la muerte.

El alba renacia, renacia risueña, serena como siempre. Prístinos fulgores resbalaban tímidos entre nubes grises; gorgeo de aves madrugadoras temblaba en el vecino arbolado; oíase el rumor sordo que en algún cercano Ingenio entregado á la fagina, producían la máquina lanzada á veloz movimiento y los gritos intermitentes de los obreros avivando los hornos, caldeando la *hornalla*, pidiendo haces para los molinos, reclamando caldo para las defecadoras; á lo lejos, el horizonte coloreábase ya con pinceladas ténues, mientras en lo cercano todavía dominaba la noche; y en la casa, en la naciente casa, iba lentamente palideciendo el fulgor de las luces que oscilaban débiles, chispeaban faltas de aceite y cedían la viveza y los colores ante los destellos de la luz naciente, comunicando aquel contraste á los vivos dormidos y al muerto cárdeno, el aspecto de pálidas figuras de cera colocadas al capricho por la mano de un artista.

¡Era el dia, el hermoso, el opulento dia, que desplegaba las sutiles alas y surgía del seno de la som-

bra, para cumplir indiferente el inexorable volteo del tiempo, pasando, sin manchar la gallarda vestidura de angel adornada de luces y colores, por encima de los infectos lodazales de la tierra!

III

La farmacia de Optimo Escofina estaba en pleno. Solían reunirse allí personajes de Paraiso, dejando discurrir las primeras horas de la noche en brazos del comentario, la murmuración y los cuchicheos. Un mentidero, un aristocrático mentidero en donde lo mismo se filosofaba sobre el mal, que se hería de muerte al bien.

Algunos tertulianos sentábanse en un banco situado sobre la acera, otros en el interior de la farmacia en sillas de paja, y mientras otros, allá adentro jugaban al ajedrez, el mancebo despachaba detrás del mostrador soluciones, emplastos y apocemas.

Departíase con animación comentando los asuntos del día y las noticias de importancia.

—Repito que eso es bestial—decía Miguel Fontán, teniente de alcalde—Eso no puede ocurrir más que á un cacique salvaje...

—¿Y por qué sucede?—interrumpió Optimo—Porque se cuenta con la impunidad..¿sabe?..; porque no hay ciudadanos que protesten..¿sabe?..; porque no hay guapo que ataje al alcalde en el disparatado camino que lleva...

—Distingamos, distingamos—adujo Dativo.—El asunto puede tener su pró y su contra. ¿Qué se censura? ¿Que se obliga á las mujeres detenidas en la cárcel á picar piedras en la carretera? ¡No es

tan capital el pecado! Acaso un fin moralizador inspiró la medida, porque en vez de holgar en las bartolinas, se impondrá á esas desdichadas hábitos de trabajo y...

—¡Pobres mujeres!

—No tanto...Además, al pobre el sol se lo come. La moral...

—¡No es mala moral! Son mujeres de vida airada, es cierto, pero es inhumano que sobre sujetarlas á pesquisas higiénicas en la casa municipal, se las condene á trabajar como presidiarias..¿sabe?.. expuestas á las sátiras de la vía pública. ¿Las condenó la ley á trabajos forzados? Eso es atentar al derecho común..¿sabe?..

—¡Tu...tu...tu!—añadió Dativo—Quién sirve al común, no sirve á ningún. Cuanto á la pesquisa higiénica, la salud pública....

—¡Calle usted, hombre!—arguyó el doctor Troncoso terciando en el debate—¡Bonito papel me tocó á mí en la tal pesquisa! La salud es la salud, y aquello fué un escándalo.

—Si yo hubiera sido alcalde—continuó Fontán—no incurro en tal disparate y mucho menos envío á esas pobres mujeres á trabajar como galeotes.

—Sí...eso es atroz..¿sabe?..

También estaba allí Casapica, el alguacil del juzgado que por tener algunas onzas acumuladas era considerado y recibido en todos los centros como persona en quien concurría la magnífica distinción que comunica el dinero conocido y más aún, el sospechado; y Pedro Madeja, el jefe de la casa P. Madeja y Cª, una de las principales del comercio de Paraiso. No era cosa de guardarse su opinión é intervinieron también en el debate, increpando con dureza la última alcaldada. Disponer que las mujeres presas hicieran oficio de picapedrero á las ór-

denes de un sobrestante, no podía ocurrir más que á un alcalde idiota. ¡Pobrecillas, aquello era no tener piedad!

Optimo, á fuer de hombre que presumía de moralidad exquisita, era uno de los más acalorados en la censura. Solía con verbosidad mañosa y monótona, llevar la batuta en las tertulias. Oíanle todos riendo por dentro de sus alardes puritanos, porque se conocían de él historias íntimas... Pero eso ¿qué importaba? Se puede ser hombre muy místico, muy austero y tener, sin embargo, esquinazo á media luz y callejuela en los suburbios y casita disimulada en la sombra y allí una trigueña complaciente que, máquina gestativa, engendre un mestizo cada año. ¿Quién confunde una cosa con otra? No, Escofina era espartano, y por eso las mujeres picapedreras le sacaban de quicio.

Los jugadores de agedréz, en tanto, meditaban largo tiempo las jugadas. Había algunas tan hondas que parecían salir del centro de la tierra.

Uno de los jugadores, Crisanto Regla, fabricante de toneles, redoblaba con las uñas sobre el tablero, un aire marcial. De ese modo ayudaba al cerebro á formar las árduas combinaciones del juego, mientras su adversario, el practicante Salobral, tenía la vida circunscrita al tablero en fuerza de no pensar en otra cosa.

—¿Esas tenemos?

—Cómase usted el caballo.

—Pero hombre...

—Está pensado, cómaselo usted.

—Pues me lo como.

—Y yo esto...

Crisanto saltó...¡Diantres! No había visto el peligro que corría su reina. De ese modo se desbarataría el juego en diez minutos. No, mejor era avisar

el peligro que corrieran las piezas de importancia. Después quedaron mucho tiempo silenciosos.

En el corro las ideas variaban de rumbo. Con vivo interés, entróse en otro tema.

—Por más que se repita y por más que se murmure—decía Madeja—eso no puede ser más que una calumnia.

—Una calumnia peligrosa... El testamento se hizo con arreglo á derecho, pese á las baladronadas y dicharachos que se atribuyen al vejancón.... Hombre, ¡ no faltaba más!

—Siempre sucede lo mismo...¿ sabe?... Muere un rico y caen las ambiciones sobre las hijuelas como aves de rapiña.

—Cualquiera se cree con derecho á morder como no se hayan arreglado bien las cosas.

—Y se forjan historias.

—O se inventan parentescos.

—Claro; el dinero deslumbra, la ambición desvanece.

—Sin embargo, aunque á mi no me engorda murmurar, quisiera manifestar en este caso una duda.

—¿ Cuál?

—¿ Cómo es posible que Ocampo, sin poderosas razones, se atreva á decir que puede anular un testamento hecho dentro de la ley? Algo hay..¿ sabe?..

—Yo tengo mis dudas....

—Vaya....

—Y yo....

—Y yo....

—Pues, no hay tal cosa, caballeros—objetó Dativo con energía. Algún enemigo de la familia, algún enemigo del licenciado Garduña, algún enemigo de todos, es quien sopla al oido de las gentes esa ridícula calumnia. Miren ustedes: si el porvenir de las familias....

—De otro lado—interrumpió Madeja—la cosa es en el fondo inverosímil. Ese otro testamento secreto que se asegura dejó don Tirso, no puede tener valor legal.

—Si bien se mira, es cierto.

—Efectivamente.

—¡ Pues es verdad....!

—Y luego.... sin testigos, sin notario, sin requisitos de ningún género....

—¡ Bah !.... pura novela.

—Naturalmente—añadió Dativo asiendo de un cabello la palabra.—Pura farsa, pasto de canalluza que no vale un pelitrique. Miren ustedes: si el porvenir de las familias....

—Pero lo raro es—argumentó Fontan—que el ciego, y màs que el ciego la chiquilla, se pavonean de que tienen pruebas, asegurando que van á presentarlas al Juez. De modo que si todo es invención, no se explica que....

—Invención nada más.... ¿ sabe ?....Conocen la avaricia de Leonarda, la inutilidad de Honorino, la rectitud de Sulpicio y no lo duden ustedes, han convertido esas historias en filón para explotar á los herederos.... ¿ sabe ?....

—Ese es el verdadero secreto. Una garipundia para escudillarse algunos doblones. ¡ Ah !.... pero no prosperará tamaña infamia. Miren ustedes: si el porvenir de las familias....

—Allá veredes, porque....

—¡ Caramba !—exclamó el maestro impaciente viendo que le interrumpían siempre su tésis acerca del porvenir de las familias.—¡ Con ustedes no se puede hablar !....

El asunto se apuró mucho tiempo. Luego oyéronse voces descompuestas: eran los jugadores de

ajedrez que disputaban de mal talante. Intervinieron todos....

—Está bien jugado....

—No, muy mal....

—Es que he sido previsor.

—Una chiripa.... solo una chiripa.

—El rey no tiene otro camino.

—Es verdad, pero es un gámbito de mala ley.

—¡ Calle usted, hombre !

—Es que me defiendo....

—Eso se llama el derecho del pataleo.

Y Salobral vociferaba energúmeno al ver ruda é inesperadamente atacada la magestad del rey negro. Crisanto mascaba su cigarro y como había ganado la partida, abusaba del triunfo redoblando con los dedos sobre el tablero.

Conjurose la discordia y empezada otra partida volvió cada cual á su sitio.

En torno de la plaza, que era rectangular y espaciosa, brillaban apenas los oleosos farolillos del alumbrado público. En algunas tiendas ya á aquella hora inactivas, lucían también algunos quinqués colgantes irradiando inútil claridad que descendía sobre groseros montones de quincalla y desteñidas pirámides de géneros. El fastidio habíase hecho dueño de la plaza por donde nadie transitaba entonces, y del conjunto destacábase solo la fachada de la Iglesia que se erguía ancha y vetusta, como robusto pecho decidido á contener la corriente desmoledora del descreimiento. Paraiso caía ya en la modorra del sueño y solo en la farmacia oíanse rumores....

Allí, por asociación de ideas, habíase vuelto de nuevo al asunto de Mina de Oro. Se habló de una reunión de familia que se preparaba con objeto de ultimar los arreglos testamentarios y acordar la marcha de los negocios. Durante cuatro meses des-

pués de la muerte de Tirso, la familia había dejado las cosas como estaban, por no traer y llevar tan pronto en el murmurar de las gentes las disposiciones del difunto. Fué una consideración guardada á su memoria: en esos casos los primeros días de luto son para llorar, para vestir de negro, para tener cerrada media hoja de las puertas, haciendo enmudecer los pianos y vistiendo con fundas también negras el mobiliario y los cuadros de la casa. El dolor exige que los objetos inanimados se muestren dolidos y tomen triste aspecto: á veces los penados rien ya á carcajadas y el mobiliario dando pruebas de constancia conserva todavía las fúnebres tocas.

Pasado aquel tiempo había llegado la hora de que los herederos de Tirso pusieran mano en la cuestión y arreglaran las hijuelas, determinando las particiones y complaciendo los deseos de todos.

En la tertulia giró la conversación sobre las condiciones de caracter de cada cual. Leonarda, sin duda, conservaría su parte. Era muy recia para abrir el puño y no había que temer despilfarros de su parte. Quien daba que pensar era Honorino: un loco, un disipado que no pensaba más que en las buenas mozas y en los buenos vinos. Comentóse el carácter frívolo y juguetón del chico, entregado á los placeres sin que le ocurriera nunca nada útil. ¡Ah, era terrible! De nada tenía escrúpulos y por jugar una mala pasada á cualquiera, atrevíase á caminar á pié tres leguas. Sí, echábaselas de gracioso. Todos recordaban la última broma de mal género que produjo tanto escándalo y volviose á referir y comentar en la tertulia. Tratábase de un joven músico que vivía con su madre, anciana de setenta años. El músico tenía la costumbre de volver tarde á su casa y como era muy pobre, dormía con la buena vieja en una misma cama. Cuando regresaba, por economía

de luz, daba las buenas noches á obscuras y metíase debajo de las sábanas con la anciana que, previsoramente, dejàbale la mitad del lecho. Aquel secreto del hogar de un pobre fué descubierto por Honorino y hé aquí que inventa el modo de reir á costa de la vieja y de su hijo. Una noche en que la orquesta de que formaba parte el músico debía tocar hasta muy tarde en un baile público, diríjese cautelosamente á la casa, cuyo pavimento apenas levantaba medio metro de la calle, desvístese en la obscuridad y sóplase resueltamente en el lecho de la ancianita. Esta, creyendo que el recien llegado era su hijo, guardó silencio y continuó tan tranquila buscando el sueño. A poco, Honorino, conteniendo la risa pellizcó á la anciana.—*¡ Serafín !...¿ Qué es eso ?*—dijo esta, pero Honorino no contestó. Algunos minutos despues, nuevo pellizco.—*¡ Caramba muchacho !...¿ Te has vuelto loco ?* Y él, tan callado. Después la cosa pasó á mayores porque la viejecita, dando un salto, exclamó alarmada:—*¡ Serafín...Serafín...mira que me estás faltando al respeto !...* Y así, hasta que conocido el engaño, la pobre mujer prorrumpió en gritos y Honorino á medio vestir, salió fugitivo de la casa.

El relato fué recibido en la tertulia con un coro, de carcajadas. ¡ Diabólica idea ! Solo á Honorino pudo ocurrir semejante travesura. Por supuesto; vióse obligado á esconderse huyéndole el bulto al músico que le persiguió algún tiempo para sentarle la mano. Ya podría suponerse lo que aquel mozo daría de sí en cuanto le entregáran su herencia. Hubo comentarista honrado que afeó enérgicamente tales desórdenes. ¡ Valiente chico aquél entregado á la inutilidad y la torpeza ! En tanto, apenas si sabía leer y cuando se trataban en su presencia asuntos serios, cuestiones científicas, aburríase y

desaparecía en busca de frívolos placeres. Y lo peor era que gastaba humillos de aristócrata, suponiéndose más perfecto y de mejor piel que los demás. ¡Vaya!..pues no era flojo el tono que se daba si alguien quería conocer su opinión política. ¿Política? Nó, de eso no se ocupan más que aquellos que no tienen sobre qué caer muertos.

Cuando se agotó Honorino, entró Garduña á ocupar la atención de la tertulia. Aquel nombre pronunciábase allí con religioso respeto. ¡Ah! Garduña era una potencia. ¡Qué talento, qué sagacidad, qué *trastienda!* Sobre todo, aquella mirada penetrante que parecía una sonda arrojada al fondo de la intención de los demás. Vamos, era un hombre temible. Mejor era tenerle de amigo que contrariarle, porque asunto que tomase podía darse como cierto que si no triunfaba, daba juego. Era un completo personaje ante el cual aquella gentecilla se inclinaba con respeto...

Cuando el reloj de la plaza dió diez campanadas, fuéronse los amigos de Optimo. Sonó aquella hora con austeridad solemne, flotando cada campanada como un ave trémula despedida del bronce para difundirse por la llanura. En los edificios cerráronse las puertas, el mancebo cerró bostezando las de la farmacia, é imperó el silencio, silencio soñoliento que á la luz de los faroles, parecía dormitar reclinándose sobre los grises muros del templo...

Una hora después discurrieron por la plaza tres bultos. Uno, montado en un caballejo, dobló la esquina de una calle que á corto trecho terminaba en un puente colocado sobre un riachuelo afluente de Gran Rio, la recorrió toda y ya en la carretera, tomó al menudo paso de la cabalgadura el camino que conducía á la vega.

El otro bulto caminaba á pié. Pasando por el

atrio de la Iglesia, internóse en una calle que terminaba en la playa en un fortín abandonado, recorrió de ella buen trecho y luego, descendiendo por una cuestecilla pedregosa, especie de callejón excusado, bajó hasta la ribera de Gran Rio y penetrando en un solar sin cerca, perdióse en la obscuridad.

El tercer bulto cruzó la plaza, encaminóse á la calle situada á la izquierda de la Iglesia y deteniéndose frente á una casa de buen aspecto, franqueó su puerta y desapareció tras ella.

El primero era Dativo. Por entonces, las cosas habían cambiado. Ursula fué con Honorino todo lo generosa que éste quiso, y el maestro, coleccionando una docena de arcaismos, otra de adagios y un manejo de aspavientos, puso asedio á la plaza...La blandura de corazón de la joven, el cambio de rumbo que se operó en la holganza de Honorino cuando se dignó abandonarla, los prudentes cálculos de Prisca necesitada de que cerca de ellas hubiera un hombre formal, y por fin, la caprichosa volubilidad de Ursula, hicieron que Dativo sucediera á Honorino en la privanza de las vecinas de Mina de Oro. Honorino, sin embargo, conservó ciertos fueros de antiguo favorito que más de una vez hicieron fruncir el ceño del maestro. En la soledad de aquella noche iba éste á sus devaneos, pensando candorosamente que nadie en Paraiso habíase desayunado aún con la noticia.

El otro transeunte era Honorino. Allí, junto al solar abandonado y tras una mal unida palizada, ocultábase en humilde casucha una rosa tempranera. Vivían allí Ocampo y Casilda, y Honorino que bebía los vientos por ésta, enamorado con brutal instinto de sus quince años y sus ojos negros y sus guedejas rizadas que le entoldaban la frente, acu-

día en horas furtivas donde pudiera hablarla y convencerla.

En hacerse amar de la joven había puesto Honorino todo su empeño. Un dia le ponderó Garduña las gracias de Casilda: le aseguró que era *lo mejor* del Melonar. No había en aquel barrio chica más atractiva y aconsejó al joven se fijára en ella, porque, sobre ser miel en hojuelas, convenía que hubiera entre ellos intimidades por si ciertas versiones resultaban ciertas.... Comprendiendo el joven lo que se pretendía, no puso cara hosca al proyecto. Puso manos en él sin medir la despreocupación de aquella miseria.

No fué difícil. Como Casilda recorría á diario las calles de Paraiso llevando de la mano á Ocampo, estuvo á su alcance. Vendía el ciego tabaco retorcido y situábase para ello en un esquinazo de la plaza. Los campesinos saboreaban la mercancía y la joven pasábase las horas en vida callejera. Ocasiones no faltaron, pues, para insinuarse, y pronto el señorito de calidad comenzó á perseguir la caza. Casilda, ligera de carácter y envanecida por la alcurnia del pretendiente, sonrió primero y aceptó después. Sobre todo desde que cierta muchacha alegre llamada Aguasanta, prestó sus buenos servicios á Honorino y en intimidades con Casilda avivó en ella la embriaguez de aquellos primeros amores. Poco á poco las cosas progresaron y ya habían llegado al punto de permitirse citas solitarias.

Honorino era exigente, querílo todo, mas ella manteníale á distancia. Pensaba que no tarde operaríase en ella un cambio radical de vida. Su abuelo aseguraba que era dueña de una cuantiosa fortuna y en ese caso, ella aspiraba á ser algo más que lo que Honorino quería que fuese.

Cuando el joven llegó á la palizada dió en ella

tres golpes con una piedra. Abrióse, entonces, una puertecilla que daba á un pequeño huerto y una mujer apareció en el umbral. Era Casilda que dejaba el lecho y acudía en puntillas al reclamo. Un traje de percal, muy usado, de mangas cortas, ceñíala dejando adivinar un cuerpo todavía puber, pero ya embellecido por las morbideces de un desarrollo precoz y por ese aroma de juventud que se desprende con suavidad tentadora de una vírgen, como de la apretada corola de una flor.

—Temí que no salieras—dijo Honorino estrechando fuertemente una mano de Casilda.

—Cuando prometo, cumplo. Ya ves como he bajado.

—Muchas gracias.... ¡Gran cosa!

—¿No estás contento aún?

—¡Contento! ¿Me complaces tú, acaso?

—Pero ¿qué más? ¿Crées posible que haga más para probarte lo que te quiero?

—Sí, lo creo. Si me complacieras....

—¡Si te complazco!

—Sí, pero llegamos á la práctica y todas son dudas y desconfianzas.

—Porque pretendes imposibles.

—Mira: ¿te dijo algo de mi parte Aguasanta?

—Sí.... Que quieres que te abra la puerta del huerto para que hablemos dentro. Eso no puede ser....

—¡Tú eres tonta!

—No, ni lo pienses.

—¿Qué diferencia hay entre hablar sin el obstáculo de estas tablas ó con ellas delante como una barrera?

—No habrá diferencia, pero....por lo mismo. Además, podría despertarse el abuelo y si se enterára ¡qué *zumba!* ....

—No lo creas.

—¡ Vaya!.... Y no te dolería á tí.

—¡ Ojalá !

—Mira Honorino: te quiero demasiado, te lo he dicho cien veces y eso debe bastarte. Luego (te lo diré pero reservadamente ¿oyes?) mi abuelo y yo esperamos cierta cosa...

—¡ Bah ! Ilusiones.

—... y entonces podremos ser completamente felices.

—Todo lo que quieras, mas debías aceptar lo que con Aguasanta te propuse.

—Eso no puede ser. ¿Qué pretendes?

—Pues nada...

—Sì, me lo figuro. ¡ Ah !..por nada del mundo abandono á mi abuelo !..Eso nunca. Sería yo una mala mujer.

—No es preciso que le abandones para que me complazcas. A la verdad, estas noches al relente y este perder el tiempo...

—Pues, hijo, déjalo si no te gusta.

—No, no lo digo por tí, sino porque no es cómodo ni bonito. ¿Quieres que hagamos una cosa? Es muy fácil....

—¿ Cual ?

—Mira : tiro con fuerza de esta tabla y la arranco.

—No, no lo hagas porque te dejo.

—Pero Casilda de mi alma, si esto es un tormento.

—¿ Crees que yo no sufro ? No seas impaciente y así creeré más en tu cariño.

Y llegados á ese punto, volvían á empezar girando en un círculo interminable de esperanza y amor. Desesperábase Honorino, mas ella regateaba complacencias. No, dentro del huerto, nó : afuera, se-

parados por el maderámen de la pálizada, alejados en lo posible de la ceguedad y el peligro....

En tanto, el tercer trasnochador que había penetrado en la casa de buena apariencia, hallóse en el confortable estudio de Garduña, donde éste, en aquel momento, examinaba un plano en un ángulo del cual había escritas estas palabras: *Plano del Ingenio Mina de Oro.*

—Tarde vienes, Gil Pan—dijo Garduña.

—Hasta las diez y media nos paseamos el juez y yo por el fortín. Luego le acompañé á su casa y héme aquí dispuesto á dar á usted las noticias deseadas, que por cierto son importantes.

—¿Sí?

—La cosa parece cierta....Cuando me encargó usted ayer husmeara el negocio, tenía mis dudas. Ahora tengo la firme convicción de que don Tirso jugó á usted una mala pasada.

—Veamos.... veamos: estoy impaciente.

—Pues bien; desde hace tiempo Ocampo rondaba por las cercanías del juzgado. Preguntaba unas veces la fecha en que se espera al juez en propiedad, otras qué atribuciones tiene el juez sustituto, otras inquiría las horas de audiencia.

—¡Ola! Parece que el juez *lego* desconcierta al muy tuno.

—Completamente. Verá usted: esta mañana subió pesadamente la escalera y pidió al juez una entrevista á solas. Conozco los detalles de esa entrevista porque me los ha referido el mismo juez. Somos grandes amigos....

—Sí, con ese podemos contar.

—En absoluto. Es hombre servicial y amigo de negocillos.

—Bien, continúa.

—Cuando estuvieron solos, el ciego le dijo: *Señor*

juez deseo comunicar á usted un secreto de importancia: todo lo hecho en los últimos instantes de don Tirso Mina, es apócrifo, es nulo... El juez, naturalmente, manifestóse sorprendido. Luego, animándole para que hablára, le oyó decir que era depositario de un pliego reservado en el cual don Tirso había escrito su postrera é invariable voluntad.

—¿ Era, pues, cierto ?

—Sí. El ciego no mentía al repetir públicamente que guardaba ese documento.

—Lo tuve siempre por probable. Tenía la seguridad de que Mina hizo encargos á Ocampo; lo que faltaba saber era la forma, la clase del encargo. No es lo mismo una autorización para testar, que un testamento ya hecho.

—Es evidente, pero ya no cabe duda de que existe un documento escrito al parecer de puño y letra de Tirso.

—Un papel mojado.

—No tanto, porque según dijo el ciego al juez, en ese pliego que recibió abierto y una persona de su confianza había leido, se aludía á circunstancias de tal calibre que aparejan la comisión de ciertos delitos....

—¡ Cáspita !

—Ni más, ni menos. El juez dijo á Ocampo que todo aquello era muy grave. Este manifestó entonces, que el objeto de la entrevista era acudir al representante de la ley y pedirle su amparo y su consejo para encaminar el asunto. El juez prometió estudiar el caso é indicó la necesidad de tener á la vista el pliego, única base para cualquier gestión.

—Como que tendría forzosamente que correr en áutos.

—Claro, sería el punto de partida.

—¿ Y qué pasó ?

—El viejo quedóse pensativo y dijo luego que entregaría el documento....

—¡Magnífico!

—....fiándolo, por supuesto, á la sagrada custodia de su representación legal.

—¿Y después?

—Las cosas volvieron á descomponerse.

—¡Cómo!

—El juez manifestó á Ocampo que, á su entender, por dos caminos podría conducirse el asunto...

—¡Qué sabe ese asno!

—....uno, pedir en forma legal el reconocimiento de la validez de tan singular escrito.

—Disparate que no hará ningún juez.

—Y el otro camino, demandar criminalmente á la sucesión Mina, por falsedad, cohecho, etc.

—¡Diablo con el camino! ¿Y qué más hubo?

—Luego, cuando Ocampo reiteraba su propósito de entregarle el misterioso pliego, díjole el juez: *Eso es lo principal, la base de todo. Tráigame usted el pliego, yo lo veré, consultaré el caso, pues no siendo yo Juez letrado necesito consultar con mi asesor, con el licenciado Garduña y* ... Apenas el ciego oyó pronunciar su nombre de usted, dió un paso atrás, buscó la puerta, y como le requiriera el juez á tomar una resolución, dijo que pensaría detenidamente el asunto y que, con respecto al pliego, creía mejor remitirlo á la Audiencia.

—¡Torpe! Ese necio bien pudo callar mi nombre.

—Parece que Ocampo no le mira á usted con buenos ojos, desconfía....

—No importa, puedo más que él. Si la necedad de ese hablador escama al viejo ahora alejando de mis manos ese documento, ya caerá: tengamos paciencia.

—No estrañe usted la imbecilidad de ese; con frecuencia derrama el caldo.

—Sí, pero no es tonto para comer á dos carrillos.

—¡Vaya....!

—Mira sino lo hábil que estuvo en el asunto de los Gamboa. Yo había arreglado el negocio...¿eh? Seis mil pesos por asesorar en la forma deseada dictando la sentencia á gusto del interesado. De esa suma, la mitad era para el juez lego. Pues bien: Gamboa, que no conoce bien estos asuntos, temió que la sentencia no estuviera de acuerdo con mi dictamen y con ánimo de asegurar más el éxito, abordó al juez.... Le recibió muy meloso y ¿qué creerás que hizo? Pues le arrancó mil pesos más, prometiéndole suscribir mi dictamen y lo que es más curioso, ofreciéndole que me hablaría á mí para que el dictamen resultára á gusto de Gamboa.

—Vamos, sabe donde le aprieta el zapato.

—Tiene más ambición que astucia.

—Y entrando en otro orden de ideas: ¿crée usted, licenciado, que ese pliego tenga la importancia que se le atribuye?

—No. A mi entender no tiene ninguna. Todo testamento necesita la concurrencia de testigos y debe constar en algún archivo notarial. Nada de eso sucede en este caso, ni veo tampoco motivo para que concurrieran en Tirso las excepciones que determina la ley. De modo que si el interfecto escribió en un papel cuatro disposiciones más ó menos extravagantes, entregándolo á Ocampo, ese papel es nulo y no tiene valor legal.

—Se comprende, pero ¿y las denuncias que pudiera contener?

—¿Temes responsabilidades?

—Nada temo, porque en todo caso....

—¿Qué?

—Conservo cuidadosamente la carta de Leonarda pidiéndome acudiera á Mina de Oro acompañado del notario.

—Eres previsor.... De ese modo podría probarse siempre que fuiste un simple amanuense compelido al papel de copista ignorante del fondo de las cosas. ¿No es eso?

—Claro está. Ahí el notario sería quien....

—Tampoco. Si los testigos de un hecho afirman que fué blanco ¿de qué modo se probaría que fué negro? No hay temor.

—Cuanto á usted....

—¡Yo! ¿Qué hice yo, pobre de mí? Escucha: lo mejor es no hablar de ello. En el imposible caso de un alboroto, Leonarda sería la que....

—Lo creo. Quien come las uvas sufre la borrachera.

—Y cuando el cañón revienta, es al artillero á quién mata. Despreocúpate, no hablemos de ello. Denuncias de esa clase nada significan.

—En primer lugar, acaso esos rumores solo sean amenazas del ciego, ávido de la herencia de su antiguo capitán; y en segundo lugar ¿para qué sirven las demandas por injuria y calumnia?

—Ah, vamos...

—De todos modos, conviene acabar pronto. Este asunto se va haciendo enojoso, toma publicidad, y nos perjudica. Nada: hay que perseguir ese documento. Para ello, no hay mejor sistema que el usado en la fruta del cocal: duro en la corteza para que deje filtrar el líquido que encierra....

Después separáronse aquellos hombres. Gil Pan alejose pensando en los buenos negocios; Garduña continuó en su estudio, abismándose en la contemplación del plano de Mina de Oro.

Por aquellos días se reunieron en la sala de Leonarda los herederos y legatarios de Tirso.

Tratábase simplemente de arreglar algunos detalles pendientes, pues, en el fondo, estaban ya de acuerdo. Aparte de los legados, Tirso dejaba la mitad de sus bienes á Leonarda y á sus sobrinos Catalina y Honorino, la otra mitad. Componían el capital del Ingenio, muchos terrenos, ganaderías, fincas urbanas y una fuerte suma efectiva que no bajaba de ochenta mil duros. Para el cargo de albacea contador partidor fué designado Garduña, quién fué también nombrado poder-habiente y administrador general de los bienes, reservándose Leonarda la tutoría de sus dos hijos todavía menores.

Fué acuerdo que después de cubierto los compromisos por concepto de legados, gastos, derechos testamentarios, etcétera, el sobrante de la suma efectiva se aplicàra á atenciones del Ingenio, necesitado por entonces de algunos enseres y reparaciones. Todo se discutió con largueza por los presentes, Leonarda, Honorino, Catalina, Dativo y Garduña. Sulpicio no estaba allí. Si el dinero efectivo se repartía entre los herederos, haríase preciso buscar fondos en la caja de algún comerciante, en concepto de avances hasta la época de la cosecha. Como la colonia carecía de Bancos, los comerciantes y los usureros hacían sus veces. Dativo quiso disertar sobre ese asunto, mas, trayéndole á la cuestión, no se lo permitieron. La operación refaccionista, de otro lado, no convenía. El comercio estaba perdido, por cualquier cosa cobraba fuertes intereses: el dinero avanzado devengaba intereses, los envases facilitados á plazos devengaban intereses, el azúcar en depósito pagaba almacenaje, la merma de muy buenas mieles quedaba á favor del comerciante, y finalmente, cuando había que rellenar los toneles, los *bocoyes*, en que

descendía mucho el nivel del azúcar, se hacía sufrir al fabricante un nuevo quebranto obligándole al relleno. Vamos, que era menester huir de tanto perjuicio, y si se tenìa dinero en caja, lo mejor era emplearle antes que usar del crédito y pedir avances. Acordose así y también descontar los legados de Gil Pan, del notario, otros de poca monta y además los honorarios de la curia y lo preciso para pagar los gastos de rigor, como entierro, botica, médico.

Con el doctor Troncoso había habido algunas dificultades. ¡Qué cuenta! Arrancó buena tajada y cuando se le rogó humanizára un poco sus pretensiones, siquiera en consideración á la buena amistad, contestó que él *no tenía más amigos que sus cuatro reales* y no quedó otro partido que pagarle lo que quiso.

La casa de la casa fué adjudicada á Dativo, quien radiaba satisfacción no dando reposo á la lengua para ponderar las excelencias del finado.

En aquellos arreglos el único inconforme era Sulpicio. Supo que debia reunirse la familia obligada al tema de la herencia, y no quiso asistir á la sesión.

¿Para que? Su parecer no seria escuchado. Veíase asaltado con frecuencia por escrúpulos de hombre de conciencia limpia. Una herencia pedida de rodillas á un moribundo no era para su carácter cosa muy llana. Contenido de otro lado, por su genio poco expansivo y resuelto en asuntos de intereses y por los frenos de exagerada delicadeza, observó que no se tuvo la mano muy pródiga para Catalina; que con él, su esposo, apenas se contó como no fuera para estampar mecanicamente firmas y más firmas en funciones de marido manso; que no se le mostraron cuentas, ni inventarios, ni divisorias, como si se iniciara con él una política repelente tratando de alejarle lo más posible. Notó que cuando se trataba

de los demás coherederos, se pasaba à la ligera por los detalles y dificultades del momento, porque *entre familia nadie debía fijarse en bagatelas*, más cuando se trataba de los intereses de Catalina, hilábase muy delgado, variábase el criterio por que *era preciso atenerse á las leyes* y *no hacer nada que no fuera sancionado por el juez* y *muy arregladito dentro de los preceptos de la jurisprudencia*...

Viòse el joven envuelto en una atmósfera de recelos y desconfianzas, como un moro que se arriesga entre cristianos, como algo excéntrico que molesta y estorba. Catalina habia sido preparada para el caso: Leonarda no olvidó darle lecciones. De ese modo cuando Sulpicio creyó prudente emitir algún parecer, Catalina le contradijo y á cuanto propuso el joven, ella mostróse rehacia haciendo vivo hincapié en que su mayor deseo era complacer à su madre. Resultó de todo ello que Sulpicio se vió coartado para cumplir con lo que era al fin un deber de marido previsor.

Allí no se hizo más que la voluntad de Leonarda, y ésta procedía siguiendo instrucciones secretas de Garduña. Sulpicio veia con recelo la intervención de éste en los negocios de la familia, y como se le impuso, tuvo que sufrirle con profundo disgusto, augurando inquietudes para lo porvenir.

Acordáronse, pues, muchos detalles en aquella reunión de íntimos.

—Todo está arreglado—dijo Garduña—Lo importante ahora es que vengan buenos tiempos y buenos precios. La caldera nueva estará pronto aquí, y montada que sea, las tareas serán dobles.

—Me parece conveniente no abandonar los negocios de abasto. Tirso satisfacía el mercado de Paraiso y además, exportaba.

—Todo, todo se andará. Cuanto á mí....

—Cuanto á usted, licenciado, haga usted esfuerzos por la familia que nosotros, además de pagarle....

—¡Oh, calle usted!

—Es muy justo—objetó Dativo—A nadie puede ocultarse que si va usted á tomar sobre sí la complicada dirección de ese capital, sea justo, justísimo, que se le remunere.

—Solo me conformo en el concepto de que se trata de una remuneración pequeña, como compensación de gastos.

—Nosotros no queremos perjudicarle.

—Yo con poco me avengo. Con cinco ó seis mil duros anuales, me....

Los circunstantes quedáronse en una pieza. ¡Diantres! ¡Cinco ó seis mil duros anuales! Y todavía lo llamaba una friolera. No había desquite, nadie intentó poner los cascabeles al gato. Después de lo sucedido *aquella noche* ¿quién sería el osado que discutiera, que tasára su trabajo?

Garduña siguió impasible, como si aquella exanción fuera la cosa más natural del mundo. Ya estaba él bien seguro de que nadie discutiría. Quedó, pues, acordada la anualidad y pasóse á otro asunto.

—Con respecto á los honorarios—continuó Garduña—los honorarios devengados á mi favor por mi intervención y trabajos en la testamentaría....

¡Cielos!..aún quedaba algo más. Leonarda cambió de postura, Catalina miró con azoramiento á su madre, Honorino bajó la cabeza, y Dativo, á quien el asunto ni iba ni venía, se rascó una oreja. De aquel modo esperaron todos la metralla, mientras Garduña mirábales impasible, sereno, marmóreo...

—Mis honorarios—dijo después de una pausa—montan á la suma de diez mil duros...

Leonarda, como impulsada por un mecanismo,

púsose de pié y Garduña, fingiendo no darse cuenta de la impresión que producían sus palabras, continuó aferrándose á ideas que habrían de producirla más fuerte.

—Mi cuenta profesional no es lo importante ahora. Pasemos á otro asunto que tiene mucha. El ciego Ocampo es una terrible amenaza para los herederos de Mina de Oro. Los rumores públicos han tomado cuerpo y es ya indudable que don Tirso, en aquella famosa entrevista, entregó al ciego un documento testamentario en que disponía caprichosamente de sus bienes.

Dibujóse la alarma en los semblantes y todos olvidaron los ataques que al capital acababa de dar Garduña.

—Es preciso—continuó—que acordemos los medios de defensa.

—Y ¿qué derecho puede tener ese hombre para poner en duda la legitimidad de nuestra herencia, después de presentado testamento en regla intervenido por el juez?

—Precisamente, es eso lo que ha de ventilarse. Si se trata solo de cuatro encargos escritos con mano temblorosa en una hoja de papel simple, la cosa no tendría importancia. Pero según parece, de algo más grave se trata.

—¿Qué?

—De algo más grave....Se consignan declaraciones de las que se deduce que don Tirso estuvo bajo la presión de....

—¡Eso es infame!—gritó Leonarda.

—¡Falso!—añadió Honorino.

—¡Qué calumnia!—murmuró Dativo.

—Y sin embargo, es un hecho que Ocampo abriga el propósito de llevar á los tribunales la cuestión. Ya ven ustedes que eso sería un escándalo....

—Y ¿qué pretende ese hombre? Sepamos....

—Casi nada. Que todos los bienes de su hermano de usted, pasen á manos de Casilda á quién reconoce como hija única en el susodicho documento.

—¿Tiene, acaso, derecho para anular el testamento? ¿No podría cualquiera falsificar un papelucho de esa especie y pretender hacerlo pasar por auténtico?

Leonarda meditó aterrada. Pasó por su pensamiento el recuerdo sombrío de *aquella noche*, poniéndole apretado el corazón y las manos temblorosas y frías. El miedo la hizo suya alarmándola como si todo se hubiera descubierto, como si fuese ya pública la intriga. Aquel miedo que Garduña comprendió, le hizo sonreir: fué una sonrisa confiada que contrajo á un semblante impávido.

—Es menester que se estudie con calma el asunto. En la duda del valor que pueda tener el documento de que dispone Ocampo, lo más cuerdo es tratar de anularlo, y el mejor camino, procurar inutilizarlo teniendo en cuenta que quien dá primero dá dos veces.

—¿Y de qué modo conseguirlo?

—Por lo pronto, demandando al ciego por injuria y calumnia.

—¡Ah, vamos....!

—Después, para probar los fundamentos de sus manifestaciones, le será forzoso entregar al juez el documento. Y una vez en sus manos, lo estará en las mías puesto que....

—¡Formidable!....¡formidable!

—Justo si, como usted es el asesor....

—No, calma. En este caso yo tendría que inhibirme. Es imposible que yo entienda y dictamine en un litigio dirijido contra ustedes, siendo como soy albacea y gerente del *pro-indivisu.*

—¡Es verdad!

—¡Qué contratiempo!

—¡Pero nada importa! Ya conocen ustedes á Claudiano, mi colega....

—¡Sí, un ignorante. Ni tiene pleitos, ni sabe dirijirlos.

—Pero es ambicioso y nos sacará del apuro. Cuando llegó á Paraiso, intentó hacerme competencia. Le vencí, claro, y le reduje al único papel que puede desempeñar.

—El de firmón.

—Firmará cuanto yo quiera. Inhibido yo, será designado asesor y suscribirá cuanto yo haga.

—Entonces, una vez el llamado testamento á su alcance...?

—Una vez á mi alcance...las circunstancias aconsejarán el camino que deba seguirse. Por lo pronto, no iría á la Audiencia ese misterioso ariete. Aseguran que Ocampo se propone remitirle y es preciso evitarlo. Allí sería más difícil...

—¿Y cree usted, suponiendo que efectivamente existan esas disposiciones, que pudieran retrotraerse las cosas?

—No lo creo. En don Tirso no concurrían escepciones de las que la ley concede. No veo ninguna, al menos. De modo que todo testamento que no esté debidamente legalizado, es nulo. Además, si hace manifestaciones que envuelvan responsabilidad criminal para alguien, como por ejemplo, decir don Tirso que se abusaba de su débil estado, que se le privaba de libertad, ó cualquiera invención por el estilo, nada difícil sería probar que el estado intelectual del enfermo estaba completamente pervertido y por tanto, que todo lo que escribiera no podía ser más que manifestación delirosa de un cerebro enfermo.

—¿Y el testamento, el verdadero testamento?

¿No podría decirse de él también que fué manifestación delirosa?

—¡Imposible! ¿No considera usted que ni el notario, ni los testigos, ni el firmante del testamento, lo hubieran autorizado sin que todo estuviera estrictamente dentro de la ley? Un papelucho puede ser explosión de un delirio, un acta testamentaria hecha en regla, no. Nada, á defenderse. Pero, eso sí, es necesario que se convenzan ustedes, de que todo eso cuesta...¿eh?...cuesta dinero...

Departióse mucho, estudiáronse detalles. El caso era grave, convenìa no perder tiempo. Poseían ya los bienes y sinembargo, temblaban ante la idea de que se realizára lo que suponían un despojo. Luego, ¡qué escándalo! ¡qué pleito singular y ruidoso! Y aún tomando las cosas el mejor camino, estaban espuestos á tener que entregar á Casilda, á la pilluela callejera, el hermoso patrimonio que apretaban ya en las manos. No, de ningún modo: se harían esfuerzos para evitar tamaño descalabro y la verguenza de ver tendidos al sol harapos de la familia. Allí el único hombre capaz de timonearlos era Garduña: era temible, sagaz, hombre de grandes recursos en los naufragios del papel sellado. Sí, el era el salvador...Podía afirmarse que ya le había caído qué hacer á Ocampo.

En tal concepto, los herederos se conformaron con la descarga de los cinco mil duros anuales y con el lanzaso de los diez mil por honorarios, disponiéndose para futuros despilfarros que los acontecimientos impusieran y acordando que Leonarda demandaría por injuria y calumnia á Ocampo, debiéndose buscar llegado que fuera el momento, el número suficiente de testigos que declarasen haber oido las insultantes manifestaciones expresadas por el ciego en Paraiso.

Antes de separarse, Garduña llamó aparte á Ho-

norino y le habló con misterio. Le recomendó mucha perseverancia en cierta empresa....Convenía, convenía mucho que la muchacha estuviera dominada, á la mano del joven. Así, en momentos dados, podría contarse con ella. El joven alegó que la muchacha era lista, perspicaz; que el ciego parecía haberla enterado de todo; que no tenía nada de tonta y que era ambiciosa. Garduña estuvo insistente. Necesitábase vencer y el empeño no era difícil. Cuando una mujer ama, no niega nada al objeto de su amor. El talento consiste en dominar la situación para que nada se niegue á la hora de pedir. Honorino debía insistir para que no se dijera que se le habían mojado los papeles. El joven prometió seriamente amansar la fiera.

Aún tuvo Dativo bríos para felicitar á la familia. Como á él nada le iba ni venía, hacíase el distraido ante los gatuperios.

—Vaya....vaya....Eso de Ocampo no valdrá la pena. Ya lo verán ustedes. Nada: hay que felicitarse. Todo está arreglado y los asuntos en buen pié. Lo conveniente ahora es darse buena vida... y tú, Honorino, formalidad. Que no haya que ponerte sal en el meollo, ni que buscarte el juicio en los calcañales. Ya tienes edad bastante....cuida de tu mamá y lo dicho, á conservar tu hijuela, á que prospere si es preciso, que paños lucen en palacio y no hijodalgos.

Y era ya entrada la noche cuando la entrevista terminó.

IV

La vida de Ocampo discurría entre perplejidades y dudas.

Desde que, depositario del temido pliego, comprendió la importancia de la causa que debía defender, pasaba las horas cavilando, tegiendo proyectos en la imaginación. Sabía que no se bastaba á sí mismo y dudaba de todo el mundo. ¿Qué hacer? ¿Cómo triunfar sin luz en los ojos, sin fuerza en el brazo, sin astucia en el instinto? Horas muy tristes pasaba dando vueltas al asunto. Sabía que le rodeaban muchos enemigos, voluntades contrarias, y aquellas sospechas unidas al recelo que la falta de vista imprimía á su carácter, hacíale vivir de vacilación en vacilación, sin saber qué resolución tomar.

No tenía quién secundára sus planes. Estaba allí Casilda, mas ¿podría servir la pobre niña para gran cosa en el asunto? Harto hizo con enterarla de todo, con darle á leer el pliego, con encargarla discreción. ¿Quién podría secundar sus planes redentores? Nadie. Sería insensato confiar documento de tal valía al primer advenedizo.

Pensó en la ley... En sus manos, los débiles encuentran fortaleza, los desamparados abrigo, los tímidos garantías. Pensó en ella como única salvación, porque la conciencia de los parientes de Tirso no habría de reaccionar por sí misma, ni reconocien-

do la justicia de su causa, entregarían á su nieta lo que era suyo. La ley, solo la ley, podía valerle. A veces parecíale tenerla delante, cerca, muy cerca, al alcance de su mano, contemplándole con maternidad cariñosa, animándole á confiar en su omnipotencia incontrastable, en su rectitud invencible. Y ocurríale que su primer paso debía ser acudir á un notario, entregarle el pliego, pedirle la legalización de un acta que garantizára de todo peligro la seguridad del documento. De ese modo no habría cuidado : hoy, mañana, siempre el sólido asidero de Casilda estaba seguro. Pero ¡ ah !...enseguida recordaba la realidad. Todo el mundo decía que Tirso, en su última hora, había testado. Debió ser contra su voluntad, acaso sin conciencia de lo que hacía. Pocos momentos antes, en aquella noche aciaga, Tirso, había previsto el caso. *Temo á una celada—dijo—acaso abusáran de mi estado engañándome.* Y los temores, habíanse realizado, porque inesperadamente aparecía aquel testamento que fué tramitado cuidadosamente, que fué intervenido por el juez sin que sospechára el engaño, que fué, por fin, ejecutoriado, cumpliéndose la horrible estafa, el inaudito despojo de su nieta. Y aquel testamento, tuvo testigos, tuvo firmeza ante la ley, tuvo notario que lo autorizára... ¡ Ah ! nunca...entregar su pliego al notario de Paraiso, al mismo que dió fé de tantas imposturas, era arrojarle al pozo inmundo del robo y de la infamia. No, el papel es frágil, se inutiliza, se hace desaparecer fácilmente. Y presa de intensa alarma que le enfriaba las manos, renunció al acta ante notario, viendo que por aquel punto, entre la ley y él alzábase un obstáculo inmenso, que su debilidad de anciano y su inexperiencia profana le impedían vencer.

Si por aquel sendero hallaba obstáculos para llegar á asirse de la mano de la ley, tomaría otro. La

ley estaba cerca; imposible que no le escuchára haciéndole justicia. El ingenio debía consistir en acertar con el buen camino: un camino recto, seguro, que no tuviera breñales en donde se enrredára la vestidura del débil... Y pensó, entonces, en el juez. Acudiría valiente, resuelto y plantearía el asunto. Para nadie quería mal, á nadie imputaba crímenes, pero que le dieran á Casilda lo suyo. Iría allá, pediría al Juez aceptára su demanda, entregaría el pliego para que gestionara en forma procedente. Mas aquì, de nuevo detúvole la realidad. Hacía tiempo que el Juez letrado de Paraiso encargado de la primera instancia, había sido relevado. Enviáronle á otro pueblo y en espera de otro letrado habilitóse al juez lego del municipio, para que actuase debidamente asesorado por el licenciado en leyes que se eligiera. Tal circunstancia dió que pensar á Ocampo. ¿Cuándo vendría otro Juez? Aquel hombre, desconocedor de la ley, habría de ser su salvador. ¿Y por qué no? Para servir al bien, basta con ser hombre honrado. Y fué á verle.

Supo entonces que el procedimiento judicial imponía la intervención de terceras personas. El juez, poco perito, creyó que tendría á Garduña por consejero y Ocampo, desconfiando del gran hombre, renunció á seguir tan peligroso camino. Por segunda vez, alzóse entre la justicia y él un muro infranqueable para su ignorancia, invencible para su debilidad.

Dióse á pensar en la posibilidad de hallar almas piadosas que se asociáran á su buena obra. ¿Quiénes? Como todos los domingos al alba oía misa, ocurrióle un domingo que el señor vicario podría valerle. Hiló el asunto.... ¿Acaso el buen párroco no necesitaba también acudir, para defenderle, á los tribunales? ¿No le ofrecerían al pastor de almas los tribunales de Paraiso los mismos peligros que á

él? Y luego, una vez salido de sus manos el pliego ¿quién respondería de su seguridad? No, era preciso acudir á la ley, á la ley directamente, tocándola, abarcándola en sus brazos, para comunicarle al oido el gran secreto que había llegado á ser la obsesión de su vida.

Y fué entonces cuando pensó en un tribunal más alto, en una corporación en donde el amparo colectivo de la magistratura le tendiera la mano. Sabía que un funcionario á quien llamaban *fiscal*, tenía el deber de socorrer á los desvalidos, à los indefensos, á los huérfanos, pero comprendió las dificultades que tendrìa que vencer hasta llegar á las plantas de ese tribunal. Paraiso distaba treinta leguas de la ciudad de la colonia en donde estaba aquel constituido: ciego, inerme, sin recursos ¿cómo llegar hasta él?

Resolvióse sinembargo: iría, iría venciéndolo todo, saltando por encima de obstáculos. A ser preciso, tal era la fuerza de su voluntad, que le saldrían alas. Y pensando en ello discurrieron días eternos, semanas interminables.

De noche, cuando el abuelo y la nieta se disponían á dormir, platicaban sobre el asunto y traían á la vista el pliego.

Durante mucho tiempo le llevó Ocampo encima. Después, hizo un hoyo en el terroso pavimento de la única alcoba de la casucha y le escondió allí. De vez en cuando guiado por el tacto, llegaba al lugar del escondite y escarbando, exhumaba el pliego ya manchado por la humedad y el polvo. Entonces, á la humosa luz de una lamparilla de aceite, Casilda leía y releía cien veces el contenido y el abuelo escuchaba absorto sintiéndose ambos, después de cada lectura, más llenos de esperanzas, más animados á perseverar en la empresa.

Muchas veces, bajando mucho la voz, leyó Casilda aquel pasaje que decía :....*y declaro que esa niña es mi hija, la única hija que he tenido ; que la reconozco solemnemente como tal y que es mi voluntad irrevocable que así conste....* Y también aquel otro :.... *temo que se abuse de mi debilidad....quien ha robado la llave de mi caja bien puede obligarme á firmar documentos contra mi voluntad.... estas líneas contienen mis únicas y legítimas disposiciones....y declaro que cualquier otro papel que apareciera es falso, es mentiroso y le niego toda autenticidad....*

Cada línea era ocasión de mil comentarios. ¡ Imposible que la ley no aceptara aquello como legítimo ! Sobre todo el párrafo que decía :....*es pues mi deseo que mi hija, mi única hija, la que hube con Ernesta Ocampo, sea mi heredera universal, y para que no se dude de la validez de este testamento, invoco en la hora de mi muerte el derecho que me asiste por virtud del fuero militar que en mí concurre, para testar en la forma en que hoy lo hago....* Eso, eso era lo importante, y Ocampo escuchaba con delicia la lectura, añadiendo que si aquellos canallas conocieran los detalles del testamento, no estarían tan valentones. Ya llegaría el momento de probar que era válido, perfectamente válido, por aquella circunstancia del *fuero militar* que venturosamente no escapó á la penetración de don Tirso.

Algunos días después de su visita al juzgado, á la hora de acostarse, Ocampo y Casilda apuraban la materia.

El uno estaba ya envuelto en su frazada, mientras la otra se disponía á bañarse en un gran cubo que á tal objeto le servía. Como el abuelo era ciego, importaban poco los descuidos en su presencia y Casilda tenía todos los abandonos y desnudeces de quién se cree solo, procediendo á su aseo sin curarse del más

mìnimo reparo, en tanto que el ciego la escuchaba insistiendo siempre en lo mismo.

—Lo que te digo Casilda es que demos tener cautela. Ya hemos hablado bastante por que asì convenía. Ahora importa mucho que no nos descubran la intención del viaje.

—Veo difícil ese plan—contestó ella dejándose caer la camisa á lo largo del cuerpo—Y sobre todo, abuelito ¿con qué dinero hemos de emprender ese viaje? Hoy no se ha vendido ni media vara de tabaco...

—Veremos...Pasaré por encima de todas las dificultades. Esperaremos reunir recursos.

—Por supuesto, para ir á pié no es mucho lo que se necesita.

—¿A pié?

—¿Pués cómo entonces?

—Por nada del mundo iría yo á pié. Tantas leguas de malos caminos, tantos lugares peligrosos que recorrer, y tantos enemigos detrás..¡Nó! Iríamos expuestos á que nos asaltaran para arrebatarnos esos papeles...

—¿Llegarían á tanto?

—Lo temo todo. Que haya seguridad en el camino, que podamos alquilar unas bestias: lo demás es fácil.

Casilda, completamente desnuda, habíase metido en el cubo. A la luz de la lámpara destacábase su lozana figura, como revelando á la noche feliz el secreto de sus gracias. Con un jarro de lata repartíase el agua por todo el cuerpo, mientras se imprimía en el muro su exquisita imágen de vírgen, su silueta de Vénus en la terma, su sombra de bella descuidada que refrigera su cuerpo inundándole de agua, de agua venturosa que humedecía y besaba al caer aquellas redondeces y aquellos encantos.

—Lo malo es esa demanda....

—¡Ah!...deja que aprieten. ¿Qué otra cosa han de hacer? ¿No te ocurre que necesitan defenderse?

—Sí, pero usted se verá obligado á entregar el pliego para probar que no ha mentido.

—Eso es lo que no haré yo.

—¿Y si lo meten en la cárcel?

—Aunque me metan.

—No quiero pensar en eso....

—Te aseguro que no podrán conmigo. ¿Entregar el pliego? ¡Buen disparate!

—Yo también creo peligroso desprenderse de él, si son como usted dice, capaces de traspapelarlo.

—¡Capaces de todo!

—Y dígame, abuelito: la justicia ¿no es para defender á los buenos?

—Sí, á los buenos. Pero, á veces, los malvados la emborrachan, le echan tierra en los ojos.

Casilda, en cuclillas, continuaba con delicia su baño. En tal postura, única que le permitía la estrechez del cubo, destrenzose el cabello y comenzó á peinarse calmosamente. Agradábale la frescura del agua, la espansión de la desnudez y perseñábase el cabello con la misma fruición que una princesa ante una luna de Venecia.

—Estoy resignado á todo—continuó Ocampo.

—Pues à mí me entristece la idea de que lo condenen y lo metan en la cárcel. ¡Ah!..no, eso nunca, abuelito. Me moriría de pena si fuéramos tan desgraciados que llegára ese caso.

—Ten serenidad, si así sucede. No sería por mucho tiempo. Además, puede que ese extremo no llegue....Lo que digo es que ni muerto me arrancan ese pliego....!

—Bien, pero usted es ciego, yo no entiendo de esas cosas....¡Si pudiéramos encontrar de quien fiarnos!

—Es inútil, no me fío de nadie, de nadie....

Casilda salió del cubo, desdobló una sábana llena de zurcidos y envolviose en ella. La sábana, humedeciéndose, ciñose al cuerpo de la joven y esta, secándose, vistióse la camisa y saltó en su cama. Después contemplando la pobre llama de la lamparilla, se abstrajo....Pensaba en Honorino. ¿Vendría?

A poco, apagó la luz, volvió á levantarse, vistiose de nuevo y esperó.

Media hora después sonó en las tablas de la cerca el choque de una piedra y Casilda bajó al huerto donde el amor con su vértigo de promesas la atraía.

Aquella noche, la escena duró más que de costumbre. Era casi el amanecer y aún permanecían los jóvenes en el huerto.

Se trataron temas de amor, de aquel amor sediento que les hacía latir con violencia el corazón, que les entornaba los párpados para disminuir asi el campo de la visión y reconcentrar en más breve espacio la imágen con arrobamiento contemplada. Les parecían fugaces las horas lentas de la noche, lamentando solo la tiránica interposición de la palizada á la que acercaban el semblante para respirar el uno el aliento del otro. La soledad nocturna les protegía. Escuchábase el rumor de las olas que en la vecina playa gemían, el áspero ladrar de algunos canes vagabundos por las callejuelas ó vigilantes en los huertos, el roce de algunas balsas deslizando á favor de la corriente por el riachuelo tributario de Gran Rio que por el límite del lugar pasaba, y todo envuelto por flotantes sombras que ahogaban el paisaje, por misterios de soledad medrosa que entristecían los contornos, por ese rumor confuso conjunto de cien ruidos, jugueteos de brisas y árboles, coro inacorde de insectos, que en noches apacibles levantáse de los

campos, como canto de idolatria que eleva la tierra al sereno cielo que la entolda.

Honorino daba á sus palabras tonos humildes de súplica ó ardorosos de impaciencia. Era muy impío aquel amor sin premio, aquella pasión tan profunda como mal correspondida, aquella honradez de intenciones maltratada por la duda. Casilda contestaba conmovida, casi temblorosa, llena el alma de éxtasis y ensueños. Su acento era dulce, muy dulce, á veces suplicante y siempre tierno, con ternura inefable, como quien desea y teme, como quien se defiende anhelando ser vencido, como quien lucha presintiendo la felicidad de rendirse.

Mostrábase cariñosa, empeñándose en aparecer ante Honorino como joven pensadora, formal, digna de ser conducida al bien. No, lo que él pretendía era imposible. Le amaba con intensa pasión, pero rebajarse á indignidades, nunca. Tiempo habría para todo. Aunque muy joven, conocía historias de otras que la asustaban. Acaso él la odiaría, cansándose de ella, si fuera complaciente.

Negaba él imaginarios peligros y como podía, á través de la palizada, acariciaba las guedejas de Casilda todavía húmedas del reciente baño, ó unidas sus manos, percibían los extremecimientos de la emoción, ó las nerviosas presiones de la impaciencia, y atrayéndose á las mal unidas tablas, ella asomaba por allí el semblante y él la besaba en la bermeja boca. Así, separados por la delgadez de las tablas, cerca el uno del otro, envolvíanse en amor, entornando los ojos, soñando en felicidades imposibles.

Luego, la vida real les despertaba ¿Por qué se interponía entre ellos la desagradable cuestión de la herencia? Él se mostraba indiferente: ni pleitos, ni dinero, influían en su amor. No podía negarse que eran enemigos, que él como miembro de la

familia Mina, luchaba contra Ocampo que la ofendía con suposiciones calumniosas. Ella, por su parte, demostraba también desinterés, afirmando que lo que su abuelo alegaba no era impostura, sino grandes verdades. Lamentaba aquella contienda contra una familia á quien se sentía dispuesta á amar, siquiera por ser la de Honorino. Sin embargo, aquellos disgustos no eran parte bastante á entibiar su pasión porque si triunfaban y el joven era constante, suya sería la herencia. A esto añadía él que lo suyo también en todo caso sería de ella y convenían ambos en no dejarse de amar aunque mediáran enojosos contratiempos, porque el amor es el amor y el dinero, otra cosa distinta.

Con frecuencia recordaba el joven las palabras de Garduña: *es preciso que consigas meterte la muchacha en el bolsillo*, y como en momentos dados no hubiera podido decir qué le atraía más, si el deseo de verse amado por la huérfana ó el interés de asegurar su hijuela, sentía que el ánimo le saltaba de una en otra impresión y que encontradas emociones apagaban su entusiasmo en las amantes citas.

Otras veces la conversación descendía á detalles y con tono protector esforzábanse en darse mútuos consejos.

—Desengáñate, tu abuelo es impotente. Todo Paraiso está en su contra y tiene escandalizada la opinión.

—No es él quien da el escándalo. Mira: si ustedes los Mina estuvieran solos en el negocio, sería más fácil de arreglar. Lo malo es ese abogado tan....

—Calla, tontona, no digas niñadas. Ofender al hombre de más talento del pueblo. ¡Harto hace el buen amigo con sacrificarse por nosotros! ¿No sabes quién es el licenciado Garduña?

—Como quieras....pero creo que si no estuviera *entremetío*....

—Esas son majaderías que has oido decir á tu abuelo. Si te he de ser franco no te ocultaré que debías buscarte mejor apoyo porque Ocampo, no lo dudes, ni sabe, ni puede, ni tiene recursos para....

—Ya se nos hará justicia. Además, ¿quién haría por mí lo que el pobre abuelo?

—Hombre..¡quién sabe!

—Nadie.

—¿Nadie? Yo sería muy capaz de hacer más que él. En primer lugar, veo y no ando á tientas ni necesito que me lleven de la mano. En segundo lugar, aunque tampoco soy muy ducho, entiendo más que él esos asuntos de tribunales. Luego, tengo más cultura, me agito en otra esfera.

—Bien, pero eso es imposible. ¿Cómo podrías ser á un tiempo mi defensor y mi contrario? Eso no puede ser.

—Acaso....Lo importante es que la historia del pliego no resulte invención.

—Existe: tan seguro como que tú y yo estamos aquí.

—Sigo dudando. Me figuro que tu abuelo se propone intimidarnos y por ese medio obtener ventajas en tu obsequio, ya que tu padre en el testamento que hizo ante notario ni te reconoció, ni se acordó de tí.

—Pues en el pliego que tenemos, no solo me reconoce sino que me lo deja todo.

—¿Estás segura? ¿Has leido ese papel?

—Muchas veces.

—Solo viéndolo me convencería. Tu abuelo debe guardarlo con gran cuidado ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—Sabes que me va dando curiosidad de leerlo.

—¡ Dios nos libre ! ¡ Poco afán pone abuelito en ocultarlo !

—¡ Bah !..si tú quisieras...

—Nó, nó : ¡ imposible !

De esa manera tegíase la red y el talento de Garduña araba á distancia.

Hablaron después de cierta escena judicial ocurrida aquel dia. Más de cuarenta testigos se apresuraron á declarar ante el juez, haber oido decir públicamente á Ocampo que el testamento presentado por los parientes de Tirso era falso, que se le había obligado contra su voluntad á suscribirlo, que por algo no estaba firmado de su puño y letra, que tenía pruebas evidentes de tanta falsedad. Ocampo había sido demandado y los amigos de la familia, prestábanse á declarar : probadas las injurias, precisada la calumnia, ya le sentarían la mano al maldiciente.

—Eso no es decente—decía Casilda—¡ Declarar exagerando para comprometer al pobre viejo ! Lo que hacen es adular á los Mina.

—Te equivocas. Fíjate en quienes han declarado : don Optimo Escofina, don Crisanto Regla, don Dativo Curvo, don....

—¡ Embusteros ! Deja que declaren....

—No lo dudes, tu abuelo será condenado. A menos que presente el documento, pero ¡ qué ! aún cuando lo hiciera, verás como no se libra de la cárcel.

—Si es preciso ir á la cárcel, irá. Iré yo, si con él no basta. Pero ¿ el pliego ?..ni picados ¿ oyes ? ni picados.

Cuando se separaron, llevaba Honorino una noticia importante que trasmitir á Garduña : Ocampo, resuelto á todo, antes sufriría persecuciones que desprenderse de su tesoro. Al dia siguiente, en el

despacho de Garduña, hizo Honorino gala del descubrimiento, explicando de paso los progresos realizados en la dominación de Casilda.

En casa de Sulpicio, las historias de Mina de Oro fueron pretexto para cien choques. Catalina y él hubieran sido de buen grado felices, pero el obstáculo de Leonarda erguíase allí inflexible, sañudo, cruel. Menudeaban las inquietudes íntimas, las discordias frívolas. Madre é hija empeñadas en empaquetar á Sulpicio, harto recio y rebelde para consentirlo. Catalina era buena mujer, de pacífico fondo, de cariñoso instinto. Cedía solo á las sugestiones del tirano y sin criterio propio ni raciocinio expontáneo, era débil ante ella, ductil hasta el extremo de ofrecerla en holocausto la desdicha de su hogar.

Cuando Leonarda tenía á bien permanecer alejada, todo era fácil : Sulpicio y su mujer entendíanse perfectamente á favor de octaviana paz. Pero cuando aquella se dignaba coincidir, cuando rozaban sus atmósferas, estallaba el incendio y de las viejas cenizas renacía la desunión.

En el fondo, Catalina dábase cuenta de la realidad. Como su corazón era bueno y amaba á Sulpicio, deploraba las tormentas, comprendiendo de qué rumbo venía el viento. Acaso, en lo íntimo de su conciencia, alguna vez se propuso resistirle, pero cuando la ocasión llegaba, sucumbía cobarde y, ante Leonarda, pulverizábanse los propósitos y volvía sus armas contra Sulpicio. Nunca era más feliz que cuando Leonarda y Sulpicio, en paréntesis extraordinarios, vivían en paz, y aquella dicha traducíase en amorosas sonrisas, en lágrimas de placer. Duraba poco; el estado crónico era el otro.

A pesar de su entereza, Sulpicio sufría mucho, convencido de que su paz doméstica no era suya, de

que estaba al arbitrio de agenos nervios. Devanábase los sesos buscando el modo de triunfar llegando á situaciones definitivas, redimiendo su sosiego de hombre honrado y marido digno.

Mina de Oro fué un haz de pretextos. En los arreglos testamentarios, cada detalle fué una chispa. Sulpicio, con ruda franqueza, declaraba su inconformidad. No era posible que los negocios fueran bien si se entregaban las riendas á un hombre como Garduña. ¿Qué falta hacía habiendo hombres sérios en la familia? Catalina recordaba la prepotencia del albacea; después, cediendo terreno, decía que no era razonable ser tan fatalista que se esperára siempre todo lo malo; luego, cuando los razonamientos de Sulpicio la estrechaban, hacía hincapié en que tal era la voluntad, el deseo de su madre; y cuando el joven aseguraba que por cima de los caprichos estaban las conveniencias, ella tomaba rumbo distinto, un rumbo que había abierto ante sus ojos la malignidad de Leonarda: sí, Garduña estorbaba, porque el interesado, el advenedizo de Sulpicio, quería echarle mano al manubrio, manejar el pandero. Y entonces, bajo la presión de la insidia, retorcido por la calumnia, Sulpicio encerraba el incendio en el corazón y callaba, guardaba silencio hasta que nuevo motivo volvía á despertar la discordia.

En horas de franqueza Sulpicio daba su parecer. Allí, cerca de la mano, era fácil hallar magníficos mayordomos, entendidos dependientes. ¿Qué falta hacía tener dentro de sus cuestiones á la notabilidad de Paraiso? Serían explotados.... El tiempo lo diría. Y si no que se viera lo que ya iba haciendo. ¡Qué descaro! ¡Diez mil duros por un lado y cinco mil de sueldo! Con la mitad....¡qué mitad!....

con la cuarta parte, podría marchar el Ingenio perfectamente.

Catalina alegaba que si Leonarda lo había dispuesto así, era indudable que convenía.

—Y ella ¿qué sabe?

—Supongo que lo necesario para el caso.

—Ese hombre explotará el filón.

—¡Ah!....todo lo contrario. ¡Si viera como nos quiere! Lamentando mamá hace pocos días el mal precio del azúcar, él dijo: *no se apure usted...si algún día, que no sucederá, vinieran ustedes á menos siempre encontrarían en mí, á un buen amigo que con ustedes partiera el panecillo.* Ya vés si nos quiere.

—¡Ah, cuánto cariño! Me admira tu candor. En tanto, las cosas le van siendo productivas: los ochenta mil pesos efectivos, volaron. Entre caldera, montura, hornalla, nuevas evaporadoras, siembras, legados, honorarios y ¡qué se yo cuántas cosas más! desaparecieron para no volver. Las hermosas vacas que siempre pastaron en el Ingenio, fueron de pronto un inconveniente para las siembras y aconsejó vuestro gran administrador el descabellado negocio de su venta. ¡Venderlas! La base de una ganadería de tan buena raza se hizo humo. Os engatuzó diciendo que las vacas saltando zanjas se comían los cañaverales. ¡Haber vigilado, haber situado un segundo exclusivamente dedicado á esa vigilancia! Todo, menos venderlas!

—¿Y qué....?

—¿Conoces los detalles del negocio?

—Sé que fueron vendidas.

—Pues oye.... Las tazaron en la mitad de su valor y las compró Garduña.

—Alguien había de comprarlas....

—Perfectamente, pero las compró á cuenta de sus sueldos venideros.

—¿No tenemos que pagarle de todos modos sus sueldos?

—Suponiendo que haya que pagarlos, resulta el negocio ruinoso, puesto que los plazos anuales con que paga Garduña las vacas, salen del Ingenio. En resúmen: habrá que tomar dinero á préstamo para atender á los gastos generales, mientras el sublime administrador no paga intereses por los plazos. Item más: desde hoy está explotando el abasto de la leche y la pingüe industria quesera que tan buenas onzas produjo á Tirso. Pero es inútil que me esfuerce: tú no entiendes de estas cosas y tu madre....

—Deja en paz á mamá. Te expones á que te crean un hombre interesado. Tengo parte en Mina de Oro y dirán que tienes avaricia de esa parte.

—Justo, y para que no piensen mal de mi, debo faltar á mis deberes ¿no es eso? Dejar hacer para que todo se lo lleve la trampa...¡bonito papel!

—Lo que yo no quiero es que contradigas á mamá. En ciertas cosas mejor es dejarla. Se enoja...se....

—Ya sé que la verdad la enfada, pero ¿crees lícito que falte yo á mis deberes de hombre leal, que mienta por que el engaño agrada á tu madre? Eso no lo conseguiréis nunca, no: la verdad lisa y llana para tener tranquila mi conciencia. Harto hago con callar otros particulares, por ejemplo, la barbaridad de poder que habéis otorgado á Garduña, poder con el cual puede mandarnos à galeras; la desigualdad en la designación de las rentas, resultando que mientras Honorino y tu madre las perciben íntegras y cuando les place, á ti te las retasan á pretexto de arreglar cuentas á fin de año. Luego ahí nadie tiene derecho á intervenir; el señor licenciado para arriba, el señor licenciado para abajo, hecho un bajá de tres colas, dueño absoluto de un capital ageno

que, no lo dudes, explotará bonitamente abusando de la ceguedad de tu madre.

—Bien, pero debes callar para evitar disgustos.

—¡Buen sistema! ¿Y qué me dices del asunto de Ocampo? Esa cuestión me inquieta, temo que ahí....

—Se nos calumnia.

—Quiero convenirlo: se os calumnia. Mas es indudable que don Tirso, cuando la misma noche de su muerte habló con Ocampo, le dió disposiciones...

—Eso es mentira, puesto que esa misma noche testó á favor nuestro.

—¿Desheredando á su hija? Fíjate: Casilda es su hija. ¿No te parece que si Tirso dispuso de sus bienes olvidándola, fué porque no estaba en la integridad de su juicio?

—Todo se hizo en regla.

—No es decente, créelo, dar de lado con esa niña. Debiéramos atraerla, ampararla, hacerla legataria, crearle en fin, medios de vida. De otro modo cometemos una....

—Una nada.... Ya me has repetido lo mismo otras veces. Eres terrible, Sulpicio. Cosa que mamá diga te ha de parecer mala. ¿Ha demandado á ese hombre?.... pues ya te pones del lado del otro.

—Es que tengo sospechas de cosas equívocas que desdoran, es que me interesa el decoro de la familia, que me inquieta verla mezclada en tales enredos. ¿Ocampo tiene un testamento?....pues à llamarle, á estudiar el asunto, á transar. Porque ¡caramba! la otra es hija de Tirso y no es justo dejarla en la miseria.

—El único testamento legal es el hecho ante el notario.

—No sé qué te diga.... Cuando yo salí aquella noche de Paraiso, tu tio estaba medio muerto.

Ese testamento me ha parecido siempre sospechoso.... Vamos, lo diré claro: aquello fué un acto impuesto á....

—¡ Sulpicio !

—¿ Vas á enojarte ?

—Ofendes á mamá.

—¡ Dale con mamá ! ¿ Es tan vidriosa que se rompa al primer golpe?

—¡ Ah !...odias todo lo mio.

—La muletilla de siempre. Lo mismo dices cuando censuro la depravada, la vergonzosa conducta de Honorino. ¿ Es tu hermano?..pues ya es santo. ¡Nó! Por lo mismo que se ama debemos la verdad á los séres de nuestro cariño. ¿ Ya estás llorando ? Eso es insoportable. Viene tu madre ahora y dirá que te maltrato, que te....

—Eres cruel. Sabiendo que sufro tanto con tus salidas no me las ahorras.

—Muy bien. Aquí para ser perfecto, no hay más que adular y callar. Sostienes una lucha terrible contigo misma Algún día entenderás mis verdades. ¡ Que ruede la bola ! ¡ Que os vaya bien con vuestro Garduña !

Tales escenas eran frecuentes. Al separarse, ella quedábase llorando y él escapaba de mal talante.

En tanto, llegó para Mina de Oro la época activa, la estación del año en que segados los cañaverales, rebosaban los almacenes del dorado producto.

Desde el paciente arado que abre los surcos, hasta el ruidoso convoy de carros que conduce los toneles á los depósitos de embarco, agitàbase, movíase, palpitaba todo, como si el genio del trabajo en hora fecunda hubiera asentado allí su lar providente.

Apenas el suave pincel del día daba en el horizonte las primeras pinceladas, un tropel de trabajadores repartíase, las faenas. Unos, al campo todavía hú-

medo de rocío; otros, á la factoría dispuesta á comenzar la tarea á los impulsos del comprimido vapor; éstos al arado; aquéllos á la azada; los otros al reparto de la bienhechora semilla, á esgrimir la hoz que siega la gramínea y la desnuda de las hojas y la corta en pedazos. Otros más, á conducir los haces que han de ser devorados por el sediento molino, á levantar con las cortezas el incendio de los hornos, á filtrar los caldos, á limpiar sus inpurezas, á vigilar atentos la rubia gradulación que el fuego activa y á derramar, por fin, en las enfriaderas aquel torrente dulcísimo que hace bendecir á Dios en las pasmosas manifestaciones de su grandeza.

Cien voces de estímulo, cien gritos de aliento, cien exclamaciones de mando, llenaban el aire de clamores haciendo coro al crugir de las cañas retorciéndose mordidas por los cilindros del molino, al hervir vaporoso de los líquidos en las páilas en donde de un océano de espumas desprendíase, entre borbotones de miel, la humareda del agua vaporizada formando arriba un toldo de nubes blancas, y al pujante trepidar de la máquina lanzada al vértigo del movimiento, ora acompasada, rítmica, sonante, ora, cuando los molinos giraban vacìos, escapada á veloz é insensato volteo.

En la usina, la atmósfera era caliente, los muros temblaban, las cosas parecían vivir. El regulador de la maquina giraba subiendo y bajando los móviles brazos influido por la variable presión del vapor y al girar, arrastrando el contrapeso de las esferas, parecìa un histrión, un enjuto Rigoleto entregado á rídicula danza. La volanta lanzábase galopante como si huyendo de un enemigo, quisiera alcanzar los seguros del porvenir, é impulsándola los pistones, desarrollaban su pujanza penetrando en

los cilindros para cobrar energìa y saliendo de ellos con ímpetu incomparable para empujar la férrea mole de la máquina. Parecía respirar aquel organismo de palancas, vigorizando sus energías los calientes soplos de la caldera que, oprimidos en el distributor, sacudíanse irritados, vencían la presión tiránica, poderosos ante el obstáculo, dueños del mundo.

Con frecuencia é invariablemente los sábados, Garduña visitaba el Ingenio. A veces, recorría los campos encontrando la semilla agria ó la paja húmeda ó el *cuadro* estrecho ó la plantación enmalezada. Otras veces, eran los cañaverales nacientes los que atraían su inspección, porque la tierra aterronada cubría mal las semillas ó porque las hierbas, el malohillo, crecían más rápidos que el plantío ó porque el deshoje prematuro adelgazaba los tallos. Y daba órdenes apremiantes y departía con el primer mayordomo é increpaba la torpeza de los capataces que dirigiendo mal los carros, arrasaban los cañaverales recién cortados, malogrando los renuevos y aniquilando la venidera cosecha.

Era un gestor cuidadoso, un apoderado á la altura de sus importantes funciones. Los sábados suspendíanse las faenas mucho antes del crepúsculo, aprovechándose aquellas horas para el pago de los obreros. Los campesinos libres y los trabajadores esclavos, confundíanse apiñados ante una gran mesa cubierta de dinero, y aquellas sumas, repartidas en monedas de valor distinto, desde el peso duro hasta el menudo vellón que completaba las diferencias, pasaban pronto á todas las manos colmando ambiciones y satisfaciendo avaricias.

Discutíanse dificultades, aclarábanse errores, y el mayordomo encargado del despacho defendía como buenos los intereses de la casa. Unos alegaban ha-

ber prestado mayor suma de labor que la que les habían liquidado, otros pretendían que la mensura hecha en los terrenos para regular el trabajo era errónea, otros detenían se ante una moneda agujerada ó ante el descuento que se les hacía de avances recibidos ó ante la injusticia en la tasación de la tarea.

Era aquello una lonja en donde cada cual tiraba con rudeza de su lado á expensas del vecino. La atmósfera cargábase allí con emanaciones humanas y como los labradores acababan de dejar los trabajos, nubes de olor insufrible sofocaban el aliento maleando la atmósfera.

En el escritorio, Garduña y el mayordomo entregábanse á los comentarios y cálculos de la semana. Había que contenerse un poco....Los últimos seis dias de labor costaban mil pesos. No, imposible continuar con tanta prodigalidad. ¡Mil pesos! Y que se preguntára en qué : en cuatro ajustes y unos cuantos jornaleros remolones que ó avanzaban poco en el trabajo ó se dormían en las guardias ó encalaban mal la miel ó lo que era peor, se robaban en caldo y en grano el doble del salario.

Dábase Garduña tono de autoridad competente, mientras la brigada de *jíbaros* y la *negrada* le oían con la boca abierta, considerándole como á un ser superior, de proporciones gigantescas, como á un mito, como á un Dios. Y desde aquel lugar, desde el escritorio, podían verse allá al frente, en la habitación que fué de Tirso, entonces solitaria y casi desnuda de muebles, los pocos que aún había, empolvados, inmóviles, como imperturbables testigos que resisten la ausencia y la muerte, que perduran con eterno mutismo á través de los tiempos.

Algunas tardes acompañábase Garduña de sus íntimos. Seguíanle desde Paraiso para espaciar el

ánimo en la alegre campiña. Y era de ver, entonces, como el poder habiente se mostraba obsequioso ofreciendo bagatelas y buenos vinos. Surtíase allí la despensa con cargo á la cuenta de gastos generales y de las golosinas participaban con frecuencia Pedro Madeja, Crisanto Regla, Gil Pan, Miguel Fontan y hasta el puritano Optimo. Dativo faltaba pocas veces, visitaba mucho la quinta, recorría los contornos comentándolo todo, pavoneándose como amigo íntimo que puede tomarse libertades.

La tarde del último sábado Garduña y él diéronse á grato coloquio. Después de celebrar la buena marcha de las cosas lamentando la baja, la persistente baja de los precios, entraron en consideraciones de índole privada.

Dijo Dativo que le preocupaba el comportamiento de Honorino. Era ya un escándalo su trasnochar y el abuso, á que se entregaba, de las bebidas. Luego, era imperdonable su descaro en asuntos femeninos en los cuales no tenía dique, ni respetaba los derechos de los demás. Faltábale pudor y tenía á gala pasar por gracioso. Sin ir más léjos, pocas noches hacìa que se había permitido con él, con Dativo, con su antiguo maestro, ciertas confianzas que nunca se le habían dado. Habíase ido á rondar una noche por las cercanías de la casa de Prisca y cuando supuso que el maestro estaba en ella, rompió en una serenata de acordeón que los despertó á todos. Y lo peor fué que otros gandules como Honorino iban con él, y estallaron en carcajadas y bromas insufribles. Vamos, un abuso, un completo abuso. Nada: el chico era un primor, un paseante en cortes, un dilapidador de salud y dinero. De esto último podrìa juzgarse recordando la reciente cuenta de cenas y bebidas que á regañadientes tuvo que pagar Leonarda.

Ocupáronse después de la cuestión palpitante.

—Hombre y ¿cuando se falla ese asunto?

—De mí depende—contestó Garduña—Claudiano me envió los áutos y espera mis instrucciones para asesorar al juez.

—Eso tarda entonces hasta que usted quiera.

—Acaso convenga. La demanda interpuesta hace tres meses ha prosperado con bastante actividad. ¡Tiene uno tantas cosas en la cabeza! Desde hace un mes tengo sobre mi mesa el expediente. No he dado una plumada.

—Resulta de lo actuado responsabilidad para...?

—Completa. No procede en justicia otra cosa que una condena por calumnias é injurias atroces. Declaran en contra multitud de testigos y el ciego ni se ha defendido siquiera alegando que aunque puede probar sus afirmaciones aplaza la prueba para luego. Se ha negado á presentar el documento que dice justifica sus graves aseveraciones. Resultado: hay que condenarle. O el tal testamento no existe, ó solo se propuso Ocampo medrar á costa de la sucesión Mina.

—Siempre creí lo mismo. Se dijo, acaso, que pescador que pesca un pez, pescador es, y puso manos en el negocio. No es mala guitarra el tal viejo.

—Escaso de inteligencia pero con una fuerza de voluntad que....

—¿Y la chica?

—La chica vagabundea por ahí.

—Parece que Honorino,.... ¡pero ese Honorino es atroz!.... parece que anda á caza de la tórtola.

—Sí. El chico es insaciable y como ella....

—¡Ah!... eso sí. Ella es guapetona.... Y mire usted: apesar de su miseria desarrolla que es un primor. ¡Qué formas!

—¡Ola!...no se ha descuidado usted en observarla.

—¡Pues si por todas partes se tropieza con ella! Solo que aquí, en Paraiso, un hombre formal, de buenas intenciones, no puede abordar ciertas empresas. Los barbilampiños espigan el panllevar. Lo que es el susodicho Honorino....

—No es maleja la chiquilla, no.

Y Dativo quedóse pensativo representándose en la imaginación los encantos de Casilda, tan púber, tan bella, tan abandonada en las peligrosas jornadas de un mundo indiferente.

Cuanto á Honorino, era ya cosa resuelta que debía hacer esfuerzos por apoderarse del pliego que ocultaba Ocampo.

El procedimiento judicial seguido contra éste debía fallarse pronto, sin que hasta entonces hubiera llegado á Paraiso juez letrado, ni el ciego dado paso alguno para el esclarecimiento de los hechos.

Un miedo cerval, una duda eterna, mantenía á Ocampo irresoluto. Acudir al juez lego era entregarse á sus enemigos; pretender la garantía de un acta notarial, muy peligroso por resultar el notario envuelto en sus acusaciones; hacer una remisión postal del documento á la Audiencia hubiera sido más fácil á otro que al receloso Ocampo, y finalmente, ir allá en persona, único camino que quedaba, era cuestión de tiempo y el recurso que más le satisfacía aunque el más lento. Ocampo no veía claro en los detalles... Tenía la razón en el bolsillo y su ignorancia, su desconocimiento en cuestiones de tal género, no le permitían apreciar los riesgos que corría ni medir la prisa necesaria para defenderse en aquella intriga. Fiaba en que los derechos de Casilda no habrían de prescribir.

Resolvíase por el viaje, y á ese objeto, con resignación de mártir comenzó á reunir, céntimo á

centimo, los recursos que para la ejecución de un proyecto juzgó necesarios.

Honorino trabajaba también. Bajo el estímulo de Garduña iba ganando terreno en las citas románticas del huerto.

Casilda, en sus adentros, estaba convencida de que su causa necesitaba otro campeón. ¿Cómo desenvolver con éxito el asunto, el buen viejecito, tan achacoso, tan pobre, tan indeciso y sobre todo tan desconfiado? Tal vez Honorino hiciéralo mejor. Con sus condiciones y amándola, tal vez triunfára, inclinando los ánimos á pactar una transacción útil á todos, Sí, una suma de dinero que la dieran, arreglarìa la discordia quedando los Minas ricos y en paz, y ella convertida en persona importante adquiriendo un señorío que la embriagaba inchando su vanidad de muchacha pobre.

En sus pensamientos influía ya la impaciencia. Urgía terminar. Honorino la abrumaba con empeños de impaciente amor, multitud de peligros rodeaban al abuelo, ella misma sentíase disgustada con tantas situaciones ambíguas y dudosas. Terminar cuanto antes, era llegar al éxito, al sosiego, á la tranquilidad.

Llegó un momento en que creyó deber suyo imperioso evitar al abuelo las desagradables consecuencias del proceso. Todo aquello la entristecìa, apesadumbrándola por momentos, haciéndola sufrir. Las circunstancias actuaban en ella como gotas de agua caedizas sobre amoldable arcilla: obra lenta, perseverante, que vence resistencias y avasalla obstáculos.

Con objeto de aumentar la venta del tabaco torcido, Ocampo cambió el esquinazo de la plaza por el sombrío de un árbol en la carretera, situado como á medio kilómetro de Paraiso. En aquel lugar traba-

jaba una brigada de obreros aplicada á las obras del camino.

Todas las mañanas dirijíase el ciego á aquel sitio y á la sombra del árbol, detallaba su mercancía á los capataces y trabajadores, así como á las desdichadas mujeres picapedreras que preocupaban al perfecto Escofina.

El cambio de mercado favoreció las tentativas de Honorino. En la carretera no había tablas interpuestas, ni necesidad de evitar indiscretos ruidos que turbáran el sueño del abuelo, ni como en la plaza gentes curiosas que vigiláran los pasos del joven. Sin embargo, despistar à los transeuntes y á los obreros tampoco era fácil en el camino, aunque allí procuraría ingeniarse el joven para que á nadie sorprendiera ver á un chico de casa rica corriendo á la zaga de una muchacha del pueblo.

Meditado el proyecto y audaz Honorino, halló al fin la manera de departir con Casilda á campo raso, bajo el cielo abierto é imparcial, en la libertad de la risueña vega.

Una noche, después de muchas súplicas, consintió Casilda en verle de aquel modo. El plán era sencillo: eligirían una hora propicia, las once de la mañana, ora en que los obreros guarecíanse para almorzar en una ranchera cercana; Casilda, con cualquier pretexto, dejaría por unos instantes la mano del ciego é internaríase entre los cañaverales; y él, Honorino, desmontando de su jaca, la esperaría allí.

Casilda hizo jurar al joven que sería formal. Protestó él contrito su buena intención: lo único que deseaba era verla, contemplarla con libertad en plena luz, envuelta en la brisa pura del campo, sin la barrera odiosa de las tablas.

Ella, resuelta al fin, aseguró que iría pero solo por breves momentos, porque el abuelo apenas podía dar

un paso sin ella y el camino estaba lleno de tropiezos y montones de piedras y canjilones. y además, porque no estaba muy en orden arriesgarse de aquel modo con su novio por la soledad de los cañaverales.

Perjeñado el proyecto, fijóse el dia teniendo en cuenta las precauciones necesarias para el caso.

Llegado ese dia, á las once de la mañana, Ocampo y Casilda hallábanse á la sombra del àrbol.

—A esa gente—decía el ciego—les retrasan hoy el almuerzo.

—¡ Caramba, las once ! Y todavía pica, que pica....—dijo ella dirigiendo al camino miradas inquietas.

—¡ Y desde el amanecer ! Cuando se reunan en la ranchera iremos allá. Es preciso meterles el tabaco por las narices. ¿ Te comiste el pan y el queso ?

—No, no tengo ganas.

—Un pajarito engulle más que tú, hija mìa. ¡Ah! ¡ Y pensar que debías estar comiendo faisanes ! ¿ Quién va por ahí ? ¿ eh ? Me parece que alguno pasa....

Hacía rato que la joven había visto quien venía. Era Honorino que al paso corto de su potro cruzó por delante de ellos, hizo una señal de inteligencia á Casilda, llegó al lugar de la cita y penetró en una vereda disimulada entre los cañaverales.

—Es un hombre que sigue de largo.

Entonces sonó la campana que llamaba á los trabajadores al rancho.

—¡ Ea !... el almuerzo—dijo Ocampo— Vamos allá, y si ahora no compran, será menester regalarles el tabaco. Anda, hija, dame la mano....

Habíanse puesto de pié. Casilda estaba temblorosa, pálida, llena de emoción. ¡ Él estaba allí ! Un

momento más y estarían el uno frente al otro en aquel estrecho paso de hojas amarillas.

Dirigiéronse á la ranchera. El camino estaba solitario, los instrumentos de labor repartidos por el suelo y veíanse por todos lados montones de piedra triturada y zanjas é irregularidades de la carretera en construcción.

Un minuto después llegaron frente á la vereda. Casilda miró hácia ella y pudo descubrir al potro escondido entre las cepas y atado á un tallo. Detrás estaba Honorino sonriéndola y llamándola con la mano.

—Ten cuidado, Casilda—dijo Ocampo—¡ Si vieras el miedo que tengo por este camino desigual! Temo caer á cada paso.

—Abuelo— repuso ella entonces —suéltame un momento.

—¡ Cómo !

—No hay cuidado. Siga usted por aquí.... derecho....

—¿ Pero dónde vas ?

—¿ Sabe usted lo que quiero ? Aprovechar la ocasión : ahora que nadie me vé, voy á cortar una caña. Es sed lo que tengo, no hambre.

Dijo, y soltó la mano del ciego que, orientándose con el palo, siguió caminando lentamente. Y haciendo un esfuerzo, penetró la joven en la vereda donde ya impaciente la esperaba Honorino.

—¡ Al fin !

—Ya ves cuánto hago por tí. Luego dirás....

—Sentémonos aquí.

—¡ Sentarnos ! No. El abuelo va por ahí solito ; tengo que irme enseguida. Dime de prisa las cuatro palabras que querías decirme á la luz del dia.

—Mira, de pié como estamos, las hojas pueden herirte la cara. Son cortantes, y movidas por el viento

parecen cuchillos invisibles. Ven, sentémonos al borde de esta zanja. Así.... ¡me parece imposible tanta dicha!

—¡Qué caprichoso eres!

—¡Ahí es nada, lo cómodo de este sofá! Estamos en el santo suelo, es cierto, pero la hierba lo hace blando.

—¡Si nos vieran!.... No....¡cuidado!.... me has prometido ser formal.

—Pero Casilda.... Mira, ya es tiempo de que tu cariño confíe un poco. ¿Qué temes? ¿Acaso no pueden dos quererse sin que nadie tenga derecho á....?

—Eso es fácil para dicho. Con todas estas cosas, una joven pierde.

—¿Qué importa lo que digan los envidiosos, cuando se tiene la dicha de quererse como tú y yo?

El ciego seguía, en tanto su camino. Creyendo tener á la joven cerca, hablaba en voz alta diciendo:

—Cuidado.... eso no me gusta. Pudieran verte arrancando cañas y perseguirte por ratera. Aquí los grandes bandidos andan sueltos: róbate una *hacienda* y no te pasará nada, pero ¡pobre de tí si te pescan robando una caña! Irías á la cárcel....

Mas ella, Casilda, bajo las hojas sonantes del cañaveral, nada oia.

El sol estaba en el meridiano, la atmósfera calurosa y cargada de vapores, y una lujuria de claridades invadíalo todo, comunicando la canícula á los organismos esa muelle laxitud, esa invencible pereza, que convida á sestear olvidándolo todo.

Los jóvenes cambiaron protestas. El amor, bajando de los ojos á los labios les tornó sedientos y aquellos labios uniéronse mil veces en apretados besos.

Honorino agotaba razones para animar á Casilda á fiar en su afecto. Lo que deseaba era justo, pues-

to que la amaba y era por ella amado. Quererse, quererse mucho, pero sin testigos, sin condiciones, sin infundados temores. Ella aceptaba en parte las razones, mas discutía recelosa. A ella no podía gustarle andar así por los campos, metida en las zanjas como una cualquiera, sobre todo cuando el porvenir le depararía pronto la alcurnia de una hija de buena familia.

Pasaron algunos minutos, y cuando ella acordándose de que el viejo iba solo, expuesto á caer, quiso desprenderse de los brazos del joven, éste la detuvo, la atrajo insistente, la oprimió con pasión, besando sus guedejas rizadas, sus labios colorados y su frente de virgen al borde del precipício.

De pronto, alarmado el ciego por la tardanza de su nieta, llamó con fuerza.

—¡Casilda.... Casilda!.... ¡Habráse visto la chiquilla!....

Y ella, en la cripta de cañas dulces, alarmábase también al oir sus voces, quería resueltamente acudir á su lado, luchaba por desprenderse de los brazos de Honorino que ciñéndola por completo parecían un cinto de acero.

—¿Oyes?.... Déjame ir.... ¿Qué dirà?.... Suéltame....

—Sí, ahora, ahora mismo....un instante más... escucha....

Ella no era libre, estaba prisionera. Defendíase agitada por fuerzas contrarias, fatigada por aquella lucha, oyendo la voz del deber que la llamaba al camino y la voz de la pasión que la retenía en la zanja, temiendo y deseando una felicidad entrevista, creyéndose fuerte y viéndose débil, dominada por la insistencia del joven. Todo inútil: al fin ocultó la frente en el hombro de Honorino, suspiró y dijo:

—¡Ah! ¡qué malo eres conmigo!

Oyéronse entonces en la carretera rumores inusitados y Casilda, saliendo de un salto de la zanja, corrió en busca del ciego. Llevaba el semblante encendido, el cabello lleno de la pajuncia del cañaveral, oprimida el alma por amarguras de vergüenza.

Ocampo había caido. Comprendió ella que los gritos que había oido salían del asmático pecho de su abuelo; comprendió que algo grave había pasado, que ella era la culpable, por loca, por ligera, por haber abandonado al anciano en tantos peligros.

Cuando llegó á la carretera nada vió. Dirigióse á la ranchera y en el tránsito, en un zanjón pedregoso, inmóvil, cubierto de sangre y sin sentido, vió al ciego rodeado de algunos trabajadores que, viéndole caer, acudieron. El buen viejo habíase magullado el cuerpo, hiriéndose el semblante.

Casilda, espantada, se arrojó al zanjón.

—¡Abuelo!—dijo—Aquí estoy... ¡Abuelo!... ¡Dios mío! No me responde....

Y lloraba amargamente, mientras hundida en la zanja, con la cabeza á la altura del camino, pudo ver á Honorino que se alejaba.

Los trabajadores prestaron socorro á Ocampo, le humedecieron conagua el semblante, le restañaron las heridas, que aunque al parecer leves, eran numerosas.

Algunos increparon á Casilda.

—¿Qué hacías tú, bribona?

—Yo....

—¡Mal corazón! ¡Dejar el viejecito solo, expuesto á caer!

—Es que....

—Es que estabas robando cañas, te lo conozco...

Casilda, llena de confusión, no acertaba á disculparse. Resolvióse á mentir, enjugóse la cara llena de lágrimas y dijo:

—No, yo no le he dejado, no lo pude evitar.

A poco, el ciego volvió en sí. No tuvo para Casilda ni un reproche. Quejándose lastimosamente de atroces dolores, dijo que sentía hueca la cabeza, que el golpe en ella recibido era el más doloroso.

Al fin las buenas gentes cumplieron el humanitario deber. Se improvisó una camilla, acostaron en ella al ciego, condujéronle á Paraiso.

Fué un cortejo triste...Detrás del grupo iba Casilda triste, sollozante, con la cabeza baja, sintiéndose infeliz, inmensamente desgraciada, despreciándose á sí misma, como si el dia hubiera apagado para ella sus claridades dejándola abismada en la noche del desconsuelo.

Cuanto á Honorino, llegó á su casa, oyó con indiferencia las reconvenciones de Leonarda por haber faltado á la hora del almuerzo, formuló algunas disculpas y sentándose á la mesa, donde entre dos platos habíanle guardado algunos manjares, empezó á almorzar con hastío y sin apetito.

V

Era el domingo dia bullicioso en Paraiso. Durante la mañana, establecíase el mercado en la plaza en donde una legión de campesinos permanecía muchas horas entregada al negocio. El flaco acopio de cada mercader ofrecíase allí tendido al sol, como fruto casi expontáneo de una tierra providente que germinaba sin cultivo.

El cuadro era pintoresco...En la calle, una hilera de caballerías escuálidas, aún jadeantes de la última jornada; en el enladrillado de la plaza que ceñida por una verja mohosa, puestos de frutas, de cordeles groseramente retorcidos, de canastos y albardas, de volatería y huevos, de verduras y hortalizas, de sombreros de tosca paja, de esterillas utilizables como lechos, de platos, tazas y cucharas hechas de la corteza de cierta fruta, y en una esquina, una mesa mugrienta debajo de un toldo chato, en la cual se expendían bebidas.

Hablábase á gritos, discutíase á voces, negociábase entre risotadas é interjecciones. Era la gente vulgar de los campos cambiando mercaderías para entretener el hambre, engañándose mútuamente para llevarse al monte, á la difícil abra, unos cuantos céntimos, un puñado de ochavos para seguir en los dias sucesivos dando vueltas al torno de un estéril

trabajo apenas suficiente para cubrir sus necesidades de gente sobria.

Sobrevenía á veces un tumulto. Un accidente cualquiera, por una riña, por una moneda falsa, por una albarda caida, por un requiebro picante á alguna campesina guapa, le producía. Otras veces llegabase al escándalo. Algún paciente caballejo, repuesto de la fatiga y olvidando conveniencias, alzaba el hocico, husmeaba el ambiente, y creyéndose en la fronda de su abrevadero, relinchaba apasionado, y entonces el gritar y entonces el reir, y los aspavientos y los térnos y las bromas de mal género y una lluvia de varazos que cayendo sobre el jamelgo le espantaban desbandándole, siendo curioso ver aquella carrera en que atropellaba grupos de campesinos-rompía objetos frágiles, derramaba envases colmados, mientras el asustado rocín corría desalado dando coces al aire y mordiscos á todos lados, arrastrando por el polvo el ronzal hasta que conseguía detenerle alguna mano firme ó algún obstáculo invencible.

La plaza entre sus líneas regulares y correctas, abarcaba la escena. Un sol de zona cálida parecía quemar el pavimento y reflejándose en él, envolvía á las gentes con hálitos de hoguera. Hombres y mujeres, descalzos, lucían la desteñida *coleta* del vestido quemándose también en aquel baño de ardorosa luz. En las tiendas detallábanse mercancías. Por fuera de ellas, sobre la acera, pendían camisas, pantalones y pañuelos colgando de trapecios colocados allí para anunciar los géneros, para atraer compradores, como si temieran no ser vendidos en la tienda, como si cansados del estancamiento, quisieran mostrar sus galas allá afuera, azotados por el aire.

Por las calles que confluían en la plaza agitabase el gentío

Como era dia de compras hacíanse cálculos y com-

binaciones procurando hacerse fuerte en el pujilato del regateo. Era aquella una feria de pueblo inculto, de pueblo desdichado que desfallece de miseria apoyando la imprevisora cabeza sobre sus ignorados veneros.

El domingo que siguió á los sucesos de la carretera fué dia de corrillos y comentarios y murmuraciones.

En todos los círculos y entre gentes de todas clases, hacíase gala de la holganza de cuerpo y de espíritu que lleva las imaginaciones de uno en otro objeto sin fijeza y sin fruto.

La farmacia de Escofina rebosaba concurrencia. Comentábase el probable fallo en la causa criminal seguida á Ocampo.

—Afirmo que la Audiencia impondrá mayor pena.... ¿sabe?....

—Sí, la impostura es monstruosa.

—Y lo que se dice que sentenciará el juez por dictamen de Claudiano, leve castigo para tanto delito.

—Eso prueba la generosidad de Garduña...Procura aminorar las consecuencias de la falta, antes que acrecentarlas. ¡En buen berengenal se ha metido ese viejo.

—¡Y todavía dirán!

—¡Qué corazón tiene Garduña!

—¡Y qué inteligencia!

—No es cualquier cosa.... ¿sabe?....

—Lástima que los malos precios no le permitan desenvolverse en Mina de Oro, que sinó....

—Eso no es culpa suya. Hace lo que puede.

—Naturalmente.... Si los precios son malos y los terrenos han producido poco por la *seca*, no es á él á quien hay que culpar si el Ingenio está empeñado.

—Más responsabilidad cabe á los herederos.

—Y ¿se arregla por fin el negocio con P. Madeja y Compañía?

—De ello se ocupan.

—En fin, no son mancos y saldrán de la dificultad.

Gil Pan escuchaba silencioso. Desde hacía tiempo dábale vueltas á un proyecto que podía serle productivo. Si Ocampo tenía un documento que podía desbaratar lo actuado para poner á los Mina en posesión de la herencia; si Ocampo no sabía defenderse y de cabeza en la impotencia, antes iría á la cárcel que desprenderse de aquel documento; si Garduña perseguía por todos los medios la ocasión de apoderarse de aquellos papeles; si estaba en interés de la familia Mina, resolver y dar fin á tan enojoso asunto....quien lográra poseer los papeles del ciego ó por lo menos utilizarles siquiera fuera indirectamente, haría un magnífico negocio.

Con ellos, podríase defender con éxito á Ocampo, con ellos haríase la ley á los Mina, con ellos colocaríase al nivel de la astucia de Garduña, con ellos, en fin, podría *dar candela*. Medito mucho: el proyecto era difícil. Tomó medidas, analisó detalles, estudió el terreno. ¿Porqué no abordar á Ocampo. Se le ofrecería como generoso defensor, como paladín de su causa? ¿Y si se negaba á poner en él su confianza? ¡Bah! Sería aquello cuestión de lábia. Hablaríale de cierto modo, tocaría ciertos recortes...Y tal era su preocupación en aquel domingo ocioso, mientras la hipocrecía y la farsa hacía prodigios en la tertulia.

Bajo el toldo chato, expendíanse bebidas que alegraban á los consumidores. Un chicuelo dijo al dueño del aguadacho:

—Mire, *don*, tengo que dárle un *mandao*,

—¿Qué quieres?

—Dice Goya, *iqué* si le pagaron *ique* el cuarto?

—Dile que no.

—¡Ahora sí!

—¿Qué pasa?

—Que el hombre se fué....Bien le dijo Goya que ese hombre le haría *una*.

—¿Pero cuando se ha ido?

—Anoche. Alborotó á un *bando*.... Dicen *ique* se las llevó *pa* la *suidá*.... ¿Usté conoce á Tina la que *se quería* con don Optimo? Pues esa se fué también.

—A mí ¡que rayo! Lo que me fastidia es que se fuera ese pillo sin pagarme el cuarto.

—Pues....

—¿Conque emplumó anoche?

—Y dejando revuelto el Melonar.

El muchacho explicó detalladamente los acontecimientos. Cierto reclutador de livianas había pasado por Paraiso espumando en la héz. Fuése luego arrastrándolas, empujándolas, á la última etapa de la impureza.

En tanto, en una casa en cuyo balcón se ostentaba este letrero: *Círculo de Recreo*, estaban Madeja, Crisanto y varios amigos.

Sentados en el balcón, echaban las sillas para atrás colocando los piés sobre la baranda.

—Pues sí—decía Madeja—con las debidas garantías y al uno y cuarto por ciento.

—No es mal negocio.

—Puede serlo.

—Si se amarra bien...

—A la Casa no le conviene. Si no hubiera sido por la intervención de Garduña, crea usted que no me hago cargo de esa refacción. Fué tanto su empeño que...

—¿Y los frutos?

—Los compraremos nosotros. Es un favor que queremos hacer á esa familia. Por lo demás, no carece de peligros el asunto.

—Barrunto que ese *pro indiviso* no acaba bien.

—Lo temo. Es demasiado tirante la cuerda y hay muchos gérmenes de discordia. A Sulpicio se le provoca. Es hombre de genio y verá usted como cualquier dia salta. Es verdad que tiene algunas ridiculeces de carácter poco útiles ante los negocios, pero ni su desinterés, ni su exceso de delicadeza, pueden bastar en un momento dado á contenerle. Y si se dispara....

—Es indudable que se le humilla. Leonarda le detesta con toda el alma. Es injusta.

—Muy injusta ¿Pero qué puede esperarse de una mujer tan torpe?

—Es verdad.

—El papel que imponen á Sulpicio, es muy desairado. Cualquiera saltaría. Verá usted como á la postre salta.

—Si llega ese caso....

—Si ese caso llega, sería peligroso tener fondos en poder de esa gente.

—Sin embargo, con buenas garantías....

—Gracias á ellas es que me resolví. De todos modos, hay famosas tierras que....

—Y las colindancias, sobre todo las colindancias.

—Claro, esa es una ventaja. Si un fracaso viniera, siempre los terrenos valen dinero. Luego, estando inmediato Mina de Oro á los fundos de mi casa.

—Sí, comprendo.

—Siempre cabe sumarlos, cobrar en ellos ensanchando nuestras fincas.

—¡Vaya! Hay que felicitar á ustedes entonces.

—Veremos....

Frente á una tienda de ultramarinos, habíase formado un corro de mujeres. Era una grasienta *pulpería*, relleno el vientre de surtido cosmopolita. Salazones del Canadá, carne brasileña, cerveza alemana, vermouth de Turín, fósforos daneses, vinos españoles, galletas francesas....un pandemonium acuñado en potes de lata, ostentando marbetes chillones ó ensuciando el pavimento con filtraciones de salmuera, mientras todo era envuelto y relamido por una nube de moscas oriundas de Paraiso.

En la acera discutían las mujeres entre risotadas, afilando intenciones y taladrando famas.

—¿Y qué te dijo?

—Pues nada, se puso muy séria y con aire encopetado me contestó: *gracias, yo no voy á bailes de empresa, agradezco la invitación....*

—¡Ave María, cuánto señorío!

—Luego, de cabecidura, insiste y ella volvió á negarse diciendo: *además, el abuelo está aun en cama y no puedo dejarlo....*

—Pero, para aquello pudo....¿verdad?

—Pues....

—¡Qué lenguas! Creen que eso que se cuenta sea verdad?

—¡Digo! como si lo viera. ¡Qué descaro! Al mismo medio dia.

—Calumnias.

—Los *peones* del camino no son ciegos, camarada. Ellos contaron el cuento con pelos y señales. ¿Qué hacía ella cuando el viejo se estropeó? ¿Qué hacía el otro *metío* en el callejón? ¿Qué hacían los dos..*bay?*

—Pues á mí me dijo Aguasanta que es embuste.

—Naturalmente ella la tapa. Como es su única amiga....

—Algo se le pegará á ella.

—Lo más fácil.... Aguasanta no se peina de balde. Allí, el que estará aflojando la mosca es Honorino.

—Deja estar, no será mucho. El *to* lo bota, está siempre *lampando.*

—En materia de hombres, *tos* son lo mismo. Mira sino lo que acaba de hacer don Dativo, el *pintiparao* de don Dativo,

—¿ El qué..eh ?

—Que de buenas á primeras envió una carreta á casa de Ursula....

—¿ Como con la otra ?

—Lo mismo. Mandó á buscar los muebles que le habìa regalado.

—*¿ Se dejaron....?*

—Así parece, y al abandonarla le quitó los sillones de bejuco, la cama, la tinaja...Vamos, la dejó *esnua.*

—¿ Que hombre *puelco ?* Eso, lo ha hecho ya con unas siete ú ocho.... *Paese* que compró cuatro cachivaches *usaos* ya, y con ellos conquista y después que se cansa, se los lleva *otro viaje.* ¡ Y quién le vé tan *remuyao* y tan pegajoso !....

Estalló un coro de risotadas y no dejaron hueso sano al pedagogo. Eran muchachas alegres, pobres mujeres lanzadas al remolino á quienes complacía desgarrar la piel del prójimo.

Habían aludido á Casilda pellizcando en su fama. Como la joven gastaba humillos de orgullo, sentíanse las otras humilladas. Muchas veces la hacían objeto de burlas, riendo de sus pretensiones de señorita.

En casa de Ocampo habían variado las cosas. Abatido por la sangre perdida y por las contusiones que

recibió en la carretera, pasaron muchos días sin que pudiera abandonar su miserable gergón.

Casilda extremaba su cariño. Vivía con el alma en un hilo, pendiente siempre del más pueril capricho del buen viejo.

Aquella asiduidad se la dictaba el remordimiento. ¡Ah! ella no había sido buena. Por su causa, por aquella locura de pasión que la había cegado, el pobre viejo sufría las consecuencias de la caida. Ella debía compensar el daño causado con exceso de amor y de ternuras.

En frecuentes horas de meditación ideas de ese linaje la preocupaban. Afeábase no haber sabido ser fuerte: era cierto que Honorino la quería, que de él no tenía quejas, pero ¡qué diferencia!..ya no era como antes. Él vencedor y dueño; ella caida, una como otras muchas.

Había tenido con Aguasanta horas expansivas, y esta, ayudándola á asistir á Ocampo, la animaba burlándose de sus pueriles arrepentimientos. Aguasanta era aguerrida, conocía el tránsito de aquellas desventuras. Consoló á Casilda. ¿Cómo desanimarse muchacha tan buena moza? Llorar era tonto, inútil. Le pasaba lo que algún dia debía pasarle. Lo importante era amarrar á Honorino: con un poco de gracia y de ingenio, no era difícil. Y aun en el caso de que el pájaro volara, ya vendrían mejores tiempos. Casilda reponíase con el departir francote de su amiga. Sí, ponerse pálida era tonto.

Honorino era asíduo también. Recordaba que había necesidad de *meterse la muchacha en el bolsillo* y supo amartelarse afectando constancia. La tabla de la cerca fué condenada á desplazamiento. ¿Para qué barreras? Honorino penetraba en el huerto y las citas nocturnas fueron más cómodas, más recatadas, franqueando el alero del colgadizo, caminando en

puntillas, injuriando la ancianidad de Ocampo que dormía profundamente sin que las ráfagas de amor le despertaran.

Y cuando no les convenía trasnochar, veíanse en casa de Aguasanta. Esta les ofrecía las holguras de su casita complaciente, de sus sillones amarillos, de su mesita de sala cubierta de copas y dulceras de cristal compradas en horas de abundancia al quincallero que fiara. Era un lugar limpio, aseado, con las cosas bien cuidadas para inspirar confianza y ofrecer encantos á los devaneos.

Allí iba Casilda, allí la esperaba Honorino: relativa felicidad que la joven no gozaba serena. Algo gritaba en ella con imperio, algo la enrojecía el rostro cuando llena de zozobras, viendo oscuro el porvenir, se arriesgaba por aquel trillado de mujer frágil. Sufría porque había engañado á su abuelo, porque la creía inmaculada y ella mentíale una firmeza que su liviandad habìa hecho trizas. ¡Pobre abuelo! ¿Qué diría si supiera....? Temible era aquella inquietud, aquella amargura de pecado. Si las cosas iban bien, si lograba triunfar en el asunto de la herencia, al colocarse en el pedestal de señorita, necesitaría mentir, aparentar lo que no era, esconder viejas historias. ¡Ah, sí: una señorita ambigua, tal sería su papel.

Pensando en ello derramaba lágrimas silenciosas, sintiéndose oprimida por una pena oculta, por un pesar indecible que le robaban la paz y el sueño.

Ocampo no pensaba en otra cosa que en su pliego, en su viaje, en sus proyectos. Pero nada hacía, nada realizaba. Entonces estaba impedido. Los golpes que recibió en la carretera habíanle obligado á permanecer en cama. Como si no bastáran otras dificultades, todavía esa nueva. A veces, sus propios pensamientos, le alarmaban. ¿Qué serìa de Casilda

si él muriese? La idea de la muerte sin haber tenido tiempo de cumplir su misión, le horrorizaba. Llenábase de lágrimas, oraba contrito. Una luz, una sola luz pedía para la noche de sus dudas. Debía salvar á Casilda, pero aquella eterna espera no era práctica ni útil. Perdía, perdía un tiempo precioso. ¿Qué hacer, qué partido tomar? En Paraiso todo seguia lo mismo: juez letrado no venia, persona de confianza no la encontraba. Habia personas piadosas que lo ignoraban todo y que él desconocia, y dábase cuenta, al mismo tiempo, de que muchos le burlaban teniéndole por loco, ó por impostor.

Así estaba su ánimo, cuando una noche se le entró Gil Pan por la puerta. Hiciéronle pasar á la alcoba y mientras Casilda afanábase en sus quehaceres, sentóse el visitante en el borde del lecho.

—¡Hombre.... no me diga usted nada! Esta noche he venido á saber su caida. Ya le había yo echado de menos por ahí, pero....

—Si, la gran caída. No sé como no me maté.

—¡Caramba, hombre, vea usted! Eso sí, en cuanto lo supe, dije: *déjame ir á ver al pobre viejecito*...

—Gracias, gracias....

—¿Y vamos mejor?

—Regular. Todavía no puedo valerme, todo el cuerpo me duele. Dicen que es el barrunto....

—Vaya, eso irá mejor.

—¡Dios lo quiera, que buena falta me hace!

—Comprendo por qué lo dice usted.

—¿Eh?

—Por....ese asunto.

Ocampo sintió que la desconfianza le tapaba la boca. Habíanle dicho que uno de los que tomaron parte en la intriga de Mina de Oro, fué Gil Pan. ¿Qué buscaba allí aquel hombre? Cierto era que

siempre le socorría en las calles, sobre todo después de la muerte de don Tirso, pero su aproximación, en verdad, era para inspirar recelos.

—De ese asunto....Dios dirá.

—Y apropósito....Ya que he venido á verle y ya que incidentalmente hablamos de ello, quiero darle un consejo. Soy hombre enemigo de canalladas y quiero cumplir con ese deber de humanidad.

—¿Un consejo?

—Sí, no se fíe usted de nadie, pero de nadie.

—Yo....

—No suelte usted ni aunque lo maten ese pliego que dice usted que tiene. Guárdelo....no lo suelte. Mire usted: en Paraiso, pasaban muchas *canallerías*. Si usted suelta ese documento, le arman un enredo y *volaverum*.

—No tenga usted cuidado. ¡Ah! estoy sobreaviso con las bribonadas.

—Por supuesto, á la vez de darle ese consejo le diré que del modo como lo lleva, usted, no se gana esa cuestión. Hay que....

—Si, hay que pensar....

Ocampo contenìase. Sinembargo, ocurrióle que las palabras á nada comprometen. ¿Porqué no oirle? ¿Porqué no explotarle haciéndole hablar y utilizando lo razonable que pudiera decir. Tal vez le dijera cosas en que no había pensado; acaso le inspirara ideas que á él no le ocurrieran.

—Hay que pensar, pero también hay que defenderse. Le han echado á usted los perros. Ese procedimiento que le siguen, se lo van á fallar á usted condenándole.

—¿Y qué?

—Casi nada: le condenarán á usted.

—¿Y qué?

—Pues, darán con su cuerpo en la cárcel.

—¿Y qué? De todo eso me rio. Tengo pruebas, oigalo usted, tengo pruebas más claras que la luz. Deje usted que me condenen....ya me defenderé.

—Perfectamente. Mas fíjese usted en que esos asuntos son ejecutivos. No se fie de nadie, pero defiéndase.

—¿Cómo he de defenderme si para ello tendría que soltar el pliego?

—Esas son pamplinas. Puede usted hacer valer sus derechos, los derechos de su nieta, sin necesidad de exponer los papeles.

—¡Cómo!

—Ya se que le han dicho que para defenderse debe usted soltar las pruebas. Pero le han engañado.

—De modo que...

—Sin separarse un momento de ellas, puede usted dar mucho que hacer.

—Veamos....Veamos....

—Haga usted un escrito y diríjalo á la Audiencia.

—¡Un escrito!

Y cuando así dijo, Ocampo sintióse iluminado. ¡Qué idea, qué sublime idea! Vió un horizonte. ¡Qué torpe había sido! Increpóse con enojo mentalmente. Había sido un necio, había perdido el tiempo, pero al fin, el camino estaba allí.

Gil Pan extendióse en detalles. Un escrito en papel sellado ó aunque fuera simple, llamaría la atención del alto tribunal. Este tomaría cartas en el asunto, descenderían órdenes para recibir solemnemente el depósito del pliego, serviría de firme escudo á la horfandad de Casilda. Ocampo veía claro: lo que hasta entonces fué sombra, irradió resplandores de convicción y evidencia.

Hablaron de la forma y surgió un tropiezo. Gil Pan haría el escrito, se firmaría ante tres testigos,

se remitiría en pliego certificado á su destino, pero para todo, acaso sería preciso exhumar el pliego.

—Para nada—apresuróse á contestar Gil Pan previendo el obstáculo—para nada necesitamos el pliego. En ese escrito establecerá usted formal denuncia, y cuando manos que le parezcan seguras le pidan el documento, entonces entréguelo sin vacilar.

—Sí, entiendo, entiendo perfectamente. ¡ Qué favor tan grande me ha hecho usted, qué favor tan grande !

La visita fué larga. Gil Pan explicó al ciego algunos detalles de procedimiento. Nada expondría siguiendo sus consejos. Lo que si importaba era guardar absoluto secreto. Que nadie supiera sus planes, que nadie tuviera ocasión de impedirlos. Ocampo se mostró propicio : con tal que no le exigieran los papeles, prestábase á todo, y Gil Pan insistía siempre en que no hacía falta la gran prueba hasta el momento en que la Audiencia se incautára de ella. Entonces ya no habría temor.

Discurrieron minuciosamente sobre el proyecto. Gil Pan, conociendo á fondo á ciertas gentes, dijo que era peligroso que Casilda se enterára del secreto, mas Ocampo garantizó firmemente la discreción de la joven. El otro adujo razones, expuso dudas: ella podía de inocentona caer en algún lazo pérfido. Estuvo á punto de revelarle los galanteos de Honorino á la chica, cosa pública en Paraiso, pero reprimió su intento por temor á que, averiguando el joven la delación, le creára ante Garduña una situación difícil. No, él procuraba llevarse siempre bien con el gran hombre, su amigo, su compañero, á veces su socio en ciertos asuntos. Si se resolvió á combinar por su cuenta el negocio del pliego, fué pensando siempre en la reserva, en una gran reserva que no

le creára antagonismos y disgustos. Si Casilda revelaba á Honorino su intervención, quedaríale el recurso de decir que sus aproximaciones al viejo eran con la intención de favorecer los planes de Garduña. Denunciando al ciego los amores de Casilda, las consecuencias podrían ser otras: un alboroto acaso, una gran alarma del ciego. Espantaríase la caza.

Así pues, nada dijo de los amores. Repitió la necesidad del secreto y Ocampo arriesgóse á responder que no había peligro en que Casilda conociera los planes en perspectiva.

Al marcharse Gil Pan, el anciano sintióse feliz. Una alegría inocente, generosa, le dilató el semblante aliviándole la agudeza de los dolores. Creyóse tocando ya la realidad durante tanto tiempo perseguida.

El visitante fuese contento: su plan prosperaba. Teniendo en su poder la instancia que elevaría á la Audiencia el ciego, poseería un ariete, un arma terrible, con la cual obligaría á Garduña á contar con él haciéndole partícipe de las ventajas, colocándose además en condiciones de hacer la ley á Leonarda. ¡El gran proyecto! Mentalmente contábase ya copartícipe: dos, tres, cuatro mil pesos, produciríale la ingeniosa combinación. Claro está que el escrito de Ocampo no iría jamás á la Audiencia: él quería tenerle para esgrimirlo como una amenaza. Una vez logrado el *pico* le rompería en mil pedazos.

Casilda habíase enterado á medias de la entrevista. Cuando el abuelo le reveló el nuevo plan, quedó encantada. ¿Cómo no les había ocurrido antes tan sencillo medio? Y pensó que sus dudas acerca de la insuficiencia del anciano para defenderla eran justas. Alguien menos receloso, màs dispuesto, más conocedor de tales asuntos, haría por ella lo que el buen viejo con toda su buena intención no lograría

hacer nunca. Recordó que Honorino habíale dicho otro tanto varias veces, pronosticando un mal resultado ante la desconfiada ignorancia de Ocampo. De ese modo, al saber de lo que se había tratado en la visita, alegróse mucho, llenándose de esperanzas, y cuando oyó las reiteradas recomendaciones de reserva que le hizo el abuelo, dióse cuenta de que eran razonables. A nadie, ni á su almohada comunicaría ella tales noticias. Ni al mismo Honorino, porque como él era de la familia de Mina podría írsele la lengua y llegar á conocimiento de los usurpadores de su fortuna, propósito que alentaba. Silencio, mucho silencio; ni su novio sabría una jota de aquello.

Algunos dias después, balanceándose en los sillones de Aguasanta, hablaron los jóvenes. Honorino se mostraba cada dia más insinuante en lo referente á las pretensiones del pliego, y ella, por su parte, escuchábale cada vez con menos recelo,

—De tal modo están las cosas—dijo Honorino acariciándola—que casi, casi estás en el deber de tomar bajo tu custodia esos papeles.

—¿Con qué objeto?

—Porque si el asunto sigue por el camino que lleva, tu abuelo ingresará en la cárcel y entonces.... ¿crees que ha de llevarse consigo el papel? Te dejará sola.... Eso sería lo de menos porque estoy yo aquí, pero tendrá que dejar en su escondrijo documento tan importante, ó llevársele encima, lo que daría por resultado que en los registros que hiciesen en la cárcel, le echáran manos.

—¿Sería eso posible?

—Como lo oyes. Piensa en ello con calma: te veo en peligro.

—Lo que te digo es que me matan esas cuestiones. No vivo tranquila. No quisiera ni hablar de esos enredos.

—Las circunstancias te obligan, por el contrario, á pensar en ellos. Yo en tu caso...

—¿Qué?

—No te extrañen mis consejos. Aunque nuestros intereses estén encontrados, para mi antes que nada eres tú. Créeme: tu suerte me interesa.

—Y decias, que....

—Vamos á ver: ¿por qué no ideas un medio para asegurar ese documento que suponeis tan importante?

—¡Asegurarlo! ¿No lo está bastante?

—Pues.... guardarlo.... ¿entiendes?

—El abuelo tiene buen cuidado de esconderlo, ¡vaya!

—¿Y la cárcel? Eso, eso es lo grave.

Quedóse ella pensativa. Lo que el joven acababa de decir era razonable. ¿Cargarìa su abuelo, donde quiera que fuera, con el pliego? Todo aquello era obscuro, indeciso. A través de las esperanzas, no veía un camino franco, seguro. Pensó entonces en los planes de Gil Pan: ¿y si antes de intervenir la Audiencia, encarcelaban al abuelo? ¿Qué debería hacer ella en tal caso? ¿hacerse guardadora del tesoro ó confiar en alguien? De todos modos su situación de mujer inexperta era peligrosa al èxito de su causa.

—Desengáñate—continuó el joven—necesitas una persona que se interese por tí, un amigo, alguien que te ame y no sea capaz de engañarte. Al viejo le arreglarías facilmente: con decirle que el documento está en su sitio digo, si es que no le lleva encima....

—No, pero lo guarda bien, te lo aseguro.

—Pues con decirle que está donde él lè puso, le tendrías arreglado. Creeme: yo tu me apoderaría de los papeles, los guardaría, se los fiaría á....

—No, no, imposible.

Ella recordaba siempre las esperanzas concebidas con los proyectos de Gil Pan. Honorino tenía razón: su pobre abuelo no la sacaría avante. Más, entonces, lo que convenía era esperar el resultado de la instancia. Experimentó tentaciones de ser franca, de referir a Honorino las visitas y los consejos de Gil Pan y los propósitos acariciados por su influencia. Prometió al abuelo callarlos, ser discreta; repugnábale fartal á su promesa, pero como suponía que conociendo aquellos detalles quedaría Honorino convencido de lo importante que era en aquellos momentos esperar, viose acometida de vacilaciones.

—Convéncete, lo que te digo es lo razonable, lo práctico, el único camino que tienes.

—¿El único?

—Si, no hay otro. Eso en el caso de que don Tirso te reconozca en esos papeles y te deje algo. Si así fuera, algún provecho obtendrías. Sobre todo á la altura en que están las cosas. El juez ha intervenido el testamento hecho ante notario, las cosas están arregladas y en marcha, y lo hecho es inconmovible. Agrega á eso la causa por injurias que á tu abuelo se sigue. Vamos, estáis divertidos. Solo teniendo á la vista ese pliego es que acaso pudiera hacerse un arreglo. Lo repito: es el único recurso.

—¿Crees que no haya otro?

—No.

Casilda no podia contenerse. ¡Había otro, otro medio poderoso con el cual vencerían! Impacientábase al tener que guardar el secreto. Honorino quedaría convencido si ella hablaba, porque lo probable era que no le hubiera ocurrido la idea que les dictó Gil Pan. ¿Para qué seguir callando? Siendo franca, el joven abriría los ojos, descubriria nuevos derroteros. Un atolondramiento pueril acabó por

decidirla á decirlo todo. Hablaría: el joven la amaba, encargaríale reserva. ¿Quién mejor que su prometido secundaria sus proyectos?

—Mira—dijo—yo también me figuraba que el único remedio seria entregar esos papeles, pero no, hay otro....

—¿Otro?

—Si ¿Conoces á Gil Pan? Pues....

Y lo refirió todo. Dijo que Gil Pan habia intervenido; que les habia inspirado la idea de hacer una instancia reveladora de los sucesos y de la existencia del pliego; que en aquellos días habíase llevado á cabo el proyecto, dando el abuelo idea general del contenido de los papeles y redactando Gil Pan la instancia que suscribió el mismo á nombre del ciego; que por último, la instancia habíasela llevado Gil Pan con objeto de remitirla á la Audiencia. Honorino sorprendióse al escucharla. Cómo! ¿Gil Pan habia intervenido? Reconcentró sus ideas.... Aquel hombre conocia el asunto, estuvo siempre al lado de los Mina, secundaba los planes de Garduña.... ¿qué alcance tenia su intervención? La duda le hostigó sin que pudiera resolverla, y entonces dióse á pensar que lo que Gil Pan quería era apoderarse del pliego, que tamaña proeza era á él, á Honorino, á quien correspondia, que era posible que Garduña desconfiando que lo lográra, hubiera echado á Gil Pan detrás del mismo objeto. No, él y solo él debia apoderarse de la presa.

—¡Gil Pan!—dijo mostrándose alarmado—Lo que ese quiere es quitarte el pliego. ¡Pobre de tí si fias en él!

—Pero....

—Te engaña, engatusa á tu abuelo. Eso de la instancia es un pretexto; irá poco á poco insinuán-

dose hasta que *empuñe*. No seas boba Casilda, no seas boba.

—Es que no entregaremos los papeles sino á quien nos diga el tribunal.

—Os engaña.

—¡ Válgame Dios !

—Y te fastidiarás, porque no oyes mis consejos, porque te ciega la desconfianza, porque no acabas de entenderme.

—¿ Qué hacer entonces ?

—Mira : tu abuelo decididamente no sirve para el caso, cualquier cosa que le propongas, la desechará por desconfianza. Debes obrar por tu cuenta, sin que él se entere de tus actos. Y debes obrar así porque de ese modo salvas á tu abuelo del proceso y arreglas la cuestión.

—Pero ¿ de quién valerme ?

—No debiera decírtelo yo...debiera ocurrirte á tí misma. Si escuchas mi consejo, apodérate del pliego, guárdalo y...

—¿ Y luego ?

—Luego...dámelo.

—¿ Qué harías tú, ¿ eh ?

—Con él sería capaz, por defenderte, de chocar con todo el mundo, hasta con mi madre. Vería á Garduña, nos convenceríamos todos de la verdad, se sobreseería la causa que se sigue á tu abuelo, y vamos, te daríamos una suma de dinero que te enriqueciera.

—¡ Ah, Dios mío ! ¡ Qué cosas, qué cosas tan terribles pasan !

Y por aquella vez la joven no cedió. A los pocos dias, después de largos comentarios, Honorino planteó resueltamente el problema. Casilda estaba obligada á apoderarse del pliego, à entregárselo á él, á esperar de sus gestiones el éxito.

Casilda palideció al escucharle. ¡Cómo! ¿Después de haber ofendido al pobre viejo con su dudosa conducta, después de haberle empujado para que cayera en la zanja, iba también á convertirse en ladrona, á robarle? No, eso no...

Argüía Honorino que las cosas debían pensarse friamente, sin exageraciones, sin pasión. Tal vez apareciera ella cometiendo una mala acción, pero fijándose bien, resultaría cumpliendo un deber.

Ella no veía del todo claro aquel deber, aunque sentíase inclinada á aceptarle. Lloró amargamente sin que bastáran los consuelos de su amante. Apremiada luego á resolver, reaccionó con energía negándose rotundamente. No, de ninguna manera.

El, sin poder dominar el enojo, mostróse irritado y acabaron por reñir. Ella firme, resuelta; él decidido á no ceder. Dióse por ofendido: lo que ella hacía era dudar de su buena fé, de su honradez ¡Valiente amor el suyo, que así lo injuriaba! Quien ama, no exceptúa, confía ciegamente. Debía ella escucharle, dejarse llevar por sus concejos. Además, ella hablaba muchas veces de matrimonio: ¿cómo casarse el joven con un muchacha del pueblo? Era urgente que ella subiera á lugar más alto de la escala social, que fuera persona decente, que adquiriera recursos. Por su causa, los sueños del porvenir se harían imposibles.

Riñendo y haciendo paces, pasaron muchos días Honorino, enojado, ni aun procuraba ver á la joven. Luego intervino Aguasanta.

—¿Sabes por qué se enfada Honorino?—decía ésta—No porque tú en tus asuntos hagas ó no lo lo quieras, sino porque tu negativa la toma por desconfianza, como ofensa....

—¿Pero qué tiene que ver...?

—Ya lo veo, hija. Que quieres: los hombres son así. Yo en tu lugar....no dudaba.

—Es demasiado lo que me exige.

—Sufres porque quieres.

—Oye: dile que vaya esta noche por tu casa: yo iré allá. Hace diez días que no nos vemos y, te lo juro, yo no puedo vivir sin verle. Si se negára á ir, dile....dile que esta noche tal vez me convenza.

Viéronse aquella noche y de nuevo la paz encalmó los ánimos. Entre Honorino y Aguasanta vencieron los últimos escrúpulos. Que no fuera tonta, que no hiciera simplezas: lo que el joven quería era por su bien, por el bien de su novia.

Cuando se separaron, Casilda estaba resuelta. Sustraería el pliego aquella noche y Honorino á las doce la esperaría en el huerto. Daríale el documento, le complacería, y que hiciera él por salvarla.

Al regresar á su casa iba meditabunda. Halló al ciego dormitando en la tarima que le servía de lecho. Despertóse al entrar ella.

—¡Caramba!—dijo—Mucho tardaste en la botica O tu andas despacio ó allá son perezosos para despachar recetas de pobres.

—Es tarde sí....me entretuve. Son las diez. ¿Quiere la untura ahora?

—Sí, por Dios, ahora. Te esperaba como al santo advenimiento.

Procedió ella á friccionarle el dolorido cuerpo. Con las manos llenas de grasa calmante untábale los lugares contundidos, mientras el se quejaba. Tenía ella la imaginación muy lejos de lo que hacía y maquinalmente obedecía cuando el anciano le indicaba los sitios donde el dolor era más recio.

—Ahora, duérmase, abuelito. Es tarde y no debe desvelarse.

—¿Y tú?

—Yo tengo que bañarme todavía. No se ocupe de mì.

—Pero no trasnoches, que á veces te estas hasta *las tantas* cosiendo. Duerme hija, duerme. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

A poco, dormía con ruidosa respiración y ella desnudándose, destrenzose el cabello y se metió en el cubo.

Como siempre, quedó impresa en el muro su sombra femenina. Aquella móvil sombra de contornos suaves, de magníficas líneas, grabóse allí como fantástica silueta de un sueño. Al bañarse, el agua resbalaba sutil, cayendo en hilos delgados ó en gruesas gotas, derramándose fuera del cubo y formando en el terroso pavimiento riachuelos caprichosos que se detenían empozándose ó se precipitaban por los desniveles.

Aquellos baños no le parecían entonces tan deleitables. En otra época sentíase más feliz en su bañera. Antes, cuando se refrigeraba, contemplábase con orgullo, con vanidad de perfección; entonces, no se amaba tanto á si misma, ingratos recuerdos la entristecían empequeñeciéndola á sus propios ojos. Casi se despreciaba, casi se creia fea.

Aquel baño fué lento, calmoso, siguiendo ella el rumbo penoso de sus pensamientos, vigilando al ciego para ver si dormía.

Un momento hubo en que quedóse inmóvil... Allí, debajo de la cama del abuelo, veíase un lugar en que estaba removida la tierra. Era el escondite, era la cripta del pliego. Contempló aquel sitio con fijeza de estátua y en aquella actitud, en completa desnudez, con el cabello ondulante cayendo sobre la espalda á capricho, parecía una figura artística colo-

cada por un artífice en el centro bullicioso de un surtidor.

Salió del cubo, vistióse rápidamente, acercóse al lecho de Ocampo y le observó fijamente.

Dormía profundamente. Ella, convencida y procurando no hacer ruido, apagó la luz.

La obscuridad le dió alientos...Fué encorbándose lentamente sosteniéndose en la punta de los piés y quedó casi acostada en el suelo. Temblorosa, fría de emoción, conteniendo el aliento, metióse debajo de la cama. Latíale el corazón con tal violencia que le entrecortaba el aliento.

Comenzó á remover la tierra procurando ganar en silencio lo que perdía en tiempo. Ella había hecho aquello mismo otras veces, mas, entonces, el abuelo la autorizaba á escarbar para poder oir de nuevo la lectura del documento. Aquella noche era distinto, él ignoraba el trasiego, la intención de la traidora zapa. Tal linaje de ideas, agolpábase en la frente de la joven, pero seguía escarbando bajo el imperio avasallador de Honorino, ante cuyo enojo morirá de dolor y de infortunio.

De pronto, escuchóse ruido: el viejo habíase vuelto en la cama y las tablas crujieron. Casilda salió precipitadamente de debajo de la tarima y luego, reportándose, esperó. ¡Qué susto! Imaginó que el abuelo había despertado, que la detenía iracundo asiéndola por la falda del vestido....No fué nada, un acomodamiento de dormido, un cambio casual de postura.

Repuesta, volvió á su faena. Quiso abreviar: algunos arañazos aún en la granosa tierra y todo quedaría terminado. Trabajaba con torpeza, yerta como si el sol no hubiera ardido sobre ella en mucho tiempo, fatigada por el violento chocar de su corazón tumultuoso. A veces, deteníase; un arrepentimiento

fugaz apoderábase de ella, pero, al instante, se disipaba el impulso y seguía. No, Honorino la esperaba, aquel era su gusto, su deseo, urgía complacerle, todo era para defenderla en su horfandad, débil, abandonada, infeliz. Y continuaba con nuevo ahinco.

Al fin tropezaron sus dedos con el pliego. Lo guardó en el seno y volvió á colocar la tierra en el hoyo abierto.

Levantóse, procuró tranquilizarse, abrió la puerta del huerto y salió. El aire de la noche serenó sus terrores, pero los pensamientos bullían en ella produciéndola dolorosas inquietudes. Unos momentos más y estaría en manos de Honorino el famoso pliego, aquel importante amuleto tan tenazmente defendido, llave de una fortuna, amenaza para una jauría de malvados. ¡Y era ella, Casilda, la parte más interesada, quien lo sustraía y lo arrojaba á las eventualidades y los peligros! Luego, el robo, el culpable robo, la iniquidad de ser pérfida: hacíase cargos á sí misma, juzgábase desleal y traidora comprometiendo la paz de su abuelo, martillando su propia dicha.

De otro lado, ideas distintas la consolaban En manos menos cobardes aquel documento sería útil. Honorino la amaba, había jurado ser su esposo, ella era suya, completamente suya ¿por qué dudar?

Llegó al fin Honorino. Metióse por el hueco de la tabla rota y husmeó en la obscuridad.

—Aquí estoy—dijo Casilda.

—¿Y eso..?

—Tómalo....ahí lo tienes....te saliste con la tuya.

Y rompió á llorar, mientras él, atrayéndola con una mano, guardaba con la otra el pliego en el bolsillo interno de su gabán.

—Pero, hija ¿qué es eso?....Parece que se ha muerto tu madre.

—Déjame llorar.

—No, no quiero que llores; quiero que entiendas que todo esto es por tu bien.

—¡Si no lo dudo! Pero el corazón me dice que soy una mala mujer, sí, muy mala.

—Eres una solemne bobalicona.

—¿Qué pasará cuando mi abuelo se entere?

—No necesita enterarse, Antes de que él se dé cuenta de que esos papeles no están en su sitio, estará todo arreglado, listo....Al contrario: te dará las gracias.

Luego las caricias favorecieron el efecto de las palabras. Casilda sonrió al fin... Sentíase besada, oprimida por varoniles brazos, envuelta en protestas de amor y ternura.

Procuraron no hacer ruido, y protejidos por el sereno sueño de Ocampo, revivieron la dicha de amarse en expansiones de juventud y vida.

VI

Leonarda que había pasado un serio disgusto, fué á desahogar sus penas á casa de Catalina.

Asuntos de Mina de Oro la exasperaban y trató de indagar el parecer de Sulpicio, porque apesar de las discordias, reconocíasele suficiencia en los apuros.

—Es preciso que tome usted la iniciativa.

—¿Yo, señora?

—Sí.... Pertenece usted á la familia y por lo visto se nos lleva por mal camino. Garduña....

—¡Ah!.... ¿es de Garduña de quien se trata?

—He tenido noticia del negocio que ha cerrado con P. Madeja y Ca. Con el poder que le dimos, hace y deshace sin que me consulte ni me participe sus resoluciones. Al quejarme, contestó que las mujeres no entendemos de negocios, que cuando falta dinero se busca donde le haya. A lo que parece la escritura de refacción con Madeja, nos obliga á sacrificios y obligaciones increibles. Yo quisiera que se ocupára usted de eso: es usted marido de mi hija y....

—De suerte que después de dar á ese hombre la carne, quiere usted darme á mí los huesos... ¿verdad?

—No tengo la culpa de que nadie me ayude. Honorino es un loco....

—Comprendo perfectamente: llegado el apuro,

sacamos los trastos del desvan. Resulta, pues, que ahora yo sirvo.

—No tengo la culpa que nos tenga usted tan poco afecto. Como quiera que sea, resulta que la *hacienda* está empeñada, que la cosecha ha sido malísima, que según dice Garduña, ni las contribuciones podrá pagar....

—Era de esperar....

—....y por fin, que no hay recursos; razón por la cual ha sido forzozo buscarlos.

—Muy bien. Y además, que se han obtenido esos recursos esclavizando los azúcares al precio impuesto por un prestamista que ha facilitado el dinero mediante una escritura de acero, con intereses enormes que serán capitalizados por semestres.... ¡Muy bien! Ahora no se dirá que Sulpicio es mal pensado y díscolo.

—Lo que más me mortifica es que ese hombre apenas cuenta ya conmigo. En estos asuntos procede rendir cuentas, legítimas cuentas, y él....nada.

—Se cumplen mis profesías.

—Y usted debiera....

—Yo, señora, no *debo* nada. Quise cumplir mis deberes y tuvo usted á bien considerarme enemigo: hoy que la situación se complica, que vamos acercándonos al punto que temí, nada puedo hacer. Los asuntos de esa ruidosa herencia van pésimamente encaminados y entre los muchos disgustos que nos prometen, surge la cuestión de Ocampo que puede poner en tela de juicio nuestra honradez.

—¿Con que es decir?....

—Digo que la tela de araña está habilidosamente tegida.

—Ocampo es un calumniador.

—Eso no está probado.

—Y si tiene efectivamente papeles que le dejára Tirso, no tienen valor ante la ley.

—Esa consideración será buena para acallar lo que de nosotros se diga, pero no basta para satisfacer nuestra conciencia.

—¿Y qué tiene que ver eso? Lo qué importa es el sistema que sigue Garduña en su administración, en la que parece único dueño de todo. Saber lo que debemos hacer, es lo que me preocupa.

—Un solo recurso queda.

—Veamos.... Vine á verle para que acordemos lo que proceda.

—El trance es desagradable para mí. Soy entre ustedes un extranjero. Diré sin embargo, lo que pienso. Lo que la sucesión de Mina debe hacer, es lanzar por el balcón á Garduña, quitarle el poder.....

—¡Ah!—eso no....

Leonarda se opuso con viveza: las palabras de Sulpicio la alarmaron. El fantasma siniestro de aquella noche la asaltó de súbito. ¡Imposible! Dar la batalla á aquel hombre equivalia á decirle: *habla, vocifera por todas partes que Tirso estaba muerto y yo, su hermana, lo sabía....* Ante aquellos temores que la helaban de espanto cada vez que se levantaban en su recuerdo, considerábase débil, impotente, entregada al otro, á la voracidad de aquel cómplice que siendo el principal agente de la intriga, tuvo bastante astucia para no figurar en ella ni siquiera como testigo. Leonarda sufria con frecuencia el asalto de tales ideas. Garduña habíala empujado por aquel camino que presentó fácil á sus ojos, la había enredado en los hilos de la farsa, mientras él quedábase en la sombra, ileso, sin temor á compromisos, sin responsabilidades, apareciendo sin papel en la comedia. El recurso propuesto por su yerno para detener

á Mina de Oro en el plano inclinado en que se hallaba, le pareció inaceptable.

—No, de ningún modo—continuó—No debemos irritar á ese hombre.

—¡ Irritarle ! ¿ Qué me importa á mí que estalle ? ¿ Qué teme usted ?

—Como nosotros mismos le ingerimos á nuestros negocios, acaso...

—Acaso, al lanzarle de nuestro lado, eche manos del ciego ¿ no es eso ?....

—Seamos prudentes.

—De ese modo esgrimirìa sobre nuestras cabezas las pretensiones del ciego. Claro, no se me oculta, mas eso tiene un remedio.

—¿ Un remedio ?

—Antes debo hacer á usted una pregunta. ¿ Qué opina usted de Ocampo ? Ya sé que le tiene usted por impostor, lo que pregunto es el concepto que en el fondo de su alma le merece su causa. Nada de ambigüedades : sea usted sincera,

—Opino que miente.

—No estamos de acuerdo. Creo que dice la verdad ; creo que su hermano de usted dejó en sus manos disposiciones testamentarias de indiscutible legitimidad ; creo que el otro testamento fué otorgado....

—¿ Qué..?

—...cuando, delirioso y moribundo no tenìa don Tirso albedrìo bastante para imprimir á sus actos el sello de su voluntad libérrima.

Leonarda palideció ; otra vez la acosaba el miedo. Terrible era aquello : en cada momento de la vida, temer que las sombras se desvanecieran, que fuese descubierta la verdad. Sulpicio nada sabìa, pero le preocupaban sospechas de algo ambiguo.

—Y bien, sepamos el remedio.

—Buscar á Ocampo, leer ese pliego, cumplir la voluntad de don Tirso, allanarlo todo haciendo una transacción. De ese modo, con la conciencia tranquila, pueden los Mina continuar gozando de buena parte de la herencia y la hija de su hermano poseer lo que en justicia le pertenece.

—¿Pero qué se propone usted con todo eso? El remedio empobrece más nuestros haberes. Nos quejamos de que el capital sufre perjuicios y no le ocurre á usted otra cosa que desmembrarlo. ¡Me gusta la salida! Siguiendo su consejo la situación del Ingenio no mejoraría y Garduña...

—Siguiendo mi consejo, cambiaríamos radicalmente la faz de las cosas y Garduña quedaría virtualmente vencido. En el arreglo le dejaríamos fuera y quedando los bienes mejor definidos, mejoraban. Cuanto á Mina de Oro, en otras manos...

—¿En qué manos?

Una sonrisa maligna contrajo el semblante de Leonarda. Era la sonrisa de siempre, una mueca malévola dibujada por la desconfianza, un indicio irónico de la insidia que elaboraran en lo interno los malos pensamientos. Al escuchar á Sulpicio formó como de costumbre un juicio injusto, desfavorable á sus buenas intenciones. Sí, lo que él quería era manejar las riendas, acapararlo todo. ¡Buen avance! Con ello no se haría más que cambiar de amo.

Sulpicio comprendió una vez más, la injusticia con que era juzgado. En las sonrisas de Leonarda leia siempre que entre ellos las soldaderas eran imposibles.

La entrevista fué infecunda. Calmó Leonarda la desagradable impresión que el empréstito de Madeja le produjo, y Sulpicio, indignado, juró no volver á desplegar los labios.

Cuando Honorino salió del huerto de Casilda llevando el pliego en el bolsillo, siguió á lo largo la calle del Melonar. Iba contento, ufano, radiante. En el fondo de su bolsillo llevaba la rueda catalina de la cuestión de Mina de Oro, y era él, él mismo, quien había logrado apoderarse de ella obteniendo de paso los favores de una guapa chica. ¡Ah!...él era mucho hombre! ¡Qué orgullo cuando al dia siguiente, llegára al despacho de Garduña y le diera la presea! Porque él iría cuanto antes á ver á Garduña y con aire indiferente, como quien levanta un peso enorme sin que se le comprenda el esfuerzo, le diría: *ahí tiene usted eso.* Y el abogado lleno de asombro aplaudiria su hazaña, y él desdeñosamente diría: *¡Bah, esa no es empresa difícil para un hombre como yo!...*

Esos pensamientos le envanecian mientras caminaba por el centro de la calle.

De pronto oyó rumores.... A través de un lienzo que servia de cortina en la puerta de una casa, veianse claridades desusadas en aquel lugar y á aquella hora. Por el ambiente poco denso de la noche difundianse los ruidos y el joven pudo oir entre risas y murmullos, palabras distintas y frases enteras.

—Oye tu, Plácida—decia una voz—No me vengas con carocas, que aqui el que más y el que menos sabe jugarse el sol antes que salga. Déjate de papeles y la misa dígala el cura.

Una voz femenina contestó, pero con diapasón tan débil que no pudo apercibirse lo que decia. Luego oyóse la misma voz de antes.

—¡Mire usted conque gaita me sale! ¡Quita allá hipocritona. ¿Por qué vá la vieja á la casa de monedas... por lo que se la pega. No me vengas con

pulcritudes porque entre santa y santo, pared de cal y canto...

Honorino detúvose frente á la casa alegre. Reconoció la voz de Dativo y en el coro de risotadas pudo también reconocer á otros amigos.

Sin sorprenderse comprendió que en aquella casa devertíanse algunos trasnochadores y como en Paraiso era cosa corriente penetrar sin ser convidado, donde hubiera fiesta, levantó la cortina y entró en la casa.

Su presencia levantó un vocerío. ¡Como, uno más con quien no se contaba! Algunas muchachas celebraron el ingreso, hiciéronle lugar en torno de una mesa donde todos cenaban, recibiéronle como á un veterano aguerrido en la lucha.

Reinaba allí una disipada alegría, agrupándose en torno de la mesa unos cuantos sibaritas y mujeres complacientes. Estaban allí, Dativo á quien gustaba divertirse sin escándalo; Pedro Madeja decidido por aquellos belenes siempre que fueran entre gentes discretas; Salobral hombre resuelto para todo, y además Casapica que comía y bebía sóbriamente en privisión de una apoplegia. Con ellos estaban algunas jóvenes valerosas, dispuestas á reir.

Sobre la mesa, en una bandeja de madera, humeaban manjares de un color verde intenso. Parecian empanadas opresas entre ligaduras. Cortábanse estas, deshaciase el envoltorio que tenia cien vueltas y aparecia dentro el apetitoso manjar, con aspecto de hojaldre ó de arrozada, sofrito ó salcochado y lleno de pasas, aceitunas y alcaparras. Haciase agua la boca al percibir el aroma de aquella comida en cartuchos.

Tratábase, pues, de una cena preparada á intimo escote en las callejuelas del Melonar.

Honorino hizo honor á la cena. Dando expansión

á su carácter frìvolo, fuerte en aquel género de diversiones, fué pronto el héroe de la noche. Para todos tuvo sátiras, bromas pesadas, epigramas irrespetuosos. Dativo, sobre todo, fué blanco de su buen humor. Este contrariado primero por la presencia del joven, acabó por tolerarlo y reir también. Todo era allí atolondradó, estrepitoso, libre, con libertad de bestia alzada, con disipación de bacante. Destapábanse botellas que inundaban los estómagos con ingestión irritante. Bebióse mucho *brandy*, mucha cerveza y ginebra y rom y vino de Jerez. En todas las manos humeaban los cigarrillos y en todos los semblantes daba brochazos rojos el alcohol. Este, imperando, lo avasallaba todo, favoreciendo la expresión de insignes tonterías y necios comentarios. Creyérase que la decencia habia quedado en el umbral de la casa.

Toda la noche duró la alegría. Muy tarde, cerca del alba, comenzó á decrecer la animación. Las botellas estaban exáustas y las cabezas llenas. Uno, echado de codos sobre la mesa, aun reia de las explosiones del buen humor; otro, acurrucado en el asiento, cabeceaba como lacayo de rico; otro más, hizo almohada de la falda de su vecina; en los rincones, tres ó cuatro desplegaron la tienda del sueño, bajo la estuporosa influencia de una activa digestión y de un agotamiento de fuerzas. Otros, por fin, desfilaron....

Dativo, que á las siete de la mañana debia hallarse en su tarima de dómine, en su sitial de director de la infancia de Paraiso, fuése haciendo esfuerzos por sacudir la modorra de plomo que le embargaba. Honorino, recordando de pronto el tesoro que llevaba en el bolsillo, tomó la resolución de marcharse. Ambos salieron soñolientos, rojos, hastiados, con hastìo de placer colmado.

Era casi el alba. Dativo, con paso desigual, siguió una calle recta y se perdió en la sombra; Honorino caminó una manzana, dobló una esquina y detúvose de pronto.

El aire del cercano amanecer hizo sobre su cuerpo, saturado de alcohol, inesperado efecto: una opresión ansiosa, bascas, sudor copioso, vértigos. El heredero de Mina de Oro estaba ébrio.

Así, un traspiés tras otro, discurrió callejuelas y encrucijadas. Tenía conciencia de su estado, pero sentíase movido á tan grande hilaridad, que de buen grado, á no impedirlo aquel resto de conciencia, hubiera detenido su paso de barcarola y reido, reido eternamente, con carcajada franca y expansiva, aunque despertára al vecindario, aunque le hicieran coro en torno para contemplar su risa de hombre feliz ante el gigante de los chistes.

Caminando así, pasó frente á una casa cuya puerta abríase en aquel momento. Un hombre salió de ella disponiéndose á montar en una cabalgadura que esperaba en el arroyo.

Al pasar Honorino miróle aquel hombre con curiosidad, y reconociéndole exclamó:

—¡Esto es ya lo último, desvergonzado!

—¡Calle! ¿Y usted quién es para....?

—Te olvidas de tu clase y de tu nombre....

—¡Ah, vamos!... Tu eres Sulpicio....

—¿Dónde has pasado la noche?...¿por qué trasnochas?

—Por la misma razón que tú, preguntón.

—Yo me levanto ahora, cuando tú ni aun te has acostado. Voy á mi trabajo, à una mensura, y tù no puedes tenerte en pié y apestas á cerveza y das asco....

—¡Una cana al aire, chico!...

—¿Dónde vas ahora?

—Pues...¿adónde he de ir?...á mi casa.

—No llegarías á ella ¡imbécil! Te expones á caer en la calle, á que te encuentren las cocineras dormido en la cuneta.

—Déjame en paz....no fastidies, hombre....

—No, entra. Quédate en mi casa y por lo menos oculta tu verguenza.

Y lleno de indignación, metióle à empujones en la casa, mientras con asco en el semblante murmuraba á media voz:

—¡Entre qué gentes me he metido!

Sulpicio ocupaba toda la casa: en el piso alto las habitaciones de la familia, en los bajos la sala de recibo, el comedor y el escritorio que estaba lleno de libros, de planos y de instrumentos de geometría.

A esta última habitación fué conducido Honorino y allí le arrojó Sulpicio para que durmiera la borrachera.

—Oye, tú— dijo acomodàndose—A mí no me vengas con desahogos porque no tengo genio aguantón..¿oyes?

—Duerme ahí, mentecato. Podías siquiera tener el rubor de ocultar tus vicios, ya que pasas las noches entregado á porquerías.

—¿Qué sabes tú? Ya...ya quisieras tú haber hecho anoche tanto bien á la familia como yo se lo hice.

—¿A la familia?

—¡Vaya!..

Honorino lanzó una carcajada estúpida, extrajo del bolsillo el pliego y mostrándolo á Sulpicio, continuó:

—Sí, un gran bien. Mira esto....¡La mar, chico, la mar! ¡Esta sí que ha sido de *pepé y dobleú!*

—Pero ¿qué es eso?

—¿Esto...esto?..Pues nada: un papel..¡No!..

¡ Líbrete Dios de arrancármelo !..A mí me toca levárselo á Garduña. Ni á tres tirones lo cedo á nadie.

—¿Qué diablo estás diciendo? Déjame ver ese papel....

—No....me lo guardo otra vez...así...

—¡ Vamos, dámelo !...

—Te digo que no..¡ porra ! ¡No faltaria más, hombre ! No renuncio al gustazo de entregarlo yo mismo. ¡ Quítate, déjame dormir !..¡ Quién le hubiera dicho á don Tirso esto ! Me dan ganas de reir cuando pienso en la cara que va á poner Ocampo el dia que sepa que le han birlado sus... sus papeles...

Y cayó en sueño profundo. Tendido en el sofá, desordenado el traje, en la innoble laxitud del beodo, convirtióse en masa irresponsable, en carne de bestia derribada por la gula.

Al escuchar las últimas palabras, Sulpicio quedó suspenso de sorpresa. ¿ Qué decía? ¿ Qué dió á entender aquel estúpido? Arrojóse sobre él, registró sus bolsillos, extrajo el pliego, lo sacó del sobre, leyó....

Un oceano de ideas desbordóse en él. ¡ Era cierto ! ¡ Don Tirso había testado y ellos trataban de burlar su voluntad de moribundo ! ¡ El infeliz murió rodeado de enemigos que oponían obstáculos á sus deseos, que le extrajeron la llave de la caja, que le obligaron á otorgar un testamento en contra de sus propósitos. ¡ Qué escarnio de la moral y del honor ! ¡ Y ellos, los falsos herederos ; ellos, los cómplices de aquel despojo !

No habia tiempo que perder....Una ola de dignidad subió hasta su pensamiento, una corriente de energia descendió hasta sus brazos. Trató de dominarse. Imponíase gran cautela, mucha calma : la

prudencia es reflexiva, la fortaleza es metódica. En asuntos de tal género debía procederse con tiento. Nada de alarmas, nada de ruidos...caería sobre la presa en silencio. Tenía aquella mañana el compromiso de practicar una mensura; la hora era desusada; detenerse sería proceder atolondradamente. Convenía meditar, formar un plan, estudiarle en todos sus detalles. Tiempo habría para todo; tanto más lo pensára, tanto más seguro sería el éxito.

Resolvió al cabo. Como si nada supiera, como si nada hubiera acontecido, iríase á su trabajo. Cumpliendo su compromiso aquel dia, tendria tiempo de meditar; luego, al siguiente, daría la batalla.

Guardóse el pliego en el bolsillo de su chaqueta de dril blanco. Había allí multitud de objetos: una cartera, varios lápices, una cinta graduada, algunos papeles conteniendo notas, cigarros puros.... Un bazar de hombre previsor que con traje cómodo, sin corbata ni chaleco, se prepara á pasar en los montes un dia activo. Pensó luego que el lugar no era seguro para guardar tan importante documento: en las violentas posturas á que su labor la obligaba cuando medía montañas, era posible vaciar inadvertidamente el bolsillo y perder lo que más importára conservar. No, era imprudente llevar encima el pliego. Fijóse en los cajones de su mesa despacho... Tampoco: no tenian llave, sus niños jugaban siempre en aquella habitación, lo revolvían todo mientras él, con paterna condescendencia, toleraba los excesos. Pensó en su ropero: si, allí estaria seguro....

Subió al piso alto y entróse en las alcobas. Escuchábanse alli respiraciones de dormidos. En un lecho muy ancho, Catalina, con la sábana tan descompuesta que le dejaba medio cuerpo desnudo, con los brazos abiertos en la soledad de tanta anchura, con

la camisa entreabierta dejando aparecer un seno redondo, repleto, abandonado con hartura por un pequeñuelo goloso que á su lado dormia. Mas allá, varios niños también dormidos, unos ordenadamente. otros entre ropas revueltas y alguno arruinado junto á la pared como huyendo de la ingrata frialdad de emisiones incontinentes. Era un hogar tranquilo y reinaba allí bienestar de sueño.

Caminando en puntillas recorrió Sulpicio varias alcobas hasta llegar á la suya y tomando precauciones abrió su ropero, guardó el pliego y volvió á cerrar el mueble.

El ruido de la llave despertó á Catalina. No bien despierta, reconoció á Sulpicio, oyó el ruido que produjo, notó á medias su inusitada maniobra. Durmióse de nuevo y en tanto, Sulpicio salió de la casa avivando el paso de la cabalgadura, ansioso del regreso.

Ya el sol estaba alto cuando Catalina dejó el lecho. La madre de familia iba á impulsar la diaria mecánica doméstica. Oyóse enseguida el rumor de los chicos y pareció revivir la casa al influjo bullicioso de los séres que la habitaban.

Llegó la hora de peinarse y entre torrentes de risueña luz que por la ventana entraban, Catalina dió soltura á su cabellera negra, una gran cabellera criolla que podía envolverla y llegar al pavimento.

Era aun hermosa, muy redondo el cuerpo, muy blanca y muy fresca la piel. Su lozanía exuberante lograba disimular los descalabros gestativos, la prematura vejez que á veces afeaba en Paraiso á las mujeres, como efecto necesario de un clima canicular, de un sedentarismo deprimente y de una higiene abandonada. Aun era bella, aun atractiva. La holgada camisa recogiéndose en pliegues, circunscribía esbeltos detalles abarcando anchas caderas de

venus madre y mórbidos senos de copiosa nodriza que dejaban escapar gotas lactecentes al ser oprimidos por las ropas.

Mientras se peinaba recordó que Sulpicio habia abierto su ropero. ¿Qué pudo necesitar si ella preparábale siempre todo lo necesario en su alcoba la noche antes de partir á sus mensuras? Pregunta pueril, pequeña duda de compañera minuciosa á quien parecìa hermoso su marido, dispuesta á defenderle en arrebatos de celos, Luego la curiosidad femenina la envolvió en sus ansias y un recóndito deseo de satisfacerla se hizo dueña de ella.

¿Qué buscó su marido en el ropero? El traje de campo, la ropa necesaria, todo habíalo ella dispuesto la noche antes; no recordó faltára un sólo detalle. En tanto, dirigía miradas al mueble que correcto, anguloso, erguíase hasta el techo ostentando empolvadas molduras y puntiaguda corniza.

Las ideas tegieron un proyecto: registraría hasta resolver el problema. Una llave de su llavero facilitó el intento franqueando el arca. Abrió el ropero, descubrió su abigarrado conjunto, observó si había cambios en la disposición de las cosas, envolvióse en el olor de vainilla, alcanfor y tabaco que de allì dentro se desprendía. La mano de la joven tuvo horizontes donde investigar y enterrándose por un lado, revolviendo por otro, cambiando objetos de un lado á otro, perdída siempre en un mar de indumentaria, al fin, con sorpresa, tocó algo que crugía, algo menos mudo que las ropas, algo sospechoso....

Era el pliego y le extrajo; púsose densamente palida, sintió la emoción de lo estupendo. ¡Era cierto! ¡El famoso pliego, el temido y buscado resorte, estaba allí! No acertó á comprender como pudo llegar á tan fácil escondrijo.

Y cuando leía ávidamente las temblorosas líneas

de Tirso, oyó la voz de sus hijos que saludaban á un recien llegado, diciendo :

—¡ Buenos dias, abuelita....buenos dias !

Era Leonarda, que, inquiriendo el paradero de Honorino habíase, detenido en la casa á preguntar por él.

Catalina pensó al instante en participar el hallazgo á su madre. Detúvose, sin embargo, asaltada por momentánea perplejidad. Aquel secreto no era suyo ; si Sulpicio había ocultado aquellos papeles en su armario, ella no tenía derecho á arrebatárselos. Lo correcto era esperarle, oir sus explicaciones, sus proyectos. De otro lado, hacíanla débil su simplicidad de carácter, su falta de criterio propio ; y cuando vacilaba entre ambos impulsos, abrióse la puerta de la alcoba y apareció Leonarda en el umbral.

Entonces, toda lucha fué imposible. Si aquella hubiera dictado la sentencia de muerte de Sulpicio, tampoco ella vacilára. ¡ No era libre ! El dominio avasallador de que Leonarda abusaba con astucia la precipitaba á una obediencia ciega, automática, á costa de su gusto, de su paz, de sus impulsos.

El pliego pasó á manos de Leonarda llenándola de confusiones. ¿ Qué debìa hacer ? ¿ Romperlo ? ¿ Y si Garduña lo necesitaba para inutilizarlo por sí mismo ? ¿ Y si incurría en su enojo sustrayéndolo de sus manos ? Garduña con aquel documento, único asidero de Ocampo, estaría mejor provisto para fallar en la causa ; muchas veces habíale oido decir que *lo importante era el pliego....tener á la vista el célebre pliego :* ¿ no sería peor á sus intereses hacerle desaparecer sin previa consulta con su poder habiente? No ; ella misma lo pondría en sus manos.... Era torpe, más apasionada que culta : imposible que resolviera por sí sola asunto tan arduo.

Catalina sentíase inquieta al reconocerse desleal con su marido; temía su regreso, su enojo al verse vendido.

—Dile que nada has visto....que nada sabes. Puesto que él lo guardó furtivamente, no tiene derecho á suponerte enterada.

—Eso no es bastante. Se quejará con razón. Sí, mamá, no lo dudes, yo no debí venderle de ese modo.

—Y tú ¿qué sabes? tonta. Tú padre, que gloria haya, me complacía en todo. Nunca dejó de hacer mi gusto. Que aprenda tu marido....

—Mi marido es de distinto modo de pensar. Te lo repito: yo sé que no procedo bien. Cuando le ruego algo sin contrariarle, cede siempre; cuando sospecha que no es mi gusto sino el tuyo lo que deseo, entonces....

—Nada, no tienes experiencia. A los hombres hay que dominarlos de todos modos. Si tu marido no cede siempre á tus deseos, es porque no te ama.

—Siempre repites lo mismo..¡Si supieras cuánto me haces sufrir..!

—Pues, hija, no sufras. Cuanto á este papel, me lo llevo. Dí á tu marido que nada has visto, que nada sabes. Y sobre todo: estos son asuntos de familia en los que él no debe intervenir.

—Sí,...pero su ropero es suyo...

—Vamos, te empeñas en enfadarme..¡Ay!..mira ya me duele la cabeza. ¡Jesús! ¡Qué vida! Podía Dios llevarme para no sufrir.

Y como siempre, quedó dueña del campo, mientras, en el monte, Sulpicio desarrollaba con fiereza toda la actividad de sus laboriosas energías. Caldeaba con su trabajo aquel hogar querido; soñaba idealismos de ancho porvenir; aún eran pequeñuelos, y ya preocupábase de la dirección de sus hijos; tenía aspira-

ciones de hombre resuelto, de hombre que aspira á los favores de la fortuna. Y cuando á su hogar volvía, sentíase con frecuencia amargado por inesperadas pesadumbres, encontrando allí, en los detalles y en el conjunto, la huella de un tenaz enemigo. No estaba solo, otro sér ejercía allí tiranías de pasión, sufriendo él, y también Catalina, las consecuencias de aquel despojo de amor y paz.

Así, en aquel dia en que el sol del trópico parecía fundir la tierra, mientras en su hogar violaban su secreto, saltaba Sulpicio de terrón en terrón, descendía por escarpas, trepaba por violentos repechos, anotando siempre en su cartera los resultados métricos que leía en la cinta, cuando tensa, extendida de un lugar á otro, precisaba distancias y altitudes. Al regresar á Paraiso, una discordia más: eso sería todo.

Aquella noche, malhumorado y molesto, Honorino visitó á Garduña. Refirió á éste la historia del robo, con lujo de detalles, desde la última vacilación de Casilda hasta el momento en que, despertando de su borracherra, supo, entre reprimendas é improperios de Leonarda, que ésta personalmente había entregado el pliego á Garduña.

—Pero que conste—repetía Honorino—que conste que el mérito es mio. No dirá usted ahora que se me han mojado los papeles. La hembra y el pliego: éste en su pupitre, aquélla en mi bolsillo. Tiene usted que convenir, licenciado, que este golpe ha sido así....

Y apretando el puño, movía el brazo angularmente: ademán muy usado en Paraiso cuando queríase aludir á algo magnífico, de primer orden, formidable.

Luego, marchóse Honorino y el hombre de *trastienda* quedó solo. Las últimas impresiones ahuyen-

taron el sueño de sus párpados, y cayó en las abrumadoras inquietudes del insomnio de que padecía.

Y entonces ¡cómo volaron sus pensamientos! ¡Qué cúmulo heterogéneo de ideas, varias y distintas en la apariencia pero obedientes en el fondo á aquella insaciable sed de riqueza, á aquella pasión de oro á toda costa!

Su pensamiento saltaba de una en otra preocupación. Estaba sentado en el sillón de su despacho, de su acreditado estudio de hombre sagaz. La luz iluminaba sobre la mesa, pirámides de textos de jurisprudencia, de expedientes voluminosos, de escritos trazados con menuda letra, de hojas de papel sellado aún vírgenes, pero dispuestas á recibir impávidas considerandos y resultandos y citas del Digesto y de la ley de Partidas y de los códigos más augustos y más sabios.

Con la cabeza reclinada en el espaldar del asiento, dejaba discurrir la mirada por el ámbito. No estaba allí; seguía con vuelo incierto el giro de las ideas que, naciendo de su cerebro excitado, saltaban de aspiración en aspiración, de recuerdo en recuerdo.

Pensó en don Tirso..¡Ah!..habíasela jugado. Por fortuna el pliego estaba allí prisionero, oprimido debajo de un pisa-papel de vidrio. ¡Gran peligro habían salvado! ¿Cómo fué posible que á él, á hombre tan astuto, escapara el tremendo detalle del *fuero militar*? Si Ocampo hubiera llegado á plantear su asunto, terrible ariete hubiera esgrimido sobre todos. Militar, sí; estuvo en su derecho: con su sangre, con la punta de la espada, de cualquier modo: el testamento era válido. Quien más listo se imagina, resulta necio inesperadamente. Habíasele escapado aquel detalle, pero no importaba: el plie-

go estaba allí, le conservaría por si pudiera serle útil para dominar las rebeldías de los Mina.

Luego, aparecíale el fantasma de otra historia. Eran unos huérfanos... ¡Bah!... ¿qué otra cosa pudo hacer? El patrimonio legado habíase disuelto y los pequeñuelos mendigaban haraposos. Gracias que pudo salvarse porción bastante para pagar sus consejos, su defensa de Mecenas. Después, palideciendo aun más su semblante mate, sentía mordiscos de un recuerdo tenaz, mortificante, que alzaba de la tumba el espectro de un sér contrahecho, el fantasma horrible de un giboso. Era un muerto olvidado, y su sombra de pavorosa fealdad parecía agitar en el vacío su mano de muerto, como buscando un rostro culpable donde estampar la bofetada vengadora. ¡Ah... qué noche! ¡Qué horas de sondeo en el pasado! Otras veces, bailábale en torno, como brujas de un conjuro, la muchedumbre de argucias, cubiertas de negro antifaz; aquellas que solían servirle para romper vínculos que anudó la naturaleza, para volcar familias que apretaba el cariño. Y entónces parecíale ver antes sus ojos cómo el genio satánico de la discordia asía en cada mano á un hermano, cómo los agitaba en el vacío, cómo los enfangaba en la envidia, cómo los hacía chocar uno contra otro, rompiéndolos en pedazos, formando con ellos ruinoso escombro. Y sentía frío, un frío intenso, un peso enorme en la calenturienta cabeza; mas no lograba sustraerse al dominio de los pensamientos. De visión en visión, recorría su historia, una historia muy larga, interrumpida á cada paso por los endriagos de la trampa, por los grifos de abierta fauce de la intriga, por los buhos de la traición, de la deslealtad y de la farsa. Era aquello sentir despierto la tenaza constrictora de la pesadilla. Sacudía la cabeza, acariciábase el cabello, inventaba sonrisas: todo

inùtil. En todas partes, en lo alto de los muros, en los frisos, en los rincones, en los cristales de los armarios, surgían apariciones fantásticas, estallaban carcajadas, rugían maldiciones.

Cuando en la sucesión de las horas se hubo repartido la sucesión de las ideas, logró al cabo serenarse; mas el sueño huía siempre. Entonces, sin medrosos espejismos, dibujóse en su recuerdo el paisaje de Mina de Oro. Contempló el conjunto del opulento Ingenio, colindando con terrenos que poseía. Vió un ángulo entrante formado por feraces vegas, que afeaba con irregulares festones su propiedad de acumulador económico, y pensó que su predio podría embellecerse y agrandarse si aquel ángulo entrante le perteneciera, obteniendo con el cambio de límites, el incomparable rectángulo de tierra mil veces soñado. Sondó detenidamente las probabilidades... Vió los nubarrones que ennegrecían el cielo de Mina de Oro; recorrió la série de obstáculos amontonados para hacer precaria la situación de aquel patrimonio; hizo consideraciones acerca de los detalles. El fruto alcanzaba exiguo precio en el mercado; la colonia se hundía abrumada por la crisis sacarina; las cosechas eran tan pobres que no balanceaban los gastos; las tierras germinaban jadeantes, como perezosas de producir siempre el mismo fruto; los obreros, escasos, á expensas de la corriente emigratoria que todos los años sangraba el censo de almas; el dinero, caro y receloso hasta la enormidad y hasta el terror; aquella caldera nueva pedida supérfluamente al extrangero, y torpemente montada, produciendo retardo antes que avance en la metódica distribución del vapor. Todo, todo parecía conjurarse. La última trepidación de la tierra desniveló edificios y agrietó paredes y rompió las murallas del *purguero;* y la miel que destilaba en los tanques perdíase por las grietas ac-

tivando la fermentación de la que permanecía en el fondo. ¡Cuántas contrariedades, cuantos obstáculos! Esto, sin considerar la mortandad en el ganado de tracción, en el tiempo tenazmente llovedizo é inseguro, que no permitía el oreo de la pajuncia, ni la secura al sol del *bagazo*, de los resíduos leñosos que servían de combustibles. Y por encima de todo, la férrea escritura refaccionaria que se había otorgado á Madeja. verdadero anillo de hierro que oprimía el desenvolvimiento de los trabajos, bomba aspirante que se bebía los jugos, zarpa que caia aprehensora sobre los frutos aun crecientes y aun tibios. Como Madeja sólo suministraba una suma fija, y como ésta repartíase sin método, los recursos no bastaban; hacíase necesario buscar créditos supletorios. De esto resultaron nuevos empeños, algunos miles de duros que se adeudaban á Casapica, quien los facilitó exclusivamente por amistad, al dos por ciento mensual de canon y capitalizando cada seis meses... ¡Gracias que todavía se encuentran amigos!... Sin el dinero de Casapica no hubiera sido posible comprar yuntas de arado, ni reponer desvencijados carros ya rotos por el uso. Ese crédito era también escriturario, era un pulpo pegado al Ingenio con imponderable fuerza neumática, con todos los bríos de una forzuda hipoteca en cuyos artículos preveíase todo lo malo, como pronosticándolo. Y por fin, la imposición tributaria barriendo tambien, pensando sólo en el provento del día, abriendo periódicamente la garra y destrozando impía el cuerpo de la víctima.

Aquello casi era ya el estrépito de la caída. Debíanse atrasos poco menos que desde la muerte de Tirso; debíanse vituallas que para alimentación de los obreros facilitaron los ultramarinos de mejor surtido. Los compromisos se empujaban, se atropellaban, apostaban á quien llegara antes, y como con-

secuencia del descuido, de la incuria, de la ineptitud administrativa, era corriente el robo, ora de frutos, ora de reses que se daban por muertas cuando mugían retozonas en otras vegas, ora de azúcar ya envasado, ora en los ajustes y liquidación de los trabajos.

La familia de los Mina, consumiendo también. Leonarda no perdonaba un semanal de los que, descontados todos los pocos gastos de su casa, acumulaba la mayor parte; Honorino reclamando rentas, chorreando las que le daban, sembrando salud y vergüenza por las callejas del Melonar. Leonarda, por consejo de Garduña, había arrendado el condominio que pertenecía á Catalina, para lo que hubo que saltar por ciertas prescripciones de la ley, y este arriendo, hízose por la mitad de lo que razonablemente valía. Por ese medio indirecto, alejábase á Sulpicio, manteniéndole á distancia, porque era esquivo, impetuoso de carácter, aunque dominado por su cultura y bondad. Así se hizo, porque se dijo que el agrimensor, al fin y al cabo, nada tenía que ver en los negocios de la familia. Sí, no debía mezclarse en cosas íntimas: es muy feo entrometerse donde no se es llamado. El deber de ser franco, que á veces impulsaba á Sulpicio, daba ocasión á comentarios y chismes, y al fin todo aquello penetraba en el corazón de Catalina, como una sierpe que estrangulaba los últimos restos de su amor por Sulpicio. A éste, túvosele pues, á raya, sujetándole á una rentecilla mensualmente mal pagada, retrasada con frecuencia, de la que se tenía la idea solemne y extraordinaria que suele tenerse de un regalo régio, de una limosna magnánima, que Sulpicio acabó por mirar con recelo, acaso con desdén, mientras que escala que escala por peñascos y terraplenes, medía predios sudando el quilo.

Todo aquello discurrió por la memoria de Garduña en la noche de insomnio: hechos acontecidos, su-

cesos del presente, emergencias probables, y como idea dominante surgía siempre el espejismo de aquel ángulo entrante deshecho en su beneficio, prestándose dócil á formar el soberbio rectángulo que debía colmar sus esperanzas. Y no sería él solo... Madeja ambicionaba también buenos terrenos que ensancharan sus fincas, talvez útiles maquinarias. En la caída, no faltaría quién recogiera los fragmentos...

Así pasó la noche hasta que le rindió el cansancio. Entornáronse sus ojos y en la misma postura quedóse dormido...

Cuando Sulpicio regresó de la montaña, venía resuelto. ¡No y cien veces no! ¿Hacerse solidario de tal infamia?... ¡jamás! Don Tirso consignó su voluntad, legó libremente sus bienes á su hija única. Todo lo que no fuera el cumplimiento de tan sagrado deseo, era infame, canallezco. Por tanto, el asunto era sencillo: armado del ariete caido en sus manos, iría donde Garduña; obligaríale, á buenas ó á malas, á variar el curso de las cosas, dictaminando la absolución de Ocampo, dirigiendo el asunto por caminos de dignidad, devolviendo á Casilda lo que era suyo. No se le ocultaba que todo aquello armaría escándalo. Pensó en la polvoreda que su conducta levantaría entre sus parientes, no desconoció hasta qué punto llegarìa el odio contra él fulminado al arrebatarles la presa. Más él no cedería, porque las infamias se castigan y en aquel caso, harto favor sería devolver honradamente lo ageno sin entregar á los tribunales á los delincuentes.

El joven ardía en indominable enojo. Bien hizo al sospechar siempre que en el fondo de la historia había algo turbio. A veces, sinembargo desanimábase, enfriábansele los ímpetus al considerar la aventura en que iba á mezclarse: tal vez una quijotesta algarada en que su propio bolsillo sufrirìa perjui-

cio. La vacilación duraba poco; sus instintos caballerosos y decentes volvían á darle alientos y cuando del campo vino, su actitud era cosa resuelta. Le emocionaba la felicidad del bien que realizarìa favoreciendo la redención de Casilda; acaso agitábanse en él ocultos deseos de sabrosa venganza que el azar ponía en su mano. Resuelto, pues, á todo, á chocar con Catalina, á estrellarse en el muro de odios de Leonarda, á ponerse frente á frente de Garduña; resuelto á llegar cuanto antes al fin, invadido por orgullo de caudillo, llegó á su casa.

Durante el dìa, más de una vez tembló ante la idea de perder el pliego. Sin embargo de creerlo seguro, estuvo inquieto. Temió que un accidente fortuíto, ó una casualidad, ó algo inesperado, se lo arrebatasen. Lleváronle sus temores hasta increparse así mismo por haberle dejado en peligro. Mas nó, su inquietud era exagerada: en su ropero permanecería desconocido de todo el mundo.

Cuando de regreso, abrió el ropero y no halló nada, cuando pudo notar el inevitable desorden que el registro de Catalina produjo, experimentó primero un gran desaliento y enseguida la airada reacción de un ciego enojo. No, iban á oirle los sordos...Bajó á saltos la escalera y en el comedor se encaró con Catalina.

—¿Has abierto hoy mi ropero?

—Yo?..—contestó ella mientras el acento, el ademán y la palidez, la denunciaban.

—¡Respóndeme! ¿Viste esta mañana cuando abrí el ropero?

—No te ví...

—Sí, me viste.

—Es que...

—Estás mintiendo...contesta de una vez: ¿dónde está..lo que guardé en el ropero?

—Nada he visto.

—¿Porqué me engañas? Me violentas, me traicionas. ¡Habla! ¿Dónde está el testamento de don Tirso?

—Nada he visto...

—¿Dónde lo ocultas? ¿A quién lo diste?

—Nada...nada he visto...

Sulpicio, rojo de cólera, asió á Catalina por una muñeca. La apretó, la miró fijamente y añadió iracundo.

—¿Ha estado aquí tu madre?

Ella, desconcertada, sin darse cuenta de su incoherencia, temerosa ante la actitud amenazadora de su marido, repitió con inconciencia la lección aprendida.

—Nada sé...nada he visto...

Después siguió una escena tormentosa. Sulpicio dejó de dominarse: la calma, la continencia, la diaria represión de instintos, perdieron las ligaduras. Recorrió frenetico la habitación, mientras Catalina agotaba pretextos, evasivas, disculpas. Prorrumpió en dicterios...Eran unos malvados, unos farsantes, y cuando la prueba plena caía en sus manos, se la arrebataban empleando como instrumento á su propia esposa, una simple, una sugestionada, ductil á sus amaños.

Ella sollozaba con el pecho oprimido, sin tener alientos ni para ser franca, ni para defender á los suyos de las injurias de Sulpicio. Al fin, no pudo más...Bien, sí: había extraido el pliego poniéndolo en manos de Leonarda. Y él, apremiándola supo que aquel estaba ya en manos de Garduña. ¡Nada podía hacer, porque nada podía probar! Pero no importaba: cuando no otra cosa, armaría un escándalo. Vociferaría la verdad por todas partes, contaría la intriga, á Garduña lo estrangularía y á Leonarda di-

ríala cuantas son cinco...Aquel estallido de resolución y fortaleza, era el despertar de una voluntad indecisa, de la energía de un hombre honrado que huyendo de una atmósfera viciada, proponíase romper cadenas, gritar estentórea, atemorizar á todos en inconcensurable alarde de omnipotencia. Una reacción varonil, pujante, vencedora.

—Cuanto á ti—dijo á Catalina—ten en cuenta que no paso de aquí. Es menester que te definas. Esta vida es un infierno y no estoy dispuesto á tolerarla por más tiempo. Inútil es que llores: tus lágrimas no son más acerbas que mi tormento. Advierte que me siento asfixiado, que no puede resistir más tiempo. En mi casa aletea un odioso ángel malo que me asedia, que me persigue, que me abruma. ¡Basta ya! Ni me contraríes, ni me discutas: no te lo permito. Aquí soy el dueño, el señor absoluto. ¡No y cien veces no! Apréndelo: aquí mando yo, mi voluntad es la suprema. Te he amado é hiciste de mi vida un tormento. Agoté contigo súplicas de amante, cortesías de hidalgo, consejos de maestro, razonamientos de filósofo. Todo inútil. Cediste con daño tuyo y mio á la venenosa influencia de mi enemigo torpe y mal intencionado, nutrido de odios y de encono. Tu eres de él, no mía. Para él la ciega obediencia, la incondicional sumisión, la irreflexiva disciplina; para mi la hostilidad que supo enseñarte derramando en tu corazón, antes dispuesto á mi cariño, el filtro del recelo y de la duda. Sí, ella arrebató de tu alma el amor que pudiste un dia tenerme. ¡Terrible enemigo, ese! Pero no sigo, no paso de aquí, me detengo resuelto á todo. Mira, pues, lo que te cuadre, mira lo que te impongan nuestras desgracias...Pero piensa tu...¡tú misma!...piensa algún dia con tu cabeza; oye una vez siquiera la voz de

tus impulsos. Ni un minuto más de esta vida. Resuelve: ella ó yo; Sì, elige...

Y erguido, arrogante, imponente, levantábase á los ojos de Catalina como una estátua heroica que surge inesperadamente en un lugar en que no estaba. Suspensa de sus palabras, sorprendida de su actitud, rojos de llorar los ojos, impotente para articular palabras, veíale crecer, crecer siempre, sintiendo en el pecho el ardor de una sensación conocida, el renacimiento de un impulso olvidado. No era enojo, no era pesar, no era miedo; era convicción, era deslumbramiento de luz de verdad reflejado en ella misma. Las palabras de Sulpicio ponían tensas las cadenas que la unían á Leonarda y los eslabones cimbraban ya faltos de resistencia, crujían próximos á romperse. Un esfuerzo más y la cadena saltaría en pedazos, quedando Catalina libre, con los ojos abiertos á la realidad, en brazos de la justicia y del bien.

Sulpicio, lívido de cólera, salió del comedor, salió de la casa, alejóse sin rumbo. Ella, rompiendo en ruidoso llanto dejóse caer en una silla murmurando:

—¡Tiene razón....tiene razón!....

Aquella noche, más sereno Sulpicio, estudió la situación. Imponerse para obligar á los intrigantes á devolver los bienes á Casilda, era imposible: sin los papeles de Ocampo carecía de fuerza legal. Seguir siendo cómplice de tales amaños, imposible también. Mientras la existencia del testamento fué dudosa para él, parecíale comprensible, mas teniendo absoluta certeza de los hechos, era indudable que la posesión de los bienes constituía un robo. Catalina habíale sustraido el arma terrible y ésta hallábase ya en poder de Garduña; arrebatársela era imposible; denunciar los hechos, inútil sin poseer las pruebas. Todo, todo perdido....Había en el asun-

to dos cuestiones: una, la personal, la resolución enérgica de no seguir arrastrando aquella dolorosa vida; la otra, la herencia. En ambas fijó su ahinco tratando de resolverlas. Consideró perdida la cuestión de Mina de Oro. La monstruosa trampa prosperaría siendo imposible pulverizarla. Su asunto personal, era distinto. Desde hacía tiempo preocupábale un proyecto: huir, levantar su tienda, alejarse del terrible foco... Esos planes le embriagaban: lejos, muy lejos..¡ qué dicha !..Y entonces, avivado el deseo, empujado por la vergüenza, no dudó. Reuniéronse ideas indecisas, planes inseguros agrupáronse y resultó una resolución, Se iría, pues: los horizontes le atraían, el tiempo le haría olvidar....

Tal enjambre de cavilaciones zumbaba en su cabeza, cuando, discurriendo al azar por las calles de Paraiso, hallóse en el fortin.

Lamía el mar las colinas de la playa, resaltaban las arenas á la lumbre ténue de la noche y reposaba el paisaje de la llanura dormida. Veiase desde alli surgir de la sabana de cañaverales la chimenea de Mina de Oro, alta, escueta, casi espectral entre penumbras y misterios. El mar sacudia su elástico lomo, braveaba espumando la orilla, entristeciendo el conjunto con su color azul obscuro, casi negro. Una noche placiente, un lugar solitario propicio á la meditación.

A la escasa luz del cielo distinguió Sulpicio un bulto que sentado en un banco de piedra contemplaba el horizonte marino. Acaso alguien necesitado de las frescas brisas de la noche.

Fijóse bien, observó atentamente: Era Garduña. ¡ Buena ocasión ! Una sacudida de energia agitó sus nervios. El gran hombre estaba allí, á su al-

cance, y acaso por la fuerza...Reprimióse, fingió calma y resuelto á todo, acercóse.

—Buenas noches, licenciado....

Sorprendido Garduña, volvió la cabeza, reconoció al joven, cayó en un piélago de dudas. ¿Qué buscaba allí Sulpicio?

—¡Oh!.... buenas noches—contestó afectando simpático placer.—Parece que el calor del dia hace deseable esta brisa ¿verdad?

—Sí, muy deseable.

—¿Le agrada?

—Tanto como á usted.

—Yo, figúrese usted: todo el dia zurcido á mi bufete, cuando llega la noche soy un botafuego.

Mientras hablaba, hacía sondeos en lo inusitado del encuentro. Pocas veces habíanse cruzado sus palabras con las de Sulpicio; notó siempre en el joven un despego y una frialdad que hacìan contraste á la enormidad de respeto y servilismo de los demás. Sin explicarse la causa, temió que el encuentro no fuera casual; algo tuvo el saludo de Sulpicio que le pareció dudoso. Quiso adelantarse á las intenciones, preparar el terreno, prevenirse, desconcertar á Sulpicio, y con aire de antiguo camarada, hízose locuaz, francote, amabilísimo. El estimaba mucho á la familia, haría por ella cualquier sacrificio; las dificultades serian vencidas y vendrian épocas de abundancia y anchura. Porque ¡cuidado que los terrenos eran feraces! Seis, ocho, diez *bocoyes* por *cuerda*, no eran producción para los plantíos de Mina de Oro. Solo que habìa que vadear dificultades hasta que viniera el alza de precios y años en que la caña tuviera muchos grados de dulce. Por supuesto, mucha unión: sin ella las fortunas màs sólidas caían. En la familia, el mal estaba en la tiranìa de Leonarda; los hombres sensatos reconocían que Sulpicio tenía

motivos para estar quejoso. A él parecíale una necedad empeñarse en dominar de aquel modo hombres bastardos. Más aun.... muchas veces había indicado á la buena señora la conveniencia de ir iniciando á Sulpicio en los negocios de la finca, abandonando su afán de hostigarle, dejándole en paz sin mezclarse en interioridades domésticas. Sí, debía el joven intervenir más en los asuntos, porque de Honorino nada podía esperarse. Luego extendióse en planes económicos, habló de política, celebró ciertos trabajos de agrimensura que acreditaban al joven. ¡Ah! era extraordinaria su exactitud, su precisión, su limpieza de delineante. Resultó Sulpicio un dechado de hombre de bien y de virtudes cívicas.

Este, sentado junto á él, le escuchó mucho tiempo silencioso. Una sonrisa sardónica contraíale el semblante y sus manos, hundidas en los bolsillos, temblaban ávidas de aspadear en el aire un redoble de bofetadas. Nada dijo, no pronunció palabra, dejó hablar á Garduña cuanto quiso, dióle anchura, acariciando el loco placer de interrumpirle de súbito, hundiéndole en el asombro ante su actitud violenta.

Llegó al fin su turno. Garduña aludió á Ocampo.

—Y crea usted—dijo—que en ese punto tengo el propósito de obrar en justicia. ¡Qué urdimbre de groseras calumnias, qué tejido de imposturas!

—A propósito de Ocampo.... ¿Crée usted que es falsa la existencia del testamente secreto?

Como la pregunta fué formulada con pausado acento, y duro tono, Garduña miró con recelo al joven, hizo una profunda aspiración de aire, y contestó.

—Sí....

—¿Cree usted obrar con justicia condenando á ese anciano en la querella que por consejos de usted le siguen los Mina?

—Me parece que....

—Responda usted concretamente, licenciado....

El tono subía y Sulpicio era ya impotente para dominar la excitación de su enojo.

—Pues bien: sí—repuso Garduña percibiendo la inquietud del miedo.

—¿Cree usted justo dejar en la miseria á esa desdichada niña, próxima á caer, acaso caida, en las infamias de la prostitución?

—Ella no tiene derecho á....

—¿Lo cree usted así?

—Pero....

—¿Cree usted que esas hermosas vegas patrimonio de Tirso Mina, deban hacerse pedazos bajo el astuto martillo de la trampa? ¿Cree usted justo despojar primero á la hija de Tirso, y la familia Mina después, empujando sus riquezas á la bancarrota, retorciéndola con la mano oculta de la intriga?

—No comprendo lo que usted me dice, Sulpicio. No....

—¿Cree usted justo todo eso? Y finalmente ¿ha imaginado usted que no hay en la familia Mina ó junto á ella, nadie que tenga dignidad y vergüenza?....

Levantóse Sulpicio del banco y salieron al aire sus manos. Estaba pálido, convulso, tembloroso, como el arco de la flecha antes del disparo. Garduña, el hombre impávido, había encontrado aquella vez su señor. Perdió el aplomo, sintióse inundado de frìo sudor y haciendo sobrehumanos esfuerzos por finjir una sonrisa amable, dijo:

—¡Qué cosas tiene usted, Sulpicio! ¡Qué impresionable! ¿Supone usted qué...?

—Creo que es usted un miserable....

Al oirle, doblóse Garduña en el banco y con la lengua seca, la garganta oprimida, el semblante de-

solado, quedó por completo asido por las tenazas de su enemigo.

El vaivén de las olas llenaba de rumores el fortín, la sabana dormía humedecida por el rocío, la correcta chimenea de Mina de Oro proyectaba su vértice en la penumbra y la placiente noche con su cielo chispeante y su soledad medrosa, parecía aislar á aquellos dos hombres como dándoles ocasión de desgarrarse retorciéndose en los paroxismo de la ira.

—Sí, creo que eres un malvado—continuó el joven.

—¡ Sulpicio !

—Un canalla, un ganapán amparado por la perversión de tus cortesanos, alentado por el idiotismo de los nécios.

—Esos insultos....

—¡ Ah !....No te levantes de ese banco. Escúchame ahí, á un nivel más bajo que el mío. Quiero que te convenzas hasta qué punto son cierta las virtudes que hipócritamente acabas de reconocerme. Dime : ¿ dónde está el testamento de Tirso ?

—Ignoro que exista....

—¿ Dónde está el pliego famoso que robó Honorino, que me robaron á mí, que cayó en tus manos ?

—¿ Está usted loco ?

—No... me rio de placer. ¿ Dónde está el pliego, dime, que has hecho de él ?

—No sé nada....

—¿ Nada ? ¡ Un hombre tan sabio, tan omnipotente, que todo lo puede, que todo lo sabe ! ¿ Dónde está, miserable, la última esperanza de Casilda ? ¿ Dónde la guardas ? ¿ Imaginas que desconozco tus planes ? ¡ Ah !..no : ahí los leo en tus ojos de raposa. Escondes el pliego para robar á Casilda lo que es suyo ; empujaste á Honorino para que la sedujera y la despojára, para luego levantarla tú del

fango y hacerla tu manceba; tejes la red habilidosa que enreda el patrimonio de Mina de Oro, porque quieres agrandar el tuyo á costa del ajeno; posees, en fin, el testamento de Tirso para obligar á los Mina á los contubernios que te dicten el capricho y la ambición, para forzarles á caer sin protesta en la bancarrota y la miseria. ¿No es verdad que te he conocido?..

Era ya demasiado...Garduña, después de su primer desmayo, cobró relativo ánimo. El miedo también reacciona y la reacción fué allí bastante á darle valor para escuchar á Sulpicio. Mas cuando se vió abrumado de injurias, cuando comprendió la inutilidad del disimulo, experimentó un sacudimiento y levantóse irritado del banco.

Esa fué la señal...Asióle Sulpicio con la mano izquierda, esgrimió la derecha y escuchóse por los contornos el seco golpe de una bofetada. Fué una síntesis: indignación de honor ofendido, castigo de justicia violada, desprecio de dignidad rebelde.

Después, los dos hombres lucharon cuerpo á cuerpo. Lucha breve, fugaz. Garduña agitó los brazos sintiéndose apretado por el cuello, y vencido por su adversario, retrocedió, cayó atravesado en el banco, dió una vuelta sobre él y cayó en la playa quedando casi hundido en la arena.

Sulpicio le contempló un momento allá abajo y abandonó con paso lento el fortín.

Garduña, en tanto, logró rehacerse, salir de la playa, sacudir el arenisco baño que le inundaba el cuerpo. Vió cuando el joven se alejaba, dirijióle miradas de espantoso odio y juró proseguir aún con más ardor sus planes, antes solo de ambición, entonces también de venganza.

VII

Gil Pan echó sus cuentas. Con la instancia autorizada por Ocampo proponíase hacerse fuerte. Aquella solicitud, destinada á llamar la atención de la Audiencia acerca de la difícil alternativa en que el ciego se hallaba, era un arma terrible esgrimida sobre la cabeza de los Mina.

Pensó en dar forma al ataque, en asegurar el *pico*... La ocasión sería siempre oportuna: antes ó después de que fuera fallada la causa seguida á Ocampo, la instancia podía desbaratarlo todo. Mejor era, sinembargo, apresurarse. Un ansia indominable de medro le arrebataba, y resolvió abordar el negocio.

Iría donde Garduña, haríale ver que Ocampo, escrita la instancia, proponíase enviarla á su destino, fingiría haber sido llamado por aquel para encargarle de la tramitación que la solicitud hiciera necesaria, presentaríase, en fin, como dueño y señor del asunto.

Una noche visitó á Garduña resuelto á empezar la astuta maniobra.

—No lo dude usted—dijo—la resolución de ese hombre es peligrosísima.

—No lo creas—contestó Garduña sonriendo.

—Es evidente que serán atendidas sus manifestaciones...

—Te equivocas.

—...que se escucharán las súplicas, que se intervendrá de oficio.

—Repito que estás en un error.

—¡ Cómo !

—Mira: ¿ ves lo que ese pisapapel oprime ahí, junto á mi pupitre ?

—¿ Qué ?

—Fíjate: es un documento...Lo abriré, lo pondré delante de tí, procura leer esta firma...aquí...

—¡ Tirso Mina ! ¡ El pliego !

—Sí, el pliego.

—¿ Pero cómo ?...

—Imaginas que soy algún mentecato. Deja que acuda ese vejete á quien quiera: el rayo lo tengo yo aquí para hacerlo trizas ó lanzarlo cuando me plazca.

Gil Pan quedó laminado. Procuró dominar la rabia que sentía. ¡ Ah, Garduña era invencible ! Cuando los demás creíanse fuertes, él les hacía polvo.

Cuando se vió en la calle desatóse en improperios contra Ocampo. ¡ Bárbaro, estúpido, idiota ! Bien le aconsejó que nada dijera á Casilda. Era aquel camino el único, y lo malograba por charlatán. Mas ya se vengaría, sí: el dia que le llevaran á puntapiés á la cárcel, él le echaría en cara su bestialidad.

Y convencido de que Honorino por mediación de Casilda, habia sido el raptor del pliego, dejó de saludarle...

El ciego, en tanto, suspiraba creyéndose cerca del éxito. Muchos días discurrieron y él desde su lecho, aguardaba la suprema intervención de sus lejanos salvadores. Malos caminos, inseguros correos, lentitudes en el despacho de los asuntos..¡qué triste era esperar sintiéndose débil, desfallecido, desamparado. Suponía que la instancia había sido remitida en el acto,

cuando se lo aseguró Gil Pan y esperaba, esperaba siempre acariciando esperanzas.

Casilda llena de zozobras, esperaba también. Honorino nada decía. Desde la noche en que poseyó el pliego, esquivaba hablar de intereses. Tal silencio la entristecía y preguntábase por qué su amante no era más activo en su defensa. Luego nació la alarma: Honorino se olvidaba del huerto, se olvidaba de ella. Joven, enamorada, rendida ¿por qué el hombre á quien tanto sacrificára mostrábase indiferente? ¿Habríase cansado de aquel amor generoso y confiado?

De ese modo, llegó el caso de necesitarse varias insinuaciones para ver á Honorino una vez. Semanas hubo en que visitó diariamente á Aguasanta, sin conseguir verle. O estaba en la vega, ó indispuesto ó muy ocupado... Pretextos, acaso. Ecribió varias veces venciendo tropiezos de ortografía, y el joven no contestó á sus cartas. Envió recados y él devolvió evasivas. ¿Sería abandonada? ¿Sería doble víctima del engaño? Temblaba ante las dudas, moría ante la incertidumbre.

Algún tiempo después circuló por Paraiso una noticia de sensación: Ocampo había sido condenado en primera instancia á algunos meses de prisión correccional.

La mayoría de las gentes comentaba poniéndose del lado del débil. ¡Qué atrocidad...pobre viejo! Apenas si podía moverse de su cama, agobiado por los golpes recibidos en la carretera, y poníanle en el caso de ingresar en la cárcel...¡qué injusto rigor! Pero no se consumaría tanta iniquidad, la Audiencia no confirmaría la sentencia. Otros argüian que el ciego pagaba sus audacias por haber calumniado á una familia decente. Nadie imaginaba el fondo inverosímil pero real de la historia.

Casilda oyó muchas veces que se ponía en duda la

existencia del pliego y no tuvo valor para afirmarlo. Si era cierto que no estaba ya en sus manos ¿cómo afirmar que existía? Ella misma lo había sustraido, ella misma privó á su abuelo de la única prueba. Si no hubiera sido tan insensata, en aquel dia en que se publicó la sentencia, hubiéralo mostrado á todo el mundo, deslumbrando á Paraiso entero con la evidencia.

Una pena invencible, la preocupación de un cercano infortunio, la embargaron con más viveza cuando supo el terrible fallo. ¿Dónde estaba el testamento?.... Solo Dios lo sabía. Honorino la había engañado, habíase mofado de su dignidad de mujer y de su derecho de heredera.

Así, pues, en aquel triste dia, cuando todo se nublaba ante ella, apareció Gil Pan en el umbral de la casucha.

—Aquí estoy, don Gil, aquí estoy—dijo el ciego desde el camastro.

Gil Pan acudía para gozarse en la desolación del anciano. Fué para notificarle la sentencia, por si nadie se arriesgaba á ello; quiso presenciar la inútil explosión de una mala nueva clavada como un puñal sobre un alma indefensa.

Sentóse en el borde de la tarima y departieron mientras Casilda, en el colgadizo, revolvía cacharros y animaba el fuego, dirigiendo miradas recelosas á la alcoba.

—¿Qué hay de la instancia, hombre? Eso tarda..

—Si tarda.

—¡Qué despacio caminan las buenas noticias!

—Nada, ánimo: no conviene amilanarse. Cualquiera que sea el resultado....

—Tiene que ser bueno. Cuando la Audiencia....

—No, hablo del resultado aquí.... de lo que salga de la causa que le siguen.

—Tarde ó temprano la verdad triunfa. Mire usted: así se empeñe el mundo entero, ante un papel escrito y firmado, que habla con claridad, no hay lucha posible.

—Pero si la verdad no se prueba, quedándose verdad toda la vida, no saca de apuros al interesado.

—Ya veremos.

—Y eso es lo que puede pasar, mejor dicho, lo que en este caso ha sucedido.

—¿Ha sucedido?

—Pues....

—¡Cómo!.... ¿Hay algo nuevo?

Gil Pan iba poco á poco asestando el golpe. Poseíale el placer de aquel felino ensañamiento y mientras hablaba envolvía al ciego en miradas burlonas.

Incorporóse Ocampo con alarma y tomó entre las suyas una mano de Gil Pan.

—¿Dice usted que hay algo nuevo?

—Sí....

—¿Qué pasa, eh?

—Su causa ha sido fallada.

—Bien.... ¿y qué?

—Resulta.... ¿pero cómo es posible que no lo sepa?

Casilda con la cabeza pegada al muro, escuchaba temblando.

—Nada sé—continuó el ciego.—Dígame usted sin ambajes el resultado.

—Pues bien.... ha sido usted condenado.

Ante la noticia, Ocampo quedó un momento inmóvil. Después, pasóse la decrépita mano por la frente, vaciló, hizo esfuerzos para dominarse y rompió á reir nerviosamente.

—¡Bestias.... malvados.... indecentes! ¿Qué importa eso. Por los quinientos mil diablos del infierno ¿qué me importa? ¡Si tengo en la mano la

prueba! ¡Si poseo la fuerza de la razón y la verdad¡

Y presa de febril exaltación, arrojóse al suelo, metióse debajo del camastro y comenzó á escarbar en la tierra como perro que persigue el rastro odorante de la presa.

Casilda apareció en la puerta del cobertizo. Tenía el semblante intensamente pálido, descompuesto por el espanto. Buscó energía en un abismo de irresolución, incapaz de resolver el árduo conflicto; mostróse como un cuerpo lanzado á una sima que espera, despeñado, el momento brutal del choque.

Gil Pan, con sacrílega sonrisa, contemplaba la escena impávido.

—¡Abuelo!—gritó Casilda, sugetándole por las ropas—deje usted eso...usted no puede moverse... la tierra está húmeda...¡Abuelo, por Dios, abuelo!

Mas él seguía. Escarbaba como topo hambriento y empezó á formarse sobre la superficie del suelo la cuenca de un hoyo, en torno del cual levantábanse montecillos de tierra desplazada. Casilda, no logrando disuadirle, retrocedió hasta el muro y con la mirada fija en el lugar de la zapa, esperó despavorida los acontecimientos.

Ocampo movió y removió la tierra; hizo un hoyo y no encontrando nada, le creyó pequeño y ahondó más. Luego, imaginó que había equivocado la dirección del escondrijo y cavó hacia la derecha; después, hacia la izquierda. Entonces dudó....¡Torpe, bestia, que no acertaba con el sitio! Y arrastrándose como una sierpe metió en el hoyo las dos manos para que fueran de mayor volúmen los montones de tierra removidos. Mas en vano....

—¡Casilda!—gritó energúmeno—Ven...escarba tú...

Y como ella permaneciera inmóvil, arrastróse por debajo del camastro, agitó sus brazos en el vacío, y

tropezando con el cuerpo de la joven, la asió brutalmente por una pierna, atrájola con esfuerzo hercúleo, y la hizo caer de bruces.

—¡ Busca....busca!....Ven....aquì debajo ... ¡ fuego del infierno!

—Abuelo, sálgase usted....sálgase usted....eso es imposible....

—¡ Busca....¡ busca !....

—Luego....más tarde....cuando usted se sociegue....

—¡ Busca....busca !....

Y allí debajo, rastreaban aquellos dos séres como si estuvieran cavando una sepultura. Gil Pan de pié, riendo siempre con crueldad implacable, esperaba la catástrofe.

De pronto, una idea golpeó la frente de Ocampo. Retrocedió, levantóse en el centro de la alcoba, gritó con imperio:

—¡ Casilda !..¿ dónde está el pliego ?

Esta, arrastrándose aùn, experimentó sed de verdad, y abrazóse sollozante á las rodillas del anciano.

—¿ Dónde...dónde está ?

—Oigame usted...

—¿ Dónde....dónde....dónde está ?

—Abuelo,...perdóname, abuelo...

—¿ Qué ?..¿ Que te perdone ?..¿ Lo has guardado ? ¡ Responde !

—Sí...sí...

—¡ Dámelo, pues!

—Imposible, lo....

—¿ Cómo imposible ? No puede ser....no puede ser....

—Lo he roto....

—¡ Roto !..

Ella no se atrevió á decir toda la verdad, y Ocampo, irguióse como empujado por un estímulo

eléctrico. Abrió desmesuradamente los ojos, volteó dos veces con su mirada sin imágenes el contorno de la alcoba, abrió los brazos agitándolos en el vacío, frunció los labios después de lanzar un grito sordo y cayó desplomado en el pavimento.

Después se puso azul, en sus ojos formóse un estrabismo interno, su pecho rugió dos veces al escapar el aire respirado en un esfuerzo convulso, movió ténuemente los labios entre los que se vió aparecer la punta de la lengua y quedó inmóvil. Estaba muerto....

Por la noche la casucha estuvo muy concurrida. Piadosos vecinos y curiosas mujeres acudieron en són de pésame á la miserable morada mortuoria. Algunos caballeros dignáronse también visitarla.

Entre ellos, Gil Pan, que en la trágica escena de aquel dia cayó en cuenta de que Casilda era guapísima, Dativo, aspaventoso como siempre, y alguno que otro pasante que quiso también entrar á curiosear aquellas tristezas.

En el cobertizo, acurrucada junto al fogón, estaba Casilda. Un dolor inmenso la transía y como el local era estrecho y estaba lleno de gente, vióse en el caso de confinarse allí donde la rodeaban algunas mujeres que más la abrumaban con palabrería insulsa que la consolaban en su infortunio.

En el cuarto, sobre la tarima, el cadáver del abuelo, rígido, con el semblante contraido, los ojos entreabiertos. Parecía caido allí como una ruina desplomada bajo el peso de la vida.

Los circunstantes departían sin curarse gran cosa del respetuoso silencio que la ocasión requería. Oíanse, á veces, risillas frívolas y bromas picantes y sacrílegas.

Por la tarde Aguasanta había encontrado en la

plaza á Honorino. Habíale buscado inútilmente todo el dia...

—Mira—dijo la joven—el llamado eres tú....allí no hay ni un centavo. Casilda está *ni* lámina. Anda, no seas cruel, enviale algo...

—¡ Pero si estoy á la cuarta pregunta !

—Vamos, hombre : ten vergüenza.

—Dinero es lo que haría falta.

—Casilda te lo ha sacrificado todo. Si algo me pesa es haber intervenido animándola para que te complaciera. Creí que eras persona decente. Como sigas así, Casilda se morirá de hambre.

—No tanto...Los moscones que la persiguen ahora harán una suscrición.

—Venga, venga algo....

Y Aguasanta quiso introducir los dedos en el bolsillo del chaleco de Honorino. Pintó la triste situación de la muchacha : sola en el mundo, llena de dolor y remordimientos, sin un ochavo para enterrar al viejo. Ella, Aguasanta, pudo suministrar lo preciso para comprar cafè y anisado con que obsequiar á los concurrentes al *velorio*. Así, necesario era que el joven sufragára los gastos á que no podía atender el exhausto bolsillo de su amante.

Honorino, con dos dedos metidos en el bolsillo, oìala titubeando. Tenìa cinco pesos duros : de primera intención tomó entre los dedos un duro ; luego, cuando Aguasanta describió con vivos colores el infortunio de Casilda, tomó dos ; después tres ; en un momento de pasajera generosidad, tomó los cinco, y finalmente, resolvió la vacilación sacando á relucir tres monedas de á cien centavos, y dándolas á la joven, dijo :

—Toma, llévale eso... No quiero que me quiten el pellejo á tiras. Pero calla la boca : que nadie sepa que yo soy el pagano.

—¿ No vas á verla ?

—¡ Qué he de ir, mujer ! Esta es noche de curiosidades. A mí no me convienen estos enredos.... También uno tiene su dignidad.

—Anda, pillo. ¿ Pensaste así en el cañaveral ?

—Lo que te digo es que...

—Lo que pasa es que estás hastiado de la muchacha, que le has arrebatado sus papeles que valían dinero. Sí, andas buscando ahora el modo de echarle el muerto á otro. ¡ Son basura, los hombres !

Gracias á la oficiosidad de Aguasanta, todo se hizo. Nada faltó en aquella noche fúnebre y Casilda no tuvo que pensar en detalles penosos. De vez en cuando interrumpíanla en su dolor insomne. En la madrugada, cuando otros rendíanse al sueño, sintió que álguien le acariciaba el cabello consolándola.

—Piensa en conformarte, hija, piensa después en tí misma. Los duelos con pan son menos. No te olvides del pan ¿ comprendes ? Mira, soy hombre solo: mi casa tiene un lugar para tí.

Y Dativo que era quien hablaba, dió dos pesos de su peculio á Aguasanta, haciendo las cosas de modo que Casilda se enterára de que él contribuía también á los gastos de la noche. Ella escuchábalo todo con la cara envuelta en un pañolón, sin poder reprimir los sollozos y experimentando un sentimiento repulsivo ante las dádivas de los filántropos.

Gil Pan extremó sus cuidados, fué y vino cien veces, facilitó los requisitos reglamentarios para el entierro y, acercándose á Casilda de vez en cuando, decíala entre dientes palabras amables y cariñosas. Ofrecíase para todo : con franqueza, con mucha franqueza debía tratarle. En un cuchicheo que tuvo con Aguasanta, mostròse ésta indignada.

—¡ Quite usted allá !—dijo la joven—¿ Ya está

pensando en eso... Espere por lo menos...¡ caramba !... que se consuele esa infeliz....

Optimo Escofina curioseó también por allí. Formó parte de un corrillo en donde muy en secreto se comentaron antecedentes. Tuvo lástima de la huérfana á quien dió algunos consejos y aprovechó la ocasión para plantear ciertos temas morales, á tiempo que convencíase de que la chica era muy linda.

Además, acudieron otros visitantes: gentes á quienes gustaba enterarse de todo, buenos corazones que miran de reojo á las buenas hembras. Era que allí pendía una fruta de la rama y saltaban las zorras en torno, ávidas de morderla.

Al dia siguiente todo quedó terminado. Sobre la madre tierra, una cruz de madera marcó una nueva tumba, la casucha del Melonar quedó cerrada, y al llegar la noche las sombras envolvieron el huerto, la palizada, la cercana orilla del afluente de Gran Rio, mientras se oía el coro de canes hambrientos que ahullaban tristemente como si cantaran trenos desgarradores á la muerte. Todo solitario, todo triste, todo obscuro y en un lugar de la palizada, el hueco abierto por el amor, á cuyo lado yacía en el suelo, carcomida por la humedad, la antes recia tabla que arrancó la pasión, arrojada allí como insuficiente valladar, como pobre defensa para la inocencia y el desamparo. Todo medroso, todo sombrío.... encubriendo el trabajo incansable de la ola de fango que mina las orillas de la virtud y el bien.

VIII

Cuatro meses pasaron. Desde el dia siguiente al aciago en que murió el ciego, Casilda vivía con Aguasanta. No tuvo otro refugio, ni otro asidero en su inventura de huérfana. Ofreció Aguasanta cuanto tenía y ella aceptó la piadosa hospitalidad.

El tiempo consolaba lentamente á Casilda. Ceñida por un trajecillo de percal negro, dejábase ver con más frecuencia en aquellos sillones amarillos en donde fué tantas veces feliz junto á Honorino Este había dado la espalda por completo. Tuvo Casilda en su dolor la doble amargura de la orfandad y del abandono.

Aguasanta, por consideraciones á su amiga, refrenó durante algún tiempo sus devaneos de juventud resuelta, vistiendo aquellos sillones de enlutadas fundas. Más tarde, las cosas volvieron al cauce habitual, Aguasanta desencadenó sus alegrías y Casilda, embellecida por un desarrollo que el pesar no sofocaba, revivió, siempre melancólica, pero cada dia más hermosa.

Y entonces empezó la lucha de fieras.... Aguasanta era buena mujer, de corazón bondadoso, de sentimientos leales: raro contraste de liviandad sensible y de honradez despreocupada. Muy joven, cayó de bruces sin saber que caía y cuando reportada del primer tropiezo, consideró las cosas, continuó

cayendo. Agena á todo egoismo, nunca pensó en que la dignidad fuera solidaria de accidente más ó menos, y de ese modo devoró su mendrugo de liviana. La necesidad la obligó á prodigarse, dióse á quien quiso y jugó á su placer consigo misma. Al recoger de la miseria á Casilda, no pensó ni un momento en encerrarla detrás de los muros de una fortaleza. Ya se consolaría ¡vaya, que sí! Que hiciera su gusto, que se dejára de tontunas. Contemplándola, solía decirle: *¡quien será el balaperdida que te consuele!* y al verla tan sensible, tan delicada, tan fácil para el llanto, reía como mujer práctica que conoce bien las etapas de un trillado.

Casilda ensimismábase pensando en su situación. No habia que contar con Honorino. En el pliego y su influencia era locura pensar: de él acaso no quedarìan ni las cenizas. Cuando en esto pensaba tenía momentos de ira, increpábase su loca torpeza, odiábase á sí misma por considerarse su propio verdugo. Los recuerdos la hacian sufrir... Los últimos momentes de su abuelo, cuando en su memoria renacian, la anegaban en lágrimas. En su presente, pues, no habia asidero.

Aguasanta recibia con frecuencia visitas y los visitantes preguntaban siempre por ella. Obedeciendo á necesidades de su espiritu que le hacían amable la soledad, escondíase en una de las dos únicas alcobas que separadas por un delgado tabique, había en la casa.

Las cosas íbanse hilando poco á poco. La libre conversación de Aguasanta, las bromas de sus amigos, las libertades que éstos se permitian, acabaron por serle familiares. ¿Qué otra cosa podia hacer? De otro lado ¿dónde ir á no avenirse con tales costumbres? Pasaba, pues, por ciertos detalles, conformándose con sonreir y callar sin fijarse muchas

veces en las alusiones y galanteos de que la hacian objeto.

Supo al fin, que más de un truhan habia propuesto á Aguasanta cosas increibles que la tocaban de cerca. Entonces indignábase, pero como su amiga reia al escuchar sus escrúpulos, reia ella también, guardando en lo hondo de su conciencia el noble impulso de dignidad que le subia atropelladamente al rostro. Aguasanta aseguró que ella, Casilda, no debia tener cuidado; que en todo caso, ella misma elegiria á su antojo. Que cada cual hiciera de su capa un sayo; que ni por todo el dinero del mundo se avendria á dar á nadie confianza para que aburriera á Casilda con pretensiones que no la complacieran. De ese modo la necesidad y el hábito fueron acostumbrando á Casilda á detalles intimos de su nueva vida.

Llegó un momento en que se convenció de que era objeto de un asedio. Gil Pan y otros varios, la acosaban con finezas. Sus proposiciones más ó menos francas, la humillaban y del fondo de aquella humillación subia una ola de asco por todo aquello.

Vinieron luego para Aguasanta nuevos compromisos y como ésta hacíase desear menos, solia recibir visitas reservadas. Entonces, como la casa era pequeña, Casilda se escondia por el patio, confinándose alli para dejar las otras dependencias á la disposición de Aguasanta.

La situación fué haciéndose intolerable. Ella era alli un sér neutro, que no dando utilidad alguna á su amiga, estaba expuesta á cada instante á estorbar. Algunas noches vióse obligada á batir su cama en la cocina y por más que procuraba dormir apretando el semblante contra la almohada, percibían siempre sus oidos rumores de pasión y risotadas de impureza. Rebujábase, entonces, en su sábana,

pero el sueño no venìa en su auxilio y le latían las sienes y contra su voluntad, distraìase, velaba, fijábase su atención en los rumores, percibía en sí misma una vibración de carne que se crispa con suavidad voluptuosa, algo vago é indeciso primero, dominante é insistente después. Rendíase, al fin, al sueño en aquellas noches inquietas, mas al dia siguiente levantábase débil, intranquila, suspirosa. ¡Imposible, aquella vida era imposible! Seguir á Aguasanta en su camino era vergonzozo; venderse á Gil Pan, á Escofina, á otro cualquiera, inícuo. Era preciso salir de aquella casa libertina, huir á donde pueden respirar las mujeres honradas. Mas, ¿como? ¿Adónde, infeliz y desamparada, iría? Cualquier sendero conduciríala al borde de la sima, cualquier mano protectora empujaríala. Era ambicionada, levantaba deseos, sentíase perseguida, acorralada como fugitiva presa que entre matorrales esconde. Y en tanto, á través del tabique, oía siempre rumores de pasión desbordada, temía, y entre la resistencia y el cansancio, acababa por llorar àmargamente. Era la ola removiendo siempre la indefensa orilla.

Muchas veces pensó Casilda en que no era justo estarse mano sobre mano. Proyectó buscar un lugar decente donde recogerse á cambio de digna ocupación. Acarició esa idea con secreto encanto, mas, entonces, un tropel de penosas ideas la afligían. ¡Ella, la rica heredera, la que estuvo llamada á opulenta posición social, reducida á la humillante condición de *alquilada!* Acaso la gentes la abrumarían con epígramas y reticencias. La gran señora en sueños, resultaba en la realidad una maritornes. Y luchaban en ella orgullos no desvanecidos haciéndola vacilar irresoluta.

La innata dignidad aún no borrada, logró imponerse. Venció de la jauría desatada tras ella:

ninguno logró vencer la intención sana, el instinto del bien en ella palpitantes, aunque ya retorcíanse asidos en la trampa de la seducción.

Aguasanta seguía en su conducta ambigua. Algún consejo que otro acompañado con sonrisas burlonas, probaban á Casilda que su amiga no estaba de acuerdo con sus opiniones. ¡Recelar, sufrir, llorar, siendo tan guapa! Ella no comprendría tales titubeos, mas al mismo tiempo, procuraba no intervenir dejando á Casilda en libertad de resolver.

Ni Gil Pan, ni otros audaces, lograron hacer camino. En cambio, Dativo adelantó en poco tiempo un buen trecho. Supo velar intenciones y convencer à Casilda. Sí, en la escuela de Paraiso hacía falta una mujer hacendosa. Dativo necesitaba su tiempo para domesticar la turba infantil, necesitaba expasiarse en horas de descanso, y como la vieja sirviente que desde hacía mucho tiempo le servía, estaba ya achacosa, claro está que las cosas no iban bien en el interior de la casa. Necesitaba de una buena mujer que se hiciera cargo de lo interior, de las costuras, de la limpieza; una mugercita, en fin, capaz de aliviarle la harto pesada carga de las competencias domésticas. Además, él, Dativo, estaba viejo, hacíale falta comodidad para aplicarse á sus trabajos intelectuales....

La tentación sopló en el oido de Casilda todo eso que pareció á la joven aprovechable. En la escuela, si bien el sueldo sería muy pobre, tendría techo honrado, alimentos, seguridad. Sí, seguridad sobre todo. La inexperiencia hacíale ver en Dativo un nobilísimo protector y aceptó agradecida sus proposiciones, y cuando, ya resuelta, comunicó sus planes á Aguasanta, ésta lanzó una carcajada asombrándose del raro triunfo del maestro. Explicóse el caso: Casilda recelaba de la juventud libertina. Asombróse

también Casilda cuando cayó en cuenta de que la suponían prendada del viejo.

—¿Estás loca?—dijo—Yo no puedo, no quiero hacer lo que tu haces. Para vivir de ese modo preferiría morirme. Quiero ser honrada, trabajar..¡Ah!.. no te pienses que las intenciones de don Dativo sean malas....

—No... ¡cá!... las mejores del mundo. Pero hija, cada cual, haga su gusto.

Y aunque las burlas de Aguasanta enfriaban el ánimo de la joven, resolvióse al fin.

Un día, con aire paternal, recibióla Dativo en su casa. Aquella noche, en la farmácia de Escofina, el tema fué picante, haciendo el gasto de las murmuraciones la estravagante resolución de Casilda.

Algunos meses después, un hecho inesperado preocupó la atención de Paraiso: anunciósе la vacante de agrimensor público. Sulpicio habíase marchado del pueblo sin que con certeza se supiera para donde.

En la tertulia de Escofina comentóse bajo todas sus fases el hecho.

—No encuentro en el caso nada de extraordinario.... ¿Sabe?

—Ni yo.

—Era natural que sucediera: el exceso de tensión rompe los cuerpos.

—Ha hecho muy bien.

—Perfectamente.

—Pues yo creo que ha procedido como un necio. Los intereses...

—¡Qué intereses!....

—Mejor hubiera sido esperar para ver si alcanzaba algo de los despojos.

—No quiso sufrir más á la otra...¿sabe?...

—No quiso presenciar la catástrofe.

— Nada : huyó despavorido, porque caballeros ¡cuidado que es tremenda la fuerza expansiva de una mujer como Leonarda !

Y sin piedad limaron en los ausentes.

Sulpicio cumplió la palabra que se dió así mismo : partió. El mundo era ancho, la felicidad posible. Catalina sufrió alternativas dolorosas, mas tuvo que decidirse. Leonarda, cuyo carácter estaba por aquellos tiempos aun más avinagrado, contribuyó en buena parte á resolverla. La lucha llegó á cansar á la joven y optó por seguir á Sulpicio. Aquellos combates fueron silenciosos. Sulpicio empezó á preparar su viaje : vendió el movillario, embaló libros, cobró créditos, pagó deudas, y ella silenciosa, secundábale. Él notó su blandura, apreció el triunfo y al contemplarla inclinada sobre los cofres acomodando ropas y objetos, la envolvía en miradas indefinibles, enterneciéndose. Veíala rendida, dulce y la amaba. Sí, la amaba más que nunca, porque era suya, aliento de su espíritu, latido de su propio corazón.

Al marchar sus hijos, Leonarda derramó algunas lágrimas. No solo porque se iban, sino por la situación en que la dejaban. Honorino, emborrachábase á diario y significaba para ella una zozobra continua. Cierta vez estuvieron expuestas al pillaje del joven, algunas onzas que tenía muy guardadas. Afortunadamente logró ponerlas á buen recaudo. Luego, los negocios iban de mal en peor. La escritura hipotecaria de Casapica estaba hidrópica con el desdoblamiento de los intereses. Visto que no había medio de cobrar, resolvióse el alguacil á lanzar la primera piedra. Creyeron algunos que obraba por secreto acuerdo con Madeja. Presentóse demanda ante el juzgado y Leonarda, desolada, visitó cien veces á Garduña, quien manifestóse rehacio á la defensa, llegando á decir quejoso de la insistencia de Leo-

narda: *señora ¡por los clavos de Cristo! me la voy á encontrar á usted hasta en la sopa...*

Hísose, al cabo, una transacción ruinosa. Un lampo de vegas, tasadas á bajo precio, pasó á manos del alguacil, pero para cerrar el trato fué preciso que Madeja pactase comprar aquellas tierras, y, por su puesto, pagó un tanto por ciento más sobre el valor de tasación, que se ganó Casapica. Todas esas garipundias llegaban á oidos de Leonarda: se la explotaba, la estaban arruinando.

De pronto el erario público dejó de ser amable con Mina de Oro. Tocóse el pregón y ¡que casualidad! los terrenos embargados para cobro de contribuciones, colindaban con las fincas de Madeja, siendo preciso que Leonarda, porque Garduña por su representación social no debía descender á ciertos detalles, rogase á Madeja que comprára bien á bien los trozos de vega para evitar tasaciones ruinosas y repetidos remates que iban disminuyendo cada vez más el valor de los bienes. A ello mostróse Madeja poco dispuesto asegurando que estaba harto de terrenos, mas al fin cedió, adquiriendo nuevos pedazos, mientras el amplio fundo achicábase, deformando su perímetro con irregulares festones.

Garduña estaba sombrío. En vano Leonarda esperaba de sus labios una frase alentadora. Todo iba mal, muy mal; el cariz de los asuntos era incierto. La heredera de Mina no tuvo en algunos momentos á quien volver la cara. Empezaron á llegar á sus oidos multitud de murmuraciones con que las amigas, so capa de buena amistad, le llenaban la cabeza. Cuidado, mucho cuidado con Garduña: era hombre funesto, cuantos le entregaron su fortuna, cayeron. Hubo también anónimos anunciando los incognitos que cuando cumpliera Honorino su mayoría de edad, la pondría en los tribunales por malversación

de caudales de menores. Quedó, en fin, establecida en casa de Leonarda, una surcursal del infierno.

Ella, en su torpeza, no acertaba á defenderse, y con frecuencia desoía buenos consejos para atenerse á chismes inverosímiles. De otro lado, no podía resistir la mirada de Garduña. Cuando en una hora de atrevimiento mostrábase resuelta, el poder habiente la contemplaba con mirada fría y ella recordando el cuadro de *aquella noche* bajaba la cabeza y resignábase

Corrieron los cultivos igual suerte. Como hacían falta recursos, no se dejaban madurar los cañaverales: apenas crecían un poco, apenas sin elementos sacarinos, se los tajaba y al molino con ellos. Para atender á los gastos, ya limitadísimos, no podía contarse ya con la caja de Madeja, quien un dia sábado, en medio del apuro, negóse a facilitar suplementos. La brigada de obreros anduvo errante en busca de su jornal no pagado, sin saber á que atenerse para cobrar. Pudo conjurarse la crisis vendiendo ganados de tracción y algunos enseres, como un productivo alambique que desde hacía tiempo había detenido su labor por falta de recursos.

No mucho tiempo después, el almacenista negóse á dar más vituallas y produjo de mal talante sus cuentas. Hiciéronse ofertas y aplazamientos, mas todo inútil. Otro dia, en el momento en que molíanse á toda prisa algunas hectáreas de caña destinando el producto á gastos de la semana, presentóse el tribunal en el Ingenio y embargó las máquinas. ¡ Gran desastre ! La usina redújose à un círculo vicioso: sin elaborar azúcar, imposible pagar; sin pagar los débitos, imposible proveerse de recursos.

Cundió el pánico y otros acredores lanzáronse también ; abierta la llave, desbordáronse las deudas. No hubo consideraciones, ni respeto á la desgracia,

ni piedad con los caídos. Fueron las fincas embargadas, los cultivos paralizados, y en la fresca llanura, entre los sonantes cañaverales, comenzaron á tegerse enredaderas selváticas que estrechaban entre sus juncos los tallos que el abandono agriaba, formando una urdimbre floreciente, una maraña de follage, debajo de las cuales secábanse los tallos de la gentil gramínea...

Casilda considerábase feliz. Tres ó cuatro meses después de su instalación en casa de Dativo, experimentó sosiegos de olvido. El pobre abuelo, la iniquidad de Honorino, su soledad en el mundo...todo fué haciéndose menos penoso en su recuerdo bajo la acción reparadora del tiempo.

Entonces sintió la necesidad de vivir. Parecióle que el sol era más rubio, que los paisages eran más bellos. Vióse joven, hermosa, y la instintiva necesidad de vivir le dilató el pecho llenándola de esperanzas.

Después de cumplir sus obligaciones, paseaba los domingos con sus amigas visitando algunas veces á Aguasanta que seguia encontrando inverosimil aquel idilio al lado del maestro.

Los tenorios seguianle siempre la pista y entre ellos, un joven obrero, bien parecido y modoso, llegó á interesarla. Después de las consiguientes promesas de matrimonio, ligóse con él en románticas amores. Como la alcurnia del pretendiente era modesta y estaban ambos á la misma altura social, creyó Casilda que aquel hombre la harìa su esposa, y un afecto purisimo é intenso despertó en ella.

Dativo estudiaba el terreno. Había acercado á la jóven vestido con la piel del cordero, preparando las cosas de modo que su insensata pasión se mantuviera oculta. Con el disimulo y la constancia quiso llegar á ser para ella una necesidad y una costum-

bre. Pensó que ella no querría verse de nuevo á las puertas del hambre. Luego, en lo interno de la casa el habitó se impone con frecuencia; los descuidos y las ocasiones franquean, aveces, más obediencia que el imperio. Embozado en sus planes fué dadivoso; la atendía sin exigirle grandes afanes en sus funciones de sirviente de confianza, y cuando alguna vez estúvo resfriada, hizola guardar cama, visitábala recetándole tisanas, sentábase en el borde del lecho, arropábala cariñoso para que hicieran buen efecto los sudoríficos, y algunas veces, aplicabale el oido al pecho para auscultarla, por si la dolencia requería visitas de medico. Un padre, un verdadero padre.....

En tanto, la vieja cocinera que según Dativo estaba á las puertas de la chochez, la vijilaba de cerca. Bajo la dirección de su amo secundaba sus planes.

—Ves á don Dativo?—decia con frecuencia—Pues, es un hombre muy bueno.... muy bueno....

Al fin Casilda vió claro: ciertas aficiones no escapan facilmente á la penetración femenina. Comprendió lo que el maestro querìa: muchas veces habíalo pronosticado Aguasanta. Adquirió el convencimiento de que tantas bondades tenían doble fondo. No importaba.... Ella estaba en amores con el obrero y era preciso ser prudente. Si este se casaba con ella, convendría disimular hasta que llegara el momento de salir de aquella casa sin quedar en la calle.

Dativo supo en breve de aquellos amores y tomó el partido de alentarlos. Hablo del asunto: muy bien, si había encontrado novio con quien unirse en santo lazo, él estába muy conforme. Tan conforme, que desde luego podía ella contar conque le regalaría *una casa de cien pesos*, algo parecido á la que habitaba Aguasanta. ¡Una fortuna! Y Casilda pensó que no debia disgustar al viejo.

Una noche la huerfana despertó sobresaltada: había escuchado en su alcoba estraño rumor. Afuera, en el comedor, un reloj colgante dejaba oir su monótono *tic-tac* y entre los balances del péndulo, percibíase un aliento reprimido, un paso tímido que avanzaba. Luego, no tuvo dudas: una mano temblorosa y fria le tocó el semblante. Era Dativo que acortaba distancias. Sintió ella un doloroso desaliento: ¡ah, terrible era aquello!.... acosada, perseguida por aquel hombre repugnante que profanaba su habitación abusando de su confianza. ¡Que desgraciadas eran las mujeres! Servían para victimas, para hacerse trizas colmando torpezas é infamias. ¡No! nunca cedería, nunca se prestaría á tal vergüenza. Mas ¿que hacer? El escandalo no atraería simpatias exponiendola á perder la protección de Dativo. Su prometido acaso dudaría de ella conociendo los peligros que le rodeaban; volver donde Aguasanta, jamás también. ¡Dios Santo!.... ¿como defenderse? Y mientras Dativo se acercaba, resolvió callar. Silencio, mucho silencio, pero luchar....Suplicas, promesas, caricias: todo inútil. No, ella le quería como á un padre, no tenia animo para sucumbir á aquel suplicio. El insistía, á medias enamorado y senil, rogando inútilmente, y si la sombría alcoba hubiérase iluminado de súbito, una escena de serpiente enroscandose hubiera resultado del conjunto. Llegó el dia y nada: la lucha defendió á la víctima. Luego, iguales tentativas en interminables noches de insomnio, y también igual resultado. Despues pasaron dias en que creyo Casilda que su perseguidor había desistido de su crueldad. Buscó en vano llaves que la encerraran: todas las puertas francas, todas las precauciones imposibles. Viviendo en constante peligro, convencióse de que aquello no podia durar mucho tiempo.... Y pensó, entonces, en

escapar con su prometido. Esta idea la deslumbró un intante, pero pronto cayó en el desaliento. Si apelaba á tal recurso, el obrero no se casaría con ella. Sería su dueño, tal vez su despota, sin honrarla con la nobleza de un lazo decoroso.

Ante tantas inquietudes sintióse anonada: ¡imposible ser feliz! La experiencia que da la vida y las desnudeces que habia visto tan de cerca junto á Aguasanta, la enseñaron que podia llegar una hora de peligro, un minuto de invencible debilidad en que aquella vibración voluptuosa de la carne, venciendo resistencias, la abandonára á su suerte.

Otro dia su vieja compañera en casa de Dativo, la habló largamente de todo. Si ella no fuera tonta podria sacar gran partido. ¿Qué ofrecería á su prometido? Sabíase la historia de sus amores con Honorino: era igual, una vez caida, caer una ó cien veces. Además, Dativo era un arca cerrada, hombre meticuloso, amigo de guardar secretos interesantes. Ella debía aprovecharle, explotarle y si se casaba el otro, podria ofrecerle moviliario. Tomó el asunto un cariz de especulación: ¿no serían sus escrupulos exagerados? ¿No sería mejor aprovechar las ventajas que le presentaba la suerte? Sentíase transida de pena con tanta incertidumbre y al fin, vacilo.

La desgracia aglomeró también coincidencias. El obrero díjola un dia que penaba por hacerla su esposa, pero que su penuria era tan grande que le obligaba á aplazamientos indifinidos. Vivir junto á una mujer, era facil, más aliñar una casa y prepararse para el matrimonio, mas dificil. Planteado el problema en tales términos, vió Casilda que su novio la empujaba inconcientemente, dejando en sus manos la solución del dilema. Pues bien, habría lu-

gar, habría menaje, habría recursos.... Y al fin el angel malo lanzó la carcajada del triunfo.

Dativo consideró heróica la aventura y aunque pudibundo y negligente, no le sonaron mal las bromas de los amigos. Sintióse vanidoso ante los puritanos de la farmácia. Contrariábale, sin embargo, el matrimonio de Casilda y proyectó romperlo. Dióse maña y el novio lo supo todo. Pero las cosas le resultaron contrarias porque éste, conociendo la realidad, puso á Casilda entre el olvido y la mancebía. Ella, á punto de morir de dolor, cerró los ojos: la suya no era vida, su amargura era el colmo. No, iríase, confundiríase como tantas otras en el montón. Y en noche propicia, abandonó la casa de Dativo.

Destrozada por el sufrimiento, inició Casilda la nueva vida. Cuando todo lo consideró arreglado para su bien, devaneciéronse los sueños. ¿Qué más dá? Si hay que caer, se cae. Era mucho pedir que hubiera un mundo especial para ella. ¡Bah!... ¡á vivir!...su juventud palpitaba llena de frescura. Y no sufrió más: ahogando antíguos escrúpulos, dejóse llevar por la corriente...

Como el tiempo es factor neutro que lo mismo redime que aniquila, Sulpicio fué olvidado.

Leonarda le recordó una vez: el dia en que cumpliéndose las profesías del joven, Mina de Oro desapareció por el embudo que prepararon los hambrientos. Y aun entonces tuvo motivos de encono: si Sulpicio no hubiera sido intolerante y díscolo, acaso todos hubiéranse salvado. Y allí, en el trance final, aún le inculpaba hiriendo su memoria.

Honorino se despeñó en el plano inclinado de la embriaguez: torpe, enfermizo é idiota, cayó en el embrutecimiento, y cuando los pesos duros de la herencia se evaporaron, siguió apurando entre car-

cajadas cínicas, venenosas bebidas del Melonar. Era la suya un sed intensa, insaciable: para calmar el ardor de lo ingerido, beber más.

Mina de Oro llegó á su trance final. Hubo un momento en que las constantes peripecias y las inacabables dificultades del embrollo, cansaron á Leonarda. Comprendiendo que el mal era irremediable, sintióse abrumada, sobre todo desde cierto dia en que tras una escena agria, Garduña lavóse las manos diciéndola: *ahí queda éso.* La ignorancia de Leonarda no podía darla remolque.

Puestas las cosas en tal terreno, los acredores cayeron sobre la presa. Madeja siguió á Casapica y entre ambos volcaron el carro. La casa de comercio, después de la consiguiente batalla judicial, adjudicóse el mejor lampo de vegas. Mina de Oro desfiguróse, y aquel prédio regular y ámplio tomó en sus fronteras la forma de un grotezco zig zag, como si la tijera de la ambición hubiérase complacido en desfigurarla cortando con irregularidad caprichosa sus festones.

Los acredores escriturarios eligieron en sus embargos *lo mejor y más bien parado*, fórmula que la ley consagra y la avaricia explota: y como es consiguiente apoderáronse de lo más productivo del Ingenio, dejándolo mutilado y deforme. Casapica puso las manos sobre las máquinas: fué un plan muy hábil, porque, en acuerdo privado con Madeja, convínose en que éste las comprára.

Uno á uno, los acredores fueron sacando tiras: quién la casa, la hermosa quinta, erguida con coquetería entre gualdos cañaverales; quién los vehículos de trasporte; quién el ganado del que no quedaba mucho. Sobre la avalancha de usureros cayó la plaga de los gastos, costas, papel sellado: sangrías sueltas, en una palabra. De los ambiciosos de Paraiso no

hubo uno que no alcanzara una piltraja. Y como los créditos pendientes de trabajos personales, debían ser preferidos, levantóse omnipotente en medio de la polvoreda, el crédito de Garduña... Pues, los sueldos no pagados, intereses, consultas, derechos, etc. Una deuda sagrada ante la cual el ejército de acredores detúvose humillado dejándola pasar.

Garduña hizo su antojo. Colindante su propiedad con Mina de Oro, regularizó sus límites, quedándose con buena porción de tierra y borrando.... ¡por fin...! aquel ángulo entrante que era su preocupación.

Algunas tardes envuelto en ambientes de primavera, recorría su ensanchado predio y, entonces olvidaba el pasado. Atraíale siempre el imán del oro, el ansia de medro. Era una embriahuez que le vendaba los ojos, que lo desvanecía todo en su pensamiento. El bien, la justicia, el supremo derecho de los débiles á merecer el amparo de los fuertes, todo desconocido. Sosiego de conciencia, sueño tranquilo, hermanos, amigos, la humanidad entera, también en deforme montón sacrificados. Oro, solo oro. ¡Qué hermoso brilla! Cuando al sol se ostenta parece que le roba al astro la rubia calor arrebatándole su fecunda vitalidad y su excelso poderío...

A poco, del opulento patrimonio de Tirso, no quedó más que la vetusta chimenea. En noches de luna, veíasela escueta, elevada, sombrìa, como un espectro que dominase sabanas de malezas que allá abajo se tegían, donde antes florecieron los cañaverales. Parecía un fantasma, una cariátide desprendiéndose del lejano fondo obscuro de la montaña, hoy testigo del despojo y el robo, mañana, acaso, testigo también de las compensaciones de lo porvenir y de la revancha vengativa de los tiempos.

Leonarda, en tanto, envejeció hasta la decrepitud.

Que nadie la hablára de Mina de Oro, que nadie le recordára la triste historia: nada quería saber. Encorvada, canosa, sin fuerzas, aún tenía placeres. En la soledad de su alcoba, y aprovechando el sigilo de la noche, contaba y recontaba su repleto saco de onzas. ¡ Sus economías ! ¡ Restos de la famosa herencia ! Casi un talego que habíase robado así misma. De ese modo, masa de carne insensible, siempre esquiva y rencorosa, pasábanle los dias desapercibidos, idolatrando aquel oro, y dignándose envolver al mundo en una mirada de desprecio.

En Paraiso lleváronse aquellas historias hasta el ridículo. Hiciéronse coplas y décimas epigramáticas y hasta una *danza:* verdaderos ultrajes que aludían á las cuestiones de Mina de Oro.

Casilda, que pasando de amante en amante llevó buen compás, mereció los honores de un mote. En el Melonar, cuando abandonada por el obrero se zurció á otro ganapan y de éste pasó á otro y otros más hasta desvanecerse en ella expontáneos instintos de dignidad, cuando la borrachera de la disipación la hizo su presa, todos la conocían por la *millonaria.*

Cayó de bruces en el pantano, y allì fueron á buscarla las víboras de la concupicencias. Ella necesitaba reir, reir siempre, y cuando en los azares de su vida galante recibía las ofensas de la hartura, experimentaba una sensación de tristeza tan profunda, que la infundía de pavor. Entonces sacudía la nostálgia pensando que á dejarse dominar por ella, enloquecería. Luego, el hambre crugió los dientes á su lado, y cien veces cambió un mendrugo por una noche de vértigo. Fué, pues, rodando, rodando siempre, hasta llegar al fondo de la desgracia.

Sobre los campos floridos, la tempestad deja su huella; alma y cuerpo caen á un tiempo cuando el soplo del pecado los arroja á la sima. Aguasanta y

las aves grises del Melonar dieron á Casilda la bienvenida.

¡Qué hermoso es vivir y no pensar! ¡Que hermoso arrancar del pensamiento los recuerdos, y borrar para siempre de la memoria la agudeza del bien perdido! Casilda fué al fin levadura que saciaba el ánsia de la chusma del Melonar. Su boca pura, besó el lodo; su cuerpo mórbido, sufrió la destructora flagelación del deseo. Después el instinto se hizo vago, y de indecisión en indecisión acabó por borrarse. La materia cedió ante los humanismos: gozar, enloquecer, beber hasta las heces la copa obscena y colocar sobre los renuevos del pensamiento que en horas de tristezas retoñáran, la piedra mortuoria del olvido para aplastarlos allí y hacerlos morir en flor. El pasado, obscurecido; lo porvenir, sombrìo; y entrambos el presente iluminado por la incierta luz del placer, y en el conjunto, el tiempo con zapa perdurable, abriendo camino.

Operóse por entonces en el Melonar un fenómeno conocido: la mano infame del reclutador de livianas recogió del charco los pebetoros rotos. Era un metodista del vicio, que tomando proporciones de protector, arrastrábalos conduciéndolos ordenadamente al desórden. Las mariposas de alas quemadas le seguían desde los campos á la capital de la colonia, y él, práctico en su comercio, atraíalas como á los reptiles el encantador de serpientes.

Aquella vez la caza fué abundante, y Casilda, suelta la cabellera, cedió á la fuerza impulsiva. Rastrera, haraposa, casi hambrienta, iba á vestir el lujo prestado de la especulación. El ideal iba á realizarse en la apariencia: lujo, esplendor de hija de casa rica, atavìos de gran señora, millonaria al fin en el aspecto engañador de las galas. Una mentira que ella convendría consigo misma en creer real. Y al-

zando el vuelo oblícuo del ave herida, allá se fué...

Un dia, por uno de los caminos que daban acceso á Paraiso y que ántes de perderse á lo lejos se ensanchaba sobre una colina, vióse repechar á un convoy campesino.

Delante al labriego, detrás la jadeante yunta, luego, el grosero carromato saltando pesadamente de piedra en piedra, y dentro del vehículo, una muger sentada junto á un cofre.

La carabana había salido de Paraiso aún de noche y cuando el dia entreabrió los ojos, la sorprendió trasponiendo los límites de la comarca, desde donde se divisaba el paisage de la llanura.

Las claridades del alba descendían sobre la tierra. Parecían miradas de ángel coloreando florestas; parecìan besos de luz embelleciendo el atavío de las vegas; parecían volutas suavisimas desprendidas de los incensarios del cielo. La llanura surgía de la sombra como panorama fantástico, y en sus tonos homogéneos, resaltaban, de un lado la cinta blanquicienta de Gran Río y de otro, el mar, azuleando quejumbroso su lampo infinito, y determinando el contraste de la albura de las espumas sobre las ágrias superficies de los peñascos. Al descorrerse el velo del sueño, aparecìa sobre un montículo el caserío; en torno, los campos aun silenciosos; y como alientos volubles de la tierra, bullían ya los céfiros sútiles del crepúsculo.

El carro llegó al remanso y se detuvo. La paciente yunta bajó el testuz y buscó entre las piedras alguna yerbecilla vivaz. El carretero, aviniéndose de buen grado al breve descanso, acostóse á la larga debajo del carro. La muger restregóse los ojos aun soñolientos, acercóse al borde del vehículo, y dejó colgar fuera de él las piernas y los piés descalzos.

Aquella muger pálida, ojerosa, cubierta de vestidos haraposos, abarcó con la intensa mirada de sus ojos grandes y negros el madrugador paisage de la vega.

Luego, para verle mejor, separóse de la frente las guedejas rizadas que la cubrían.

Era Casilda, que abandonaba el solar nativo, acudiendo exacta á la cita del cazador de mariposas.

Cuando la cuerda del arpa se rompe, vibra un momento, y aquella vibración difúndese efímera. Casilda miró allá abajo y la cuerda del sentimiento vibró un instante al romper para siempre con el pasado.

En el centro de la llanura surgía la chimenea de Mina de Oro. Parecìa luchar con las ataduras que la mantienen en la base; forcejar por alargarse hasta el cìelo, para llamar allí en la boveda y pedir justicia.

Casilda la contempló extatica y sus ojos se agrandaron en aquella contemplación.

Sueños, ilusiones, deliriós, todo humo. Paz, ventura, fé, todo minas. Los recuerdos lucharon con la realidad. Los cascabeles del sátiro sonaron en sus oidos y la joven miró el paisaje como el árbol caído, la cima montuosa donde antes florecía.

Terminó el éxtasis cuando los groseros estìmulos del carretero reanudaron la marcha del convoy. A partir de aquel sitio, ya no se vería más á Paraiso. Entonces el semblante de la jóven, contrájose desolado por infinito dolor, suspiró, una lágrima fugitiva le rodó por el semblante, y dejándose caer con desesperación en el fondo del carro, sollozó mucho tiempo, inmensamente dolorida, inmensamente infortunada, mientras en la anchura del espacio, el alba repartía fulgores anunciando el despertar del dia, del hermoso, del opulento día que desplegaba

las sutiles alas y surgía del seno de la sombra para cumplir indifirente el inexorable volteo del tiempo, pasando sin manchar la gallarda vestidura de ángel adornada de luces y colores, por encima de los infectos lodazales de la tierra.

FIN

La Nueva Ydea

This book should be returned
the Library on or before the last d
stamped below.
A fine of five cents a day is incur
by retaining it beyond the speci
time.
Please return promptly.

New Mexico 4/23/K

DUE DEC -9 '40

WIDENER
WIDENER
FEB 10 2000
BOOK DUE
CANCELLED